

SUSANA ROCCATAGLIATA



Un hijo no puede morir

La experiencia de seguir viviendo

DEBOLSILLO

Susana Roccatagliata es periodista. Ha trabajado en radio y entrevistado a mujeres destacadas para las revistas *Vanidades*, *Marie Claire* y *Harper's Bazaar*. En 1987 empezó su trabajo en televisión, donde realiza con mucho éxito programas periodísticos y misceláneos. En 1986 se enfrentó con el dolor más grande su vida cuando murió el segundo de sus hijos, Francisco, a la edad de cinco años. Este hecho la llevó, junto con otras cuatro mujeres que comparten el mismo dolor, a fundar la Corporación Renacer, para padres en duelo. Esta corporación nace al alero de The Compassionate Friends de Inglaterra y Estados Unidos. Actualmente es vicepresidenta de Renacer.

SUSANA ROCCATAGLIATA

Un hijo no puede morir

La experiencia de seguir viviendo

Un hijo no puede morir

Primera edición en Chile en Grjajalbo: 2000

Octava edición: 2002

Primera edición en México en Depolsillo: 2006

Tercera reimpresión: mayo, 2008

D. R. © Susana Roccatagliata Orsini, Crisítina Guzmán Gutiérrez

D. R. © Random House Mondadori, S.A.

Edificio del Comercio

Mojitas No. 392 piso 11, oficinas 1101-1102

Comuna de Santiago. Santiago de Chile, Chile

D. R. © 2006, derechos de edición en lengua castellana para México:

Random House Mondadori, S. A. de C. V.

Av. Homero No. 544, Col. Chapultepec Morales,

Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11570, México, D. F.

www.randomhousemondadori.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
literaria@randomhousemondadori.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-970-780-671-9

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Para

Francisco.

Para mis hijos Patricio, Cristián y Lia.

Para Pato, compañero de alegrías y tristezas.

Para mi familia, mi madre.

Y para todos aquellos padres que han sufrido el dolor de perder un hijo.

AGRADECIMIENTOS

A Cristina, mi amiga del alma, con quien estoy particularmente en deuda por haber quitado tiempo a su ocupada vida como madre de cuatro hijos y escribir y leer varias veces los manuscritos de donde nació finalmente *Un hijo no puede morir*. Su firme apoyo en mis momentos de tristeza fue de inmensa ayuda y se convirtió en un estímulo cuando mis energías desfallecían al revivir a través de los testimonios mi propia experiencia.

Mis más sinceros agradecimientos a todas aquellas personas que compartieron conmigo su pena, profundamente humana y verdadera, y que enriquecieron estas páginas.

También deseo expresar mi gratitud a mi amiga Rose Anne Pritchard, orientadora familiar y una de las fundadoras de "Renacer", quien colaboró en la elaboración de este libro al entregarme el resultado de años de estudio dedicados al duelo parental. Esas páginas son también un legado de sus hijas María Carolina y María Alexandra, que murieron en un fatal accidente automovilístico en 1986.

A MODO DE PRÓLOGO

Los dolores tienen una divina razón de ser

Hay experiencias que nos regalan una forma más constructiva de enfrentar las dificultades de la vida, que nos permiten mirar los acontecimientos con más humildad y mayor optimismo. Que Susana me eligiera para ayudarla a escribir este libro ha sido una de esas experiencias, enriquecedora como pocas, que atesoraré como una enseñanza que me ha permitido ponderar los problemas de mi propio acontecer con más proporción y mayor fe.

Al enfrentarme con el dolor de Susana y el de otros padres que han perdido lo más amado de sus vidas, a sus hijos, y darme cuenta del profundo conflicto que ese hecho les causó, me ha resultado inevitable observar mi propia existencia y mis afectos con una mirada nueva, con la perspectiva de valorar cuán afortunada debo sentirme y de sopesar las dificultades de mi propia realidad en su verdadera dimensión.

Asimismo, he podido también rescatar el encanto de los pequeños momentos, muchos ratos agradables que construyen nuestro pasar y que suelen diluirse en nuestro devenir apresurado o en

INTRODUCCIÓN

las dificultades cotidianas, sin que podamos saborear su gracia y sin entender que son los que perduran en el recuerdo.

Suele ocurrirnos que los problemas diarios nos abrumaran más de lo que debieran y aun cuando es razonable que nos afecten, ¿por qué esperar grandes dolores para cuestionarnos profundamente el sentido de la existencia y dejar pasar nuestra posibilidad de ser felices? Muchas veces nos quedamos con un "te quiero" sin decir, entredados en esa maraña de problemas imaginarios, de orgullo inútil o de prepotencia majadera, perdiendo la perspectiva de quienes somos en realidad y la grandeza del horizonte que Dios puso frente a nuestros ojos.

A mí, que estoy entre los afortunados que no han sufrido el inimaginable dolor de perder un hijo, estos testimonios me han dejado un amor a la vida más arraigado, una mayor conciencia de la responsabilidad de construir mejores afectos y la certeza de que la vida es a pesar de todo muy bella y que los dolores tienen una divina razón de ser.

María Cristina Guzmán G.

Para el aniversario del "Día del niño" fui al Parque del Recuerdo.

Cientos de globos y remolinos de papel se balanceaban levemente junto a los ramos de flores que coloreaban las pequeñas tumbas de ese enorme prado verde.

Esa imagen se me quedó grabada para siempre en el corazón y en la mente.

Comprendí entonces que yo no era la única...

El motor y la guía para escribir estas páginas es que mi testimonio pueda servir de ayuda a otros padres que han pasado por la experiencia traumática de perder un hijo.

Compartiendo lo que sentí y cómo sobreviví a este dolor que afectó hasta el último rincón de mi corazón, intento llevar un poco de esperanza a aquellos que están hoy atravesando por este pesar.

Perder un hijo es una de las experiencias más devastadoras a las que se enfrenta el ser humano. Los padres quedan sumidos en el dolor, la vida ya nunca volverá a ser la misma.

Un hijo es fuente de alegría, de sonrisas, de dicha, de proyección al futuro...

Un hijo no puede morir.

Aquel lunes 29 de Septiembre de 1986 la vida me arrebató uno de mis tesoros más grandes, y me enfrentó a una prueba desgarradora. Murió mi hijo Francisco 10 días antes de cumplir cinco años.

Y tuve que volver a empezar, a confiar en la gente, a rehacer la familia y a disfrutar la vida sin sentir culpas.

Nunca me rebelé, pensaba que algún día iba a comprender el porqué.

Constantemente me preguntaba qué quería Dios de mí, por qué me mandaba esta tremenda prueba. Finalmente me entregué a Él. Hoy ya no vivo en función de mandamientos externos, licho por ser yo misma, por ser consecuente.

Debo confesarles que cuando la editora de Grjalbo me propuso escribir este libro para así ayudar a otros padres que han vivido este mismo dolor, sentí mucho miedo. No sabía si sería capaz de enfrentar ese tremendo desafío, no sólo por la memoria de mi hijo y por mi familia, sino por un pudor inmenso de desnudar mi alma.

Nunca en catorce años hablé de mi dolor con nadie, ni siquiera con mi madre. Sólo ahora me he atrevido a cruzar la puerta de mi corazón y le he rogado a Dios que me inspire las palabras justas para que este testimonio cumpla con la misión de ayudar.

SUSANA

Francisco

Un ángel vestido de amarillo

No quise que nadie viera a mi hijo muerto, metido en ese cajón, y con la cara hinchada debido a los desesperados intentos de los médicos por salvarle la vida.

No quise que lo rodearan de ese millar de flores que le enviaron y que cautelaban la entrada de la iglesia con su alerta de funeral, con su olor de muerte. Mi hijo era un ángel, no las necesitaba.

Lo vestí de amarillo porque era su color favorito. Desde pequeño me dijo que ese era el color de la luz.

Era lunes. Santiago amaneció brumoso como suele ocurrir en una ciudad contaminada. Pero yo desperté contenta, en realidad como casi siempre. A las 9 de la mañana sonó el teléfono. Una voz desconocida me anunciaba que el examen de Francisco, una mielografía para investigar si había alguna lesión en su columna que le producía esa muy leve cojera que yo le había observado, se practicaría ese día a las 4 de la tarde. Sentí un sobresalto, una pequeña agitación, pero ni siquiera se lo comenté a mi marido.

Fuimos a la clínica con Pato, mi marido, y mi suegra. A las 4 de la tarde acompañé a mi hijo al pabellón y Francisco se quitó la cruz que llevaba en el cuello y me la dio diciéndome que me la

pusiera y que no me la quitara nunca. Había que anestesiarlo porque le inyectarían un medio de contraste que circularía por su columna para detectar cualquier anomalía. El anestesista le preguntó si le decían Panchito. Francisco lo miró y le preguntó: "¿Y a ti te dicen payaso?" Nunca me he olvidado de esa frase.

Salí y me senté junto a los míos en la sala de espera. Se suponía que era un examen breve. A las 4:30 veo pasar a la enfermera que antes había divisado en el pabellón. Iba llorando. De un salto me paré de la silla y le pregunté qué le había pasado a mi hijo. Siguió llorando y no me contestó. Pensé que le habían encontrado un tumor o una enfermedad grave. Ingresé sin más al pabellón decidida a averiguar lo que estaba pasando.

Sobre una camilla yacía el cuerpo sin vida de mi hijo. Lo habían dejado solo, no había nadie en ese pabellón, no había un médico, una enfermera, nadie a quien preguntarle, nadie que me dijera qué había pasado.

El impacto de ver a Francisco sin vida me produjo pánico, por algunos minutos quedé paralizada, sin poder gritar ni llorar, pero había algo en mi interior que me decía que no podía desintegrarme, que tenía que estar en un estado de alerta, que tenía que enfrentar a mi familia. Pero cómo hacerlo si nada tenía sentido, todo era un absurdo. De pronto no supe quién era ni dónde estaba. Sentí deseos de volver al vientre de mi madre, a ese lugar seguro y protegido donde nada malo podría ocurrirme.

De pronto apareció un sacerdote que seguramente habían enviado para ayudarme y cuando me vio junto a mi pequeño hijo se fue... Tampoco me dijo nada. Se fue...

Los minutos siguientes apenas los recuerdo, sólo sé que alguien, probablemente una enfermera, trató de darme unos tranquilizantes que yo tiré lejos. Mi hijo había muerto y yo quería mantenerme alerta. Nunca he sido muy amiga de los fármacos, y

me rebelé ante la intención de querer drogarme, sacarme fuera de lo que ocurría, alejarme de Francisco.

Mi hijo estaba irreconocible, completamente hinchado. Después supe que era producto de la reanimación y de los medicamentos que le habían inyectado para tratar de sacarlo del shock anafiláctico.

Lo tomé en brazos. Todavía su cuerpo estaba tibio y como una última despedida se hizo pipí contra mi pecho.

No podía llorar. No creía lo que estaba viendo. Mis piernas flaquearon y caí al suelo con mi hijo en brazos. Lo besé y comencé a arrastrarme por el suelo rogándole a Dios que sólo fuera una pesadilla. Me preguntaba cómo iba a decirse lo a Pato, y a mi mamá que estaba en EE.UU. visitando a mi hermana que vivía en New York. Mi madre es, junto a mis hijos y mi marido, la persona que más amo en la vida. Y no estaba tampoco la Patty. Qué le iba a decir a mi papá, a mi hermano Andrés, a mi querido *nonno* Bruno. En ese momento más que en mi dolor pensaba en el de ellos.

No recuerdo cómo se enteraron Pato y mi suegra de lo que había ocurrido. Pero sí me acuerdo con claridad de que el médico cabecera del equipo que le practicaría el examen a Francisco, se había ido de la clínica antes de que se realizara el procedimiento, delegando su trabajo al equipo.

Después apareció el médico jefe de la clínica para decirme que Francisco había muerto de un shock anafiláctico, palabra que no entendí, pero supuestamente se trataba de una reacción alérgica al medio de contraste. Me dijo que esto ocurría en un caso en un millón. Cuando yo escuché esa frase le contesté con una rabia inmensa: "Para usted será uno en un millón. Para mí es el mil por ciento. Me arrebataron lo más grande que yo tenía en la vida, y usted me viene a decir que mi hijo es uno en un millón".

La vida de mi Francisco reducida a un dato estadístico.

Luego apareció el médico que debió haber estado allí y no estuvo, Yo me arrastraba por el pasillo. Recuerdo que por mucho rato no pude pararme, no tenía fuerzas para levantarme. El médico me decía: "Lo lamento tanto". Yo lo miré y con una lucidez premonitrice le dije: "No voy a hacer nada contra usted. No hay nada que yo pueda hacer que me devuelva a mi Francisco a la vida".

Después tuve el impulso de llamar a alguien de los míos, de mi familia. Mi mamá estaba lejos. Entonces llamé a mi papá y a mi abuelo, desde un teléfono público, porque ni siquiera se les ocurrió prestarme un teléfono.

Mi padre reaccionó con incredulidad y sin apenas decirme nada me cortó para venirse a mi lado.

Mi abuelo en cambio me dijo algo que se me grabó para siempre: "Susana la muerte ha rondado nuestra familia desde siempre, y tú vas a tener que hacer de este dolor algo constructivo".

Yo estaba en total estado de shock. No podía creer lo que estaba pasando, veía los acontecimientos desde fuera de mí. Lo que ocurría no era real, era una pesadilla, y los pocos actos cuerdos que atiné a hacer, como llamar a mi papá y a mi abuelo, los hice sólo por instinto.

El único pensamiento racional que como una obsesión circulaba por mi cabeza, era cómo le iba a decir esto a Patito. Cómo lo iba a saber mi mamá. Cómo iba a explicarle a los que quería lo que había pasado.

Todo los otros sentimientos y pensamientos que me aquejaron quedaron alojados en algún remoto lugar de mi cerebro, sin que hasta hoy pueda recordarlos.

Al rato después apareció mi hermano Andrés, que finalmente fue con mi marido a comprar el ataúd.

De los recuerdos más impactantes para mí fue que la capilla de la clínica estuviera llena de muertos. No había un lugar para dejar a mi Francisco.

Nos vimos obligados a llevarlo a una pieza. Muerto, a ponerlo encima de una cama en una habitación para los vivos.

Mi "Fran" estaba irreconocible, me producía un dolor tan inmenso mirarlo. Cómo podía ser que ese niño que minutos antes me sonreía, que tenía la piel tan limpia y rosada, ese niño que me dijo "mamá, cuidame esta cruz", como diciéndome ella te va a consolar el resto de tus días, ya no tenía vida, estaba muerto.

¿Cómo yo iba a poder soportar eso, ese dolor? ¿Qué iba a ser de nosotros, de nuestra familia?

Yo no comprendía lo que estaba pasando, me sentía tan perdida, tan insegura. Todo en mí era dolor, un dolor del alma.

Aparte de algunos de mi familia, no me percataba de nadie de los que estaban a mi alrededor, de ninguno de los que llegaron a vernos. Sólo estaba Francisco, y yo tratando de estar con él, de rescatarlo desde donde estuviera.

Eran como las seis de la tarde y yo no quería separarme de él.

Recuerdo haberme tendido a su lado, abrazarlo y sentir cómo su cuerpo se iba enfriando, se iba poniendo rígido. Al principio yo le acariciaba las manitas y las sentía suaves, dóciles. Yo sabía que se me estaba yendo y me resistía, no podía estarle pasando eso a su cuerpo, lo único que me quedaba de él todavía. Eso me impactó tanto.

Me contaron después que me quedé dormida a su lado. Me despertaron para convencerme de que era mejor que volviese a casa y que yo en mi desesperación de dejar a mi hijo me agarré a él de tal forma que resultaba muy difícil separarnos.

Yo me resistía a sollozos a dejarlo ahí solo, pero estaba rendida por el dolor y me dejé llevar.

Y lo dejé allí, y la verdad es que eso me ha costado mucho perdonármelo. Tratar de excusarme el haber dejado a mi hijo solo en una clínica, donde al fin y al cabo no era más que un lamentable caso estadístico.

Partimos con algunos amigos a la casa, y uno de ellos, como para ayudarme a enfrentar a Patito y decirle lo que había pasado con su hermano, me mandó a unos psicólogos que nos estaban esperando y que jamás volví a ver.

Patito estaba esperando a su hermano para comer panqueques con manjar y a sus seis años percibió al instante mi dolor y el de su padre. La empleada lloraba desconsolada y me dijo que mi mamá había llamado desde Nueva York y que ella algo le había dicho...

Recuerdo la enorme pena que sentí por ella, lejos de mí, imposibilitada de consolar a su hija.

Los psicólogos, que al parecer eran expertos en este tipo de casos, le explicaron a Patito que Francisco no iba a volver, que su hermano ya no estaba aquí. Me acuerdo de que él se fue a esconder detrás de un sofá, no quiso seguir escuchando.

Además una amiga, por cierto con la mejor de las intenciones, se lo llevó esa noche a dormir a su casa, y este niño al que recién le habían dicho que no volvería nunca más a ver a su hermano, pasó esa primera noche lejos de sus padres.

Me acosté y con Pato lloramos nuestro dolor en un abrazo mudo. No había nada que pudiésemos decirnos que alentarara nuestra pena.

Yo no podía resistir la desesperación de haber dejado a Francisco en una pieza solo, detrás de una puerta cerrada. Encima de una cama, muerto. Esa imagen me persiguió mucho tiempo.

Al otro día lo trasladaron al velatorio de la iglesia El Bosque, y mi padre se convirtió en su guardián. Nunca se movió de su lado hasta que lo llevaron a la iglesia para officiar la misa del funeral. Jamás podré agradecerle lo suficiente ese gesto.

Vestí a mi niño con su ropa preferida, sus pantalones de terciopelo amarillo y el *sweater* azul con sus iniciales en el pecho. Puse entre sus manos, junto a un rosario, el robot que le habíamos comprado para que estuviera tranquilo durante el examen que le costó la vida. Él me había prometido que se iba a portar bien.

Cuando lo vi adentro de ese ataúd blanco, su carita estaba aun más deforme y no quise que nadie lo viera así. Cerré el cajón, pero todavía no podía despedirme.

Quise esperar para el entierro a mi mamá que sólo pudo llegar el miércoles, luego de un tormentoso viaje de regreso.

Cuando la vi aparecer en la iglesia nos abrazamos llorando, también sin palabras, que no eran necesarias para sentirme acogida, para sentir también en ella ese dolor incommensurable, de madre a madre. "Chiquitita, chiquitita" me decía después, como si quisiera evitarme el dolor volviéndome de nuevo a su vientre, a ser una niña pequeña protegida de cualquier sufrimiento.

Ella entendía lo que yo aún no era capaz de comprender. Por lo tanto se constituiría en mi sombra silenciosa para poder sostenerme a cada paso de los que me vería obligada a avanzar.

Le pedimos al sacerdote que hiciera una misa cantada. Francisco no se merecía una despedida triste.

No sé de donde me nació el valor para hablar en la misa, sólo yo me sentía con el derecho de dedicarle a mi hijo las últimas palabras. Nadie lo conocía más que su madre. No recuerdo lo que dije en ese momento, pero sí la sensación como de un chispazo de serenidad.

Desconozco cómo tuve fuerzas para articular esas palabras, que por las cartas y los comentarios que me llegaron después surgían de mi boca para consolar a la gente que atiborraba esa iglesia, y que estaba consternada ante el funeral de un niño. Una paradoja de esas que no tienen explicación.

Patito no asistió al funeral, también me habían dicho que los niños no debían ir a los entierros. Y yo no pude percibir, en el estado en que estaba, que ese hecho le dificultaría enormemente la posibilidad de concluir su duelo. Él nunca vio a su hermano muerto, él lo dejó de ver un lunes cuando se fue a hacer un examen. Habían quedado de volver a jugar, iban a comer algo rico y resultó que no volvió a verlo nunca más. De hecho, la primera y única vez que fue al Parque del Recuerdo le dejó a su hermano lo más valioso que él tenía: un reloj que había pedido como regalo de cumpleaños y que había esperado con una ilusión enorme. Sobre la tumba quedó ese objeto tan preciado, y ese gesto de infinita inocencia y generosidad me conmovió hasta las lágrimas.

Después del funeral, llevamos a Francisco al Cementerio General donde estaba enterrado mi suegro, a quien yo nunca conocí. Yo no había entrado a ese lugar más que una vez antes, a ver el mausoleo de los Roccatagliata, y no me gustaba ese lugar, lo encontraba lúgubre, triste. Cuando llegó el momento de enterrar a Francisco me escondí, no quise ver cómo metían a mi hijo en ese hoyo. Durante todo el mes siguiente lo único que pensaba era en sacar a mi hijo de ahí, hasta que lo llevamos al Parque del Recuerdo. El traslado se hizo después de un trámite burocrático horroroso y nunca olvidaré la impresión que me causó el deterioro del ataúd. Parecía que hubiera estado enterrado mucho más que un mes. Yo todavía estaba viviendo en el pasado, aferrada a los recuerdos, a los momentos felices y la

constatación de esa urna tan deteriorada fue como un brusco despertar a la realidad.

Conseguí dejar a mi hijo en un lugar bonito, donde iba a poder despegar como el volantín amarillo que me dibujó poco antes de morir.

Una torta para su cumpleaños

El 9 de octubre, diez días después de su muerte, Francisco cumplía cinco años. Yo le cociné una torta de panqueques con manjar, le puse las cinco velitas y me fui al fondo del jardín. Encendi las velas, le canté el cumpleaños feliz y luego la enterré para él.

Al principio fui muy seguido al Parque del Recuerdo. Le llevaba solamente flores amarillas y pasaba largo rato sentada al lado de su tumba. Le decía cuánto lo quería, que lo echaba de menos, cuánto nos hacía falta a todos.

Por esos días mi casa estaba siempre llena de gente, y yo me recuerdo en la cocina picando queso y poniendo papas fritas en un plato. Nuestros amigos querían estar cerca nuestro, pero no sabían qué decir, no sabían cómo ayudarnos porque no podían siquiera imaginar cómo nos sentíamos, y frente a la sola idea de que algo así pudiese sucederles eludían el tema, y se hablaba de cualquier cosa para no correr el riesgo de decir algo inapropiado. Yo sabía que ellos venían a acompañarme con la mejor intención, pero en ese momento lo único que yo quería era hablar de mi hijo muerto, de los momentos que pasamos con él, de sus chistes, travesuras, de la primera vez que me dijo mamá. El recuerdo más simpático que yo tenía del

último tiempo con Francisco era que esperábamos junto con Patito el día sábado y nos sentábamos frente al televisor a ver Sábados Gigantes, cuyo conductor, Don Francisco, en un determinado momento del programa hacía que toda la audiencia bailara el famoso baile de la colita: "Así así, como mueve la colita, si no la mueve se queda paradita". Y los tres como impulsados por un resorte nos levantábamos y refregábamos nuestras colitas al ritmo de la canción, muertos de la risa. Disfrutábamos a tal punto que cuando mis niños tenían que hacer alguna gracia frente a las visitas, se lucían con el baile de la colita. Y a quién podría importarle ese recuerdo que yo he atesorado hasta hoy.

En esa primera etapa del duelo, que es la etapa de la negación y la incredulidad, la etapa de shock, yo realizaba todas las actividades cotidianas como una automática. No estaba plenamente consciente de lo que hacía. Una vez metí un ramo de flores al refrigerador y puse la leche en la mesa del living. Años después conocí a una mamá que había pasado por este mismo dolor y que había hecho lo mismo. No significaba que nos estuviésemos volviendo locas, sino que nuestros pensamientos estaban conectados sólo con el hijo que se había ido.

Cuando una tarde Patito llegó del colegio y me preguntó si ese día habría de nuevo fiesta, yo le dije a mi marido que no podíamos continuar así.

Yo quería que mi hijo Pato siguiera siendo feliz, que creyera que la vida valía la pena vivirla. Que a pesar del sufrimiento que él no se merecía tener, y que había dejado a sus papás sumidos en el más profundo de los dolores, la vida era bonita.

Lo llevé a los juegos del Mampató, y recuerdo que mientras él se subía a esas tazas giratorias, yo imaginaba que me hundía en esos remolinos y caía en un pozo profundo.

Providencialmente una amiga de Pato y su marido, que vivían en México, pusieron a nuestra disposición su casa en Valle de Bravo, un precioso lago cerca de Ciudad de México.

Fuimos con nuestro hijo Patito buscando estar solos y entender lo que nos había pasado. Estuvimos como dos meses. Guardo un gran cariño por nuestros amigos mexicanos. Ellos fueron increíblemente generosos, nos cuidaron siempre con discreción. Pusieron a nuestro servicio dos empleados y jamás siquiera lo que íbamos a comer, siempre estaba la mesa servida. La estadía en México nos ayudó mucho. El lugar es realmente precioso. Allí pudimos conectarnos con nuestros sentimientos, con nuestro dolor, con nuestra tristeza. Yo veía que mi marido se hacía cada día más pequeño, fue adelgazando hasta perder 20 kilos.

Cuando el barco se hunde, alguien tiene que remar, e instintivamente yo tomé los remos.

En el jardín había un columpio y yo veía a mi hijo Pato columpiarse incansablemente. En ese balancearse por horas, de alguna manera él mostraba que quería seguir siendo un niño feliz a pesar de que había algo que le impedía serlo. Yo lo miraba y me preguntaba qué pasaría por su cabeza. Para él sus padres prácticamente no existían, vivíamos juntos lo cotidiano, pero había muy poca comunicación. Era tanto el dolor que no había palabras, nada que decir. No obstante, él sabía que nosotros llorábamos, y seguramente él también quería llorar, pero había un pudor que nos impedía hacerlo delante de los otros, para evitarlos sufrir más. Recuerdo un hecho que muestra lo que Patito vivía. Una mañana fuimos al pueblo de Valle de Bravo y le compramos un globo que él escogió de color amarillo. Al rato vimos que se le escapó de las manos; "Patito, ¡se te fue el globo!", fue mi reacción. "No, mamá, se lo mandé al 'Fran', que está en el cielo".

En ese momento tuve la necesidad de abrazar a Patito y decirle cuánto lo quería, pero no lo hice. Yo sentía que una parte de mí había muerto con Francisco. Estaba como perdida entre dos caminos, uno que conducía a seguir adelante, a sobrevivir, a construir una vida nueva. Y el otro que me instaba a quedarme detenida en los recuerdos, porque sentía que yo podía fallarle a Francisco.

Me angustiaba cómo seguiría la vida para adelante, si seríamos capaces de superarlo, de sobrevivir, de formar otra familia, tener más hijos.

Cuando muere un hijo, los hermanos quedan además de huérfano de hermanos, también de padres, porque ellos están alejados de la realidad, incapacitados para reintegrarse al mundo cotidiano con todas sus exigencias y presiones. No son capaces de darse cuenta de lo que pudiese estarle ocurriendo a los que los rodean. Todo está destruido, se desconoce cómo se va a rehacer la vida. Se conoce sólo el pasado, desde el momento de la muerte hacia atrás. A pesar de que cuando murió Francisco, más que morir mi pasado murió mi futuro, porque él era chiquitito. Por lo tanto sentí que las proyecciones puestas en él son las que se fueron. Mi pasado con "Fran" había sido intenso porque me requirió tiempo completo desde el primer día. Pero también había sido breve, porque el tiempo en que Francisco de verdad se convirtió en un niño alegre, compañero, amigo, fue en los últimos tres años. Con su muerte no sólo murieron las ilusiones que tenía en él, sino que también una parte de mí. Yo ya nunca sería la misma. No sabía si tendría la fuerza y el valor para enfrentar la vida por ese otro hijo que me quedaba.

De México me quedó también una curiosa enseñanza, que me ayudó a dar un pasito hacia adelante. El día de Los Muertos los mexicanos rinden un verdadero culto a la muerte. Fuimos a

misa al pueblo y me impactó ver calaveras de azúcar, ver la muerte como dulce, para saborearla como un caramelo. La gente disfrazada de calaveras. Y fui comprendiendo que ese pueblo ve la muerte en forma mucho más natural y cercana que nosotros, como parte de la vida. En cambio en nuestra cultura la muerte es un tema tabú. Ver a esa gente cantando como si la muerte fuera digna de alabanzas, me despertó a una visión distinta, me hizo reflexionar respecto de que efectivamente la muerte era un paso hacia la meta de llegar a la casa de Dios Padre.

Nuestra sociedad es muy ocultadora, negadora del sufrimiento, lo que definitivamente no contribuye a superarlo.

Al volver de México regresamos bruscamente a la realidad. A la misma casa compartida con Francisco, a su cama sin deshacer, a sus juguetes, su ropa, su puesto vacío en la mesa. A todo lo que nos confirmaba su ausencia. Empecé recién a darme cuenta de que su muerte era definitiva.

Los amigos que nos habían acompañado masivamente en los primeros tiempos, discretamente desaparecieron. Sólo quedaba la familia y algunos amigos íntimos. Recuerdo que mi madre siguió por mucho tiempo haciéndome las compras, detalle que ella por cierto hacía en silencio, pero que valoro como una demostración de amor incondicional. No me percataba ni siquiera de su presencia, pero a la hora de la comida sabía que ella había estado allí como todos los días.

Yo estaba viviendo un período de añoranza física de mi hijo muerto, de querer abrazarlo, besarlo, decirle mil veces que lo amaba.

Muchas veces sentí su presencia, me tendía en la cama, cerraba los ojos y creía que Francisco se acostaba a mi lado. Percibía su calor, su mano. Y abría los ojos para no encontrar a nadie.

Cuando mi hijo Pato se iba al colegio y la casa quedaba en silencio, intentaba vincularme con mi hijo muerto hablándole a una foto, buscándolo en sus cosas, en sus dibujos, en su ropa. Intentaba con todo mi corazón sentirlo dentro de mí. En esos diálogos que yo sostenía con Francisco empezaron a surgir respuestas que claramente venían de mi interior y que tenían que ver con la fe. Dios se me hacía presente, me tranquilizaba, me decía ten paciencia. Sentía que me pedía que rezara, no por "Francisco" sino por nosotros, y lloraba dándole gracias por haberme permitido ser su madre y disfrutar de él esos casi 5 años. Gracias por haber podido amamantarlo, abrazarlo, quererlo, protegerlo y educarlo. Y gracias porque algún día podríamos estar juntos para siempre.

El primer año yo sobreviví a cada segundo, minuto y hora de esos 365 días. Para el resto de las personas el tiempo pasa rápido. En un proceso de duelo avanza muy lento. Cada minuto de ese tiempo duele de verdad en el alma, y uno no sabe qué remedio existe para ese dolor. Por lo demás en nuestra casa se apagó la radio, el televisor, porque eso era volver a incorporarse al mundo. Y yo no quería, yo sólo ansiaba llorar a mi hijo, estar conectada con él y rezar.

A pesar de cómo me sentía y de las interminables noches sin dormir, nunca quise atontarme con calmantes.

Alrededor del año comprendí que no podía quedarme en esa casa llena de recuerdos tan lindos pero tan tristes. Cada rincón nos recordaba a Francisco. Aquí se sentó, aquí jugó, aquí se le salió el primer diente. Yo sentía que para dar un paso adelante teníamos que cambiarnos de casa.

Mucha gente mantiene la pieza del hijo que muere para siempre tal como quedó. Y guarda todo, los juguetes, la ropa, y hace una especie de santuario alrededor de esos recuerdos. Yo en

Las flores son para la Virgen

cambio pensé que para nosotros como familia no sólo era mejor cambiarnos de casa, sino que decidí regalarle a las monjas italianas, que tenían un hogar para niños, todo lo que me recordaba a Francisco. Regalé hasta los muebles. Me quedé sólo con sus dibujos, su uniforme de colegio, sus lápices y sus juguetes.

Nos compramos una casa cerca del colegio de Patito, y empezamos como de cero.

Poco a poco me fui dando cuenta de que Francisco ya no estaba más, que lo que había ocurrido era irreversible y que no había nada que yo pudiera hacer que me lo devolviera a la vida, de que éramos tres.

Ahí empecé el verdadero proceso de duelo. Ese largo proceso de adelantar y retroceder, dando pasos de ciego para avanzar en un camino desconocido.

Cuando mi "nonna" Velia recibía flores jamás las dejaba adorando su casa. Sin excepción llevaba el ramo a la iglesia y lo ponía a los pies de la Virgen.

"I fiori sono per la Vergine -nos decía mi abuela-, non per me". Aquella simple frase encierra la profunda fe con que ella pudo superar las dificultades de la guerra, sobrevivir al dolor de su país destruido, la prisión de su esposo en el campo enemigo, la división de su familia y la muerte de hermanos, amigos y vecinos.

Mis abuelos llegaron a Chile en el 46 buscando una tierra nueva, fresca y fértil que les ofreciera un futuro mejor a ellos y a su descendencia. Su capacidad de adaptación, su empeño y perseverancia, su actitud positiva ante la vida, junto a la profunda fe de mis abuelas, son sin duda el gran legado que me dejaron los *nonnos* para quienes lo más importante en la vida no era "lo que la vida le hacía a uno, sino lo que uno hacía con lo que la vida le hacía a uno".

Cuando estábamos en el campo, en Sierras de Bellavista, un pequeño Alpes construido por algunos inmigrantes italianos, sin luz eléctrica, mi abuela Velia nos instalaba a los hermanos junto a la chimenea para contarnos las historias de su vida, de la guerra.

Sus relatos siempre tenían una enseñanza religiosa y terminábamos rezando el rosario con todos los Misterios, lo que por cierto nos aburría horribilmente. Pero mis abuelas no cejaron en su empeño de criar niños "per bene" niños con valores: niños buenos.

Jamás, hasta que murió Francisco, imaginé que tenía tanta fe y que sus enseñanzas habían calado tan hondo en mí.

La *nonna* Velia murió un año, un mes y un día antes que su bisnieto.

Cuando uno se enfrenta con el dolor de revisar una experiencia como la muerte de un hijo, resulta inevitable explorar todos aquellos recuerdos de la infancia que nos formaron una determinada manera de ser y de encarar la vida, porque sin dudas esas experiencias que uno mantiene en la memoria, sumadas al propio temperamento, resultan determinantes para la manera en que superaremos las dificultades.

Y en mi vida hay dos hechos que me confirman que la muerte ha rondado mi existencia desde incluso antes que naciera.

El primero de ellos le ocurrió a mi madre en plena guerra, cuando era una niña.

Sonaron las alarmas de bomba y mi abuela con sus hijos corrieron a los refugios subterráneos. Mi madre lloraba desesperadamente por salir de ese encierro que la ahogaba, y era tanto el bullicio que metía mientras los demás rezaban, que a mi abuela no le quedó más remedio que sacarlos del lugar. La acompañó también una amiga con su familia. Resultó que la bomba cayó justo en medio del refugio muriendo todos los que estaban adentro. Los únicos que se salvaron en ese bombardeo fueron la familia de mi abuela y la de su amiga. Gracias a Dios y a la pataleta de mi madre.

El otro me ocurrió cuando yo tenía 4 años. Estábamos en el lago de Bellavista cuando un grupo de adolescentes, entre los cuales estaba la hermana de mi mamá, abordó un pequeño bote

de madera y convencieron a mi madre de que me dejara ir con ellos a pesar de que yo era tan pequeña y no sabía nadar. Mi madre tampoco, porque jamás le enseñaron, yo creo que por el horror que le daba a mi abuela que se pusiera traje de baño. Pero fue tanta la insistencia que terminó cediendo.

En el medio del lago, uno de los muchachos que seguramente quería lucirse ante alguna jovencita, se tiró al agua haciendo tambalear el frágil bote hasta voltearlo.

Yo caí al lago y empecé a hundirme. Recuerdo cómo no podía respirar y mi lento avanzar hacia el fondo. Escuchaba también desde el agua los gritos desesperados de mi madre.

Alguien empezó a tantear el agua y palpó algo que le pareció un racimo de algas y que resultó ser mi ensortijado pelo, que me salvó la vida.

Esta es tal vez la única evocación amarga de mi infancia. Las demás son todas felices.

Crecí en un ambiente protegido, en un nido cálido en el que las mujeres se erigían como un estandarte. Rememoro con ternura sus eternos delantales de cocina que simbolizaban su afecto y preocupación. Como buena familia italiana, la comida constituía una manera de demostrar afecto: los queques recién horneados, la *ciambella* a la hora del té, la pasta diaria hecha en casa y compartida por todos en una mesa bien puesta, son parte de mis arraigados recuerdos.

Aunque debo confesar que la cocina no es mi fuerte, me preocupa mucho de que en mi casa se coma bien. Erradiqué la obligación—esa secuela de la guerra que sufrían mi madre y mi abuela—, de tener que comerse hasta el perejil del plato.

Colmar las expectativas de mis padres y ser una joven adecuada y buena alumna constituía para mí, además de un deseo, una obligación.

Me convertí en una adolescente bonita y exitosa, gané el concurso de Miss Stadio Italiano, fui campeona sudamericana de ping pong y gran esquiadora. Hasta que en un paseo a la nieve la vida me hizo la primera zancadilla. Me quebré una pierna de tal forma que estuve un año postrada en la cama, inmóvil y con pesas colgando de mi pierna rota.

Aquellos son mis primeros recuerdos de sufrimiento y soledad.

Nunca había sentido un dolor físico más insoportable que aquel, y luego de ese año tuve que volver a aprender a caminar.

Pero acepté los hechos con resignación, y ahora he comprendido que ese rasgo de mi carácter me ayudó mucho para enfrentar la gran prueba que la vida me tenía reservada.

Mientras estaba en cama escuchaba los radioteatros y aprendí a tomarle el gusto a la lectura. Fue un período de recuerdos, de volcarme a mi interior y desde allí buscar recursos para sobrevivir lo mejor posible a esa inmovilidad y a la dependencia absoluta de los demás. Durante esa convalecencia empecé a escribir lo que me ocurría en el día y lo que sentía.

También estudiaba, porque mis amigas me traían los cuadernos que yo copiaba para poder rendir los exámenes a fin de año. Me propuse pasar de curso con las mejores notas, y lo logré.

Pero me sentía sola. Para una muchacha joven, el perderse el cotidiano chismorreo adolescente era muy frustrante. No obstante aprendí a autobastecerme. Me las ingeniaba para mantenerme entretenida y hasta hoy soy una persona que se siente cómoda con la soledad. Aun así, recuerdo que me saltaba el corazón de alegría cuando mis hermanos, la Patty y Andrés, llegaban del colegio. Ellos han sido siempre mis mejores amigos y mis grandes compañeros.

Ese año en cama, junto con el pasar la totalidad de los veraneos en el aislamiento de la cordillera, me hacían ser muy niña todavía. La primera vez que se me declaró un amigo, cuando yo ya era grandecita como para saber de qué se trataba, le contesté que en 7 años más le podía dar la respuesta. Se quedó esperándola para siempre.

Mi mundo pequeño y protegido cambió completamente cuando mis padres me mandaron a estudiar a Italia. Yo ya había cursado un año en la Facultad de Letras de la Universidad Católica y pensé que las cosas en Italia serían parecidas. Pero me encontré con un país moderno, apegado a la moda, en donde la juventud era más liberada y con ideas y costumbres muy distintas a las mías. Descubrí que había otras maneras de vivir y ver la vida. Vivía bajo la custodia de mi abuela Vela, a quien yo quería mucho, pero estaba lejos de mis padres y hermanos. Entré a estudiar filosofía en la Universidad de Bolonia, una de las más grandes de Italia. Sus aulas eran unos anfiteatros enormes que no hacían más que aumentar mi inseguridad respecto de un sistema de estudio muy diferente. Los exámenes eran orales, con unas exigencias feroces.

Toda esta nueva realidad se me impuso como algo muy difícil de afrontar. Pero me adapté, aunque con un costo emocional enorme que se manifestó en una ansiedad incontrolable por comer. Y qué mejor país para dar rienda suelta a mi apetito que Italia. Engordé 20 kilos. Aún así me hice de grandes amigos, de esos que se conservan toda la vida.

Cuando volví a Chile después de dos años, mi madre no me reconoció en el aeropuerto.

Volví llena de espinillas, porque el exceso de grasa se me salía hasta por los poros, con un frontis digno de Sofía Loren, lo que constituyó el único elemento positivo de mi gordura, puesto

que jamás me había destacado por ese encanto femenino. Venía vestida con ropa maternal porque no había nada que me cupiera y me había cortado el pelo, lo que fue muy fuerte para mí, ya que siempre mi pelo largo y crespo había constituido mi sello personal. Creo que lo hice como una forma de decir ya no soy la misma, aunque tenga que volver a empezar de cero.

Mi madre me besó con ese amor infinito de mamá y no me dijo una sola palabra respecto de mi gordura. Intuía que había sufrido. A los pocos días de mi llegada, a comienzos del verano chileno, me llevó a Bellavista y me mantuvo recluida allí hasta que luego de dos meses bajé los 20 kilos que me sobraban a costa de huevos duros y tomates, pero básicamente de mucho amor.

Cuando volví a Santiago me reintegré a la Universidad Católica con la idea de cambiarme a periodismo. Ese año, en una fiesta universitaria conocí a Patricio, mi marido. Me pareció muy viejo, aunque tenía sólo 10 años más que yo, pero a esa edad se considera mucha la diferencia. Por cierto que no lo tomé en cuenta para nada, pero para mi suerte él sí se fijó en mí.

De tanto radioteatro que escuché cuando estuve en cama, estaba convencida de que cuando conociera al hombre de mi vida se me iba a salir el corazón del pecho, iba a sentir mariposas en el estómago, o al menos lo iba a reconocer de todas maneras.

Y resultó que aquel ingeniero civil que vivía hacia siete años en Estados Unidos, ese hombre sereno, profundo y cautivamente inteligente se convirtió once meses más tarde, sin que yo pudiese sospecharlo siquiera, en mi flamante marido. Pato me fue cautivando poco a poco, y ese amor que yo pensaba que iba ser instantáneo, se me fue metiendo en el corazón lento, pero seguro.

Nos casamos el 17 de diciembre de 1977.

Pato resultó ser un marido moderno, colaborador y un gran apoyo en mi empeño de ser profesional. Yo cursaba recién mi segundo año de periodismo, y teníamos claro que no íbamos a tener hijos durante los primeros años de matrimonio. Nos conocíamos poco y necesitábamos un tiempo para estabilizarnos como pareja.

La convivencia me reveló a un hombre más valioso de lo que yo intuí. Paciente ante mi rebeldía frente a los afanes domésticos, durante dos años comió solamente pollo al limón. Lo único que me importaba en ese momento era estudiar. No quería ser mala alumna por el hecho de estar casada. No estaba acostumbrada a no intentar ser la mejor. Mientras yo estudiaba, muchas de esas veces en grupo y en nuestro departamento, Pato leía discretamente sin requerirme para nada.

Él sabía escucharme y manejaba mis arrebatos con sabiduría. Yo lo fui admirando cada vez más. Mi amor por él se fue también incrementando al descubrirlo como un hombre generoso, a pesar de haber sido hijo único y no haber crecido con la necesidad de compartir.

Hasta que como es natural que ocurra con una pareja enamorada, empezamos a ilusionarnos con la idea de un hijo.

Me embaracé y la noticia fue recibida con alegría por todos. Pato y yo teníamos grandes expectativas respecto de nuestro primer hijo. Ese primer embarazo tenía un significado único para mí. El sentir por primera vez los cambios en mi cuerpo y tomar conciencia de que se estaba formando una nueva vida en mis entrañas me producía una emoción inmensa.

La ilusión de imaginar cómo sería esa criatura me desvelaba. Pasaba muchas horas del día pensando en ese niño.

Pero a los cuatro meses de gestación, la vida me enfrentó con el primer dolor de la pérdida. Sufrí un aborto espontáneo que me arrebató esa primera ilusión.

Me consolaban diciendo que quizás el niño no habría sido normal, y que después íbamos a tener más hijos. Pero nada me servía para aliviar mi frustración, mi pesar y mi gran temor de no poder embarzarme de nuevo o de lograr la próxima vez llegar a buen término. Preguntas que me hacía a mí misma en el silencio de mi tristeza. Ese dolor me ayudó más tarde a entender y a acercarme al sufrimiento de aquellas mujeres que, a pesar de múltiples embarazos, jamás han podido dar a luz y también el de aquellas que, habiéndose provocado un aborto, sienten esa pérdida como una herida desgarradora que persiste por años sin cicatrizar, porque esa pena y ese dolor fueron reprimidos en el silencio del secreto.

La tristeza me acompañó por mucho tiempo, hasta que quedé embarazada de mi hijo mayor, Patricio.

Perder ese primer hijo me hizo más consciente de este segundo embarazo. La primera vez yo tenía la certeza de que el proceso iba a culminar en el parto, sin que se me pasara por la mente que no sería así. Hasta los cinco meses de esa nueva gestación viví con la aprensión de que me volviera a ocurrir lo mismo de la primera vez. Sólo durante los últimos meses logré sentirme tranquila y más segura. De todas maneras me cuidé mucho, estudiaba en cama y no hacía fuerza alguna.

Afortunadamente, Patito llegó para colmarnos de felicidad el 11 de abril de 1980.

Para mis padres y mi suegra era su primer nieto. Para mis abuelos su primer bisnieto.

Para mi marido había nacido la continuación de sí mismo, el segundo Patricio Reich.

Patito era un niño sano, dormía y comía a sus horas. Era capaz de estar mucho rato despierto en su cuna sin llorar, lo que me permitía estudiar sin dificultad. Fue un niño que nunca nos causó problemas. Era dócil, amoroso y de sonrisa fácil.

Este hijo se incorporó a la familia como si hubiese estado siempre entre nosotros. Nos trajo una alegría sin límite. Con este niño ser mamá me resultó muy fácil. No así con Francisco, que nació 18 meses después.

Nuestros hijos se convirtieron en el centro de nuestra vida. Tantas ilusiones y proyectos puestos en ellos. Y yo, que en ese entonces ya estaba en cuarto año de Periodismo, asumí el rol de madre como el más importante de los títulos.

Ser madre me asignaba un rol en la sociedad y una ocupación de por vida. Mi misión era proteger a esos hijos.

Con Francisco fallé.

*Mamá, este soy yo,
siempre te estoy mirando*

Tres días antes de morir, Francisco dibujó en el colegio un volantín de color amarillo y le pidió a su profesora que escribiera: "Mamá este soy yo, siempre te estoy mirando".

Francisco nació el 9 de octubre de 1981. Le pusimos ese nombre en honor a Francisco de Asís ya que nació tres días antes de que los católicos recordemos a ese santo del cual yo he sido siempre devota. El representa la ternura para con todos los seres, la inocencia, el amor por la naturaleza, la compasión por los más necesitados y la capacidad de fraternizar incluso con la propia muerte a la que llamó "hermana queridísima".

A veces me he preguntado si fue una mera coincidencia que Francisco, mi hijo, amara a los animales a tal punto que en el campo jugaba con las arañas y las culebras sin nunca sentir miedo. Que desde muy chico mostrara solidaridad con los niños pobres, y que desde su bautizo hasta el día en que murió, nunca permitiera que le sacáramos del cuello la imagen de Cristo en la cruz.

Mi querido "Fran", como le decíamos con cariño, fue un bebé pequeñito. Pesó 3 kilos y midió 48 cm, pero a mí me pareció un niño fuerte y sano. Tenía el pelo rubio y los ojos transpa-

rentes como dos gotas de agua. Nunca más he vuelto a ver unos ojos tan celestes como los de "Fran".

Llegar a la casa con él fue todo un acontecimiento, especialmente para mi otro hijo que tenía un año y seis meses y que no entendía mucho lo que estaba pasando. A Patito le entregué un regalo de parte de su nuevo hermano y le puse al niño entre sus bracitos. Lo tomó con cuidado y le dio un beso. Esa foto es tal vez el recuerdo más tierno que guardo de ellos dos. Pasaron los días, yo me sentía bien y volví a la universidad. Todo marchaba sobre ruedas. La vida me sonreía y yo le sonreía a la vida.

El primer indicio de que algo no andaba bien fue que a Francisco le costaba subir de peso. De hecho en su primer mes bajó 300 gramos y cada vez que terminaba de darle pecho lloraba. Pensé que se quedaba con hambre, porque mi leche era de mala calidad. Tanto es así que se lo comenté a una compañera de curso que había sido mamá al mismo tiempo que yo. Cariñosamente se ofreció a darte de mamar a Francisco para salir de dudas. Mi amiga tenía unos pechos maravillosos y yo no podía creer cuánta leche brotaba de ellos. Me sentí feliz por "Fran", incluso riendo le dije: "Esta sí que es comida". Francisco mamó y mamó, pero sorprendentemente también se puso a llorar cuando mi amiga le sacó el pecho. Desde ese día comencé a peregrinar por la consulta de numerosos médicos. Di con uno que venía llegando de EE.UU. que me habló por primera vez de la alergia a la leche materna. Después de algunos exámenes llegó a la conclusión de que Francisco era efectivamente alérgico y que la única solución era alimentarlo con leche de soya. Comencé a darle ese alimento, que por aquel entonces era bastante difícil de conseguir y "Fran" pareció calmarse, lloraba menos y dormía mucho mejor. Me tranquilicé y le di gracias a Dios por haber encontrado al médico que pudiese dar en el clavo con el problema.

En ese tiempo mi marido trabajaba en una compañía aérea, por lo que viajaba con frecuencia. Un día llegó a casa diciéndome que tenía que ir a México y que le encantaría que yo lo acompañase. Debo ser muy sincera, no sentí ninguna aprensión respecto de dejar a los niños, ya que me sentía cansada, y la sola posibilidad de tener vacaciones me pareció un sueño. Estuvimos dos semanas. Dejé a mis hijos al cuidado de una empleada y una enfermera que me habían recomendado mucho. Llamábamos diariamente por teléfono y siempre me dijeron que estaba todo bien.

Pero cuando llegué y vi a Francisco se me apretó el corazón. Estaba más delgado que nunca y estoy segura que no me reconocí. Me acerqué a él, lo besé y ni siquiera por el olor pudo reconocermé. Algo malo estaba pasando y me lo habían ocultado. La culpa de haber dejado a Francisco durante esas dos semanas fue algo muy largo de superar en mi proceso de duelo.

Ese mismo día despedí a la enfermera que al volver a verla me pareció un monstruo. Imaginé hasta que pudo haberle pegado. Me sentí mala madre y reconozco que lloré y le pedí perdón a los niños. Patito también me fue esquivo y se mostró muy indiferente durante el resto del día. Ellos eran todo en mi vida, el tesoro más grande, y yo sentía que los había abandonado, comportándome con egoísmo, preocupada sólo de divertirme.

Esa tarde, cuando le di la mamadera a Francisco, la devolví completa. Le pregunté a la empleada si lo había hecho antes y me contestó que casi todos los días.

A la mañana siguiente lo llevé al médico. Efectivamente, Francisco estaba aún más delgado y su sonrisa instantánea y su mirada dulce parecían un recuerdo del pasado. Se le practicaron muchos exámenes hasta que hubo un diagnóstico: reflujo en su grado máximo. Yo no sabía lo que eso significaba, pero el

médico me dijo que era un milagro que Francisco no se hubiese ahogado con la leche.

A partir de entonces y hasta el año siete meses mi marido y yo dormimos con "Fran". Me fabricué un arnés en el que Francisco dormía colgado contra mi pecho. Yo me amarraba al respaldo de la cama para no caer sobre él cuando me quedaba dormida. Con mi hijo pegado a mí al punto de sentirle los latidos del corazón yo estudiaba, comía y dormía.

Debo reconocer que durante ese periodo sentí rabia, y mis sentimientos hacia Francisco eran ambivalentes: de amor y odio. Después de su muerte esos sentimientos se convirtieron en un recuerdo doloroso, y por mucho tiempo me plantearon una crisis de proporciones mayores. Las exigencias de la universidad, la preocupación de los niños y el mal dormir terminaron por enfermarme. Sufrí severos trastornos hormonales. Llegué a pesar 46 kilos para un metro setenta y uno de estatura. Terminaron operándome de un hipertiroidismo.

A partir de los dos años Francisco se transformó en un niño adorable, bastante más tranquilo, alegre y simpático, de gran personalidad. Superó totalmente su reflujo pero continuó siendo alérgico, lo que finalmente fue la causa de su muerte.

Con su hermano Pato formaron una dupla imbatible; a pesar de que se peleaban eran muy unidos. Yo me sentía orgullosa de ellos. Dos niños físicamente muy distintos pero en sus rostros y coloridos, —uno era moreno de ojos negros, el otro rubio de ojos celestes—, se entrelazaba el pasado, el presente y el futuro. En ellos vi cómo el ciclo de la vida se repeta y cómo los rasgos vuelven a aparecer de generación en generación. Patito era igual a su padre y Francisco era la imagen de mi *nonno* Bruno. Mi abuelo era de pocas palabras. Él siempre decía, quizás para justificar lo poco que hablaba, que las palabras abundan en la boca de

los tontos. Pero yo sabía que cuando tenía a Francisco en sus brazos sentía que él mismo se perpetuaba en la descendencia de su descendencia. Cuando murió Francisco, un pedazo de él también murió.

Tal vez el acontecimiento más importante en la vida de Francisco fue su entrada al colegio. A mí también me marcó, porque ese día empecé a separarme de él. En los casi siete meses que asistió al colegio, "Fran" se hizo de dos grandes amigos. Hasta hoy recuerdo con mucho cariño a Sebastián y a Jorge, que ya tienen 19 años. Los he visto en algunas ocasiones y han sido momentos muy tristes para mí, ya que ellos me hacen pensar cómo sería "Fran" hoy.

Además de amistoso, Francisco tenía dos talentos: uno era la habilidad para los números y el otro, la facilidad para el dibujo. Me hizo muchos, pero nunca olvidaré el del volantín amarillo elevándose hacia el cielo diciéndome desde lo alto: "Mamá, este soy yo, siempre te estoy mirando".

Esa frase y la que me dijo en la clínica momentos antes de morir, las interpreté con el tiempo como una premonición. Francisco sabía que iba a morir.

La muerte de "Fran" ocurrió sin ninguna advertencia para mí, sin una preparación anticipada. Tuve mucha rabia en su momento contra quienes aparecían como responsables de su muerte, los médicos. Pensé luego en las mil y una formas en las que se podría haber evitado su muerte. Desde haberlo llevado a EE.UU. para hacerle una resonancia magnética, hasta no haberle hecho el examen. Cómo no sentir culpas. Cómo no culparse por seguir existiendo cuando se ha perdido lo que más se quiere en la vida. Mi hijo había muerto y eso significaba que no volvería a verlo en esta vida.

Con él se fueron las experiencias compartidas, como también las esperanzas para el futuro.

La muerte de un hijo es algo extemporáneo, antinatural, por lo que resulta muy difícil resignarse ante esta cruel y devastadora crisis del destino.

Un hijo no puede morir.

Frente a este hecho desolador es difícil imaginar que algún día podamos superarlo.

No me atrevía siquiera a imaginar que podría volver a sonreír. Superar el dolor era como traicionar la memoria de mi hijo muerto. Volver a reír era volver a ser feliz, volver a la vida, olvidarlo.

Ese dolor me ahogaba, no me dejaba vivir, era insoportable y ahí comenzó mi búsqueda.

Leí todo cuanto llegó a mis manos sobre el dolor, la vida después de la vida, la muerte. Hasta que me topé con un texto de Anthony de Mello en el que decía que la única manera de enfrentar el sufrimiento era sufriendo. "La única manera de tratar con el sufrimiento es hacerlo frente, mirarle fijamente a la cara, observarlo, entenderlo". Esta frase al principio me aterró, me espantó, pero comprendí también que era el único camino que me llevaría a la recuperación. Decidí enfrentar el dolor y no seguir culpando de mi sufrimiento al mundo, a los médicos, a la sociedad. Yo soy una mujer de fe y entendí que la cruz y el sufrimiento encierran soledad, pero tenía a Dios de mi lado. Él era mi compañero, Él nunca me iba a abandonar. Desde ese día me propuse el gran desafío de reconstruir mi vida. El amor a mi marido, a mi hijo Patricio, a mi familia y a la vida me ayudaron a despertar, a admitir que yo no era la única que sufría, a darme cuenta de que tenía una tremenda oportunidad de crecer, de aprender, de respetar el dolor de los otros, de abrirme, de ser humilde, de continuar. Esa era mi única opción.

Tuve que renacer.

La esperanza

La muerte es un enigma indescifrable que no avisa, no dice cuándo ni cómo llega. Pero creo que por la muerte se pasa a la vida, se vuelve a la vida. Se vuelve a la casa de Dios Padre. La muerte dilata el horizonte del espíritu humano. Recordar y amar constituyen una nueva mirada, una santa esperanza. Tal vez un día yo también pueda decirle a Dios "Abba, Padre". Tal vez algún día pueda también tener un reencuentro feliz con mi Francisco, a quien he llorado tan amargamente en esta vida.

Cada ser humano tiene su particular forma de vivir la pérdida de un ser querido, de hacer su duelo:

La psicóloga colombiana Isa Fonnegra de Jaramillo, reconocida como pionera en el estudio de la muerte y el duelo, dice que el duelo es un proceso activo de adaptación ante la pérdida de un ser amado y que implica llevar a cabo cambios que generan ansiedad, inseguridad y temor. El mundo confiable y predecible de cada persona es transformado para siempre por las pérdidas. El duelo concebido como un proceso activo y no pasivo ofrece al doliente cientos de opciones entre las que se puede y debe elegir o descartar: ver o no el cadáver; despedirse o no;

guardar o repartir las posesiones y pertenencias de quien murió, hablar de la persona o de lo que ocurrió o aislarse en el silencio; aceptar ayuda y consuelo o asumir una posición arrogante de no necesitarla; incluir a los niños y la familia en su mundo adolorido o marginarlos; luchar por encontrarle un significado a lo que ocurrió o no; decidir avanzar y replantear las prioridades conforme a su nueva identidad o perpetuar su incapacidad; sobrevivir o... morir psicológicamente.

Quienes atravesamos por un proceso de duelo, transitamos por una serie de etapas o vivencias comunes, aunque cada una se caracteriza por una amplia variedad de respuestas humanas.

La primera etapa es la reacción inicial de choque e incredulidad: "no puede ser que esto esté ocurriendo". La incredulidad cumple la función de amortiguar, de absorber el primer impacto emocional, puesto que la intensidad de las emociones sobrepasan la capacidad de tolerancia. Frente al impacto de la noticia algunas personas quedan paralizadas, incapaces de sentir. Otras gritan, lloran, hasta se desmayan. Es un período de aturdimiento y confusión. Es la pérdida del control, el mundo pierde seguridad. Esta etapa termina cuando la persona se permite variar sus sentimientos reprimidos.

La segunda etapa consiste en tomar conciencia de la pérdida. Es la etapa de la añoranza y la búsqueda. El puesto en la mesa vacío, la cama que no se hace. Es un período marcado por un agudo desorden emocional, aun cuando intelectualmente la muerte se haya comenzado a aceptar como un hecho real e irreversible. Es una etapa llena de conflictos, surge la rabia, la impotencia, la frustración, la hipersensibilidad y la culpa. La culpa real o imaginaria es una parte normal del dolor. Aparece con sentimientos y pensamientos de "Si hubiera..." Es uno de los sentimientos más profundos y "normales" que se manifiesta en el proceso de duelo

y el más difícil de compartir por el dolor y la impotencia que produce. La culpa de sobrevivir afecta incluso a los hermanos. Es un período de tanto agotamiento emocional que lleva a la persona a retraerse para conservar algo de fuerzas y energías. En el momento en que el retraimiento se inicia, la persona comienza poco a poco a entrar a la tercera etapa.

La tercera etapa es el peor período de todo el proceso. Es la etapa de la desorganización, de la desesperación y el retraimiento. La persona no desea estar con nadie, sólo con su dolor. Es la etapa más larga y angustiante de todo el duelo. Esta fase puede producir pérdida de memoria, cambios repentinos del estado de ánimo, ataques de llanto, trastornos del apetito, disminución de la capacidad laboral y en algunos casos resentimiento irracional hacia el cónyuge. Una de las características de este período es la debilidad. La persona queda desprovista de fuerzas, por lo que realizar cualquier tarea significa un esfuerzo enorme. La duración de esta etapa depende de muchos factores—personalidad y características de los padres, relación con el hijo que murió—, sin embargo se comienza a salir de ella cuando aparece una necesidad de mirar hacia el futuro y darle una dirección al duelo.

Yo me sentía fatigada, la descarga emocional era muy fuerte. El llanto, la añoranza física y la búsqueda en esas primeras etapas del duelo me habían hecho fracasar en mi intento de recuperar a mi hijo. Pero a medida que pasaba el tiempo me di cuenta de que estaba aceptando la pérdida, no sólo con la mente sino también con el corazón. Algo difícil de lograr. Se dice que la distancia más grande que existe en el mundo es aquella que se para a la mente del corazón y aunque son sólo unos 40 cm hay mucho de cierto en ese dicho.

También tomé conciencia de que las condiciones de vida habían cambiado radicalmente y para siempre. Que tenía que vivir

por algo, encontrarle un sentido a la muerte de mi hijo. Esa era una realidad innegable, pero estaba en mis manos la elección de la actitud a tomar ante ese dolor que me planteaba la vida. Tenía una oportunidad para añadirle un sentido más profundo a lo que me ocurría. Nada podía evitarme el sufrimiento, nadie podía sufrir en mi lugar, pero la única oportunidad que tenía era la actitud que yo adoptara para soportar esa carga. Entendí que en el sufrimiento se ocultaba una oportunidad de logro. Comprendí que la vida esperaba algo de mí. Y que aunque el sentido de la vida puede ser distinto para cada ser humano, el sufrir sólo se justifica si se encuentra un sentido para ese sufrimiento.

Yo había sido la mejor madre que pude para mi hijo, y entendí que la vida de Francisco estuvo tan llena de alegrías y amor que quizás su estadía breve en esta tierra tenía un mayor significado que una vida que hubiese durado ochenta años.

Los aniversarios, cumpleaños o fechas importantes se nos anunciaban con bastante anticipación y con mucha angustia ante la expectativa de cómo se van a enfrentar sin el hijo que ha muerto. Se acercaba la primera Navidad sin Francisco. Esa es una celebración para los niños y mi hijo no estaba. El dolor de su ausencia era especialmente intenso en una oportunidad como esa, en que nos juntábamos toda la familia en mi casa, reunidos alrededor del pesebre para gozar de la alegría de los regalos, de los niños. Cómo podríamos disfrutar, comprar un juguete para Pati to sin pensar en "Fran". Cuál sería el sentido de esa celebración sin su presencia.

Los días previos a esa fecha tan llena de símbolos y esperanza para la humanidad me sentía físicamente mal, cosa que me alertó, puesto que a pesar de mi intenso proceso de duelo yo no tenía síntomas de malestar físico como suele ocurrirle a otras personas. Pero por esos días yo amanecía mareada y con náuseas. Decidí

consultar un médico. Al doctor le quedó más que claro lo que a mí no se me pasó nunca por la cabeza. Estaba embarazada.

Fue tanta mi incredulidad que repetí dos veces el test de embarazo. Efectivamente estaba embarazada, a pesar de que no recordaba haber tenido un acercamiento sexual con mi marido. Sentí un tremendo impacto ante la noticia. Por un lado una gran emoción, pero por el otro me preguntaba qué sentido tenía esa nueva vida en la no vida de Francisco. Me inundaron una mezcla de sentimientos y emociones contradictorias.

Luego del primer impacto me sentí serena, en calma, sentía que Dios estaba con nosotros, que bendecía nuestra familia y que nos decía: la vida continúa. Y si bien este nuevo hijo no reemplazaría al que había muerto, era un pequeño destello, un rayo de luz, una ventana en medio de la oscuridad, algo que nos llevaba a reconciliarnos con la vida. La constatación de que la vida estaba hecha de alegrías y tristezas, de que el invierno no es eterno y que también existe la primavera y el verano, me llevaron a visualizar que la esperanza era el único motor capaz de guiarme en el camino de la sanación.

Cuando le conté a mi marido de mi embarazo, su alegría fue indescriptible. Volvimos a ser cuatro. Su gran temor de que Patito repitiera su historia de hijo único se disipaba.

Volvíamos a tener ilusiones.

Ocurrió entonces que esa Navidad que yo imaginaba tan triste, tuvo un vuelco y se convirtió en una Navidad triste pero con esperanza, que nos ofrecía un sentido, un nuevo proyecto.

Vinieron las primeras vacaciones de verano y como es habitual en el proceso de duelo, sufrimos un retroceso. En esa instancia en que estábamos de nuevo reunidos los tres, los recuerdos y la ausencia de Francisco volvían a hacerse muy dolorosos. Pero esas vacaciones nos sirvieron para acercarnos nuevamente,

conversar sobre lo que había pasado, volver a jugar con Patito y decirle una y mil veces cuánto lo queríamos. Fue durante ese verano cuando tomé conciencia de que el dolor me había aflorado en aquello que constituía el símbolo de mi vanidad: mi pelo estaba casi completamente blanco. Durante cuatro meses no me había mirado en un espejo. Yo sólo estaba preocupada de mi familia y de salir adelante, y lo que antes me había importado tanto como vestirme bien y andar a la moda, dejó de interesarme. Mis prioridades eran otras. Igual, llegando a Santiago recurrí a la tina de la que soy una esclava desde aquel entonces.

En ese nuevo año (1987) hubo tres acontecimientos importantes que me ayudaron en forma significativa a dar un paso más en mi proceso de sanación: la vista de Su Santidad, el Papa Juan Pablo II, a Chile; el nacimiento de mi hijo Cristián, y mi trabajo en un canal de televisión.

Nunca me había planteado la posibilidad de ejercer mi profesión en ese medio, hasta que en marzo me ofrecieron la conducción de "Teleduc", un programa de educación a distancia de Canal 13, el canal de televisión de la Universidad Católica de Chile. En un primer momento me negué, no me sentía en condiciones de afrontar un desafío semejante. Enfrentarme a las cámaras con ese dolor me era impensable. Pero un amigo vinculado a ese programa me convenció de realizar al menos una prueba de cámara. Y yo accedí más por amistad que por interés.

Por esos hilos del destino que sólo se comprenden después, fui seleccionada para el programa, a pesar de que le advertí al director de mi situación de duelo y de que además estaba embarazada. Cuando renuncié a mi trabajo en televisión trece años más tarde, me despedí con mucho cariño de ese director que había confiado en mí.

Los seis años en "Teleduc" fueron una experiencia maravillosa y muy sanadora. Trabajando en ese programa nacieron mis hijos, Cristián y Lia, la menor de la familia.

El trabajo se constituyó en una actividad que me llenaba las horas de una manera distinta, que me permitía dejar de pensar en Francisco, en mí e incluso en el hijo que venía. Era otra por algunas horas, y a pesar de que seguía triste, me empeñaba en hacer mi trabajo lo mejor posible. Recuerdo que muchas veces me secaba las lágrimas justo antes de entrar al set y las volvía a derramar cuando se apagaban las luces. Pero en esas horas de trabajo yo formaba parte de un grupo humano y sentía que esa gente valoraba lo que estaba entregando.

El programa se transmitía a las 8 de la mañana, y nunca olvidaré a una señora que me detuvo en un centro comercial para decirme que ella prendía el televisor sólo para ver mi sonrisa porque le alegraba el día.

Y no pude dejar de pensar en la paradoja de que mi sonrisa, que había sido mi marca de fábrica y que era ahora sólo una máscara de mi dolor, igualmente le llegaba al menos a un ser humano como un gesto reconfortante. Comprendí por primera vez que detrás de la luz roja encendida de la cámara había corazones y almas que recibían un mensaje.

Cuando volvía a casa del trabajo, muchas de esas veces prendía la radio del auto y hasta tarareaba las letras de las canciones con mi pésima voz. Encontré en el trabajo un nuevo sentido, y asumí que tenía una responsabilidad como comunicadora y persona pública.

De "Teleduc" pasé a "Almorzando en el 13", programa de conversación periodística, un clásico de la televisión chilena que llevaba más de 20 años en pantalla y su conducción estaba en manos de periodistas de reconocida trayectoria. Para mí fue

un gran logro formar parte de ese equipo. Me asignaron los temas de servicio y fue a través de este programa que me di cuenta de que el sentido de mi vida tenía que buscarlo en la entrega a los demás. No podía imaginar entonces que años más tarde, el llamado telefónico de una mujer que también había sufrido el dolor de perder a un hijo, iba a concretar ese deseo. La Corporación Renacer se gestaría de ese llamado. Esa Corporación nació en 1993, tras la trágica muerte de un niño que fue asesinado. Esa fue la lágrima que rebasó la necesidad de 20 padres de exteriorizar su angustia y compartirla con otros. Cuando recibí la invitación de participar en ese primer encuentro tuve miedo. Sentía que mi proceso de duelo iba evolucionando, y el hecho de encontrarme con otras madres que habían pasado por mi experiencia y tener que hablar de mi dolor me angustiaba. Temía volver atrás. Pero mi marido insistió en que debíamos ir. Cuando entré al lugar en que estaban reunidas esas personas y miré esos rostros y esos ojos, me di cuenta de que era una más. Sentí al instante un compromiso con esos padres. Por primera vez alguien me hablaba del dolor con palabras que no salían de un texto científico. Yo había pasado por la consulta de sicólogos y siguientes, pero siempre me hablaban desde un libro, lo que resulta muy diferente a cuando se escucha decir "yo hice lo mismo que tú". Ahí es donde se produce el punto de identificación. Por eso los grupos de autoayuda pueden ser de gran importancia para elaborar el proceso de duelo. Estos grupos ofrecen a padres que ya han podido elaborar alguna etapa del proceso de duelo, la oportunidad de entender lo que vendrá más adelante a través de las experiencias de los demás. Sirve para darle nuevamente un sentido a la vida y transformarse en una persona más activa. Esto permite salir del rol de víctima pasiva del duelo.

Ayuda tanto el darse cuenta que otros padres han sentido las mismas rabias, las mismas envidias. Por ejemplo, saber que en la casa del vecino cantan, ríen, son felices, cuando en tu hogar sólo hay tristeza. Entender que esa envidia no es un sentimiento "enfermizo" sino algo natural, donde el individuo se enfrenta con lo mejor y lo peor de sí mismo. Incluso en esa primera reunión recordé momentos que me habían afectado mucho de las personas que me rodeaban. Alguien me dijo una vez: "Susana, cómo puedes seguir mal si ya han pasado seis meses". ¿Cómo me podía decir tal barbaridad? Hablarme de seis meses si yo a lo mejor iba a pasar la vida entera con este dolor. Recordé también que otras veces me topaba con gente conocida en la calle, y que esas personas cruzaban a la otra vereda para no tener que enfrentarme. Yo sabía que tenían miedo de no saber qué decirme, cómo consolarme. Ellos no tenían la culpa. Nuestra sociedad no nos prepara para enfrentar el dolor, para consolar y menos para responder a las pérdidas.

La Corporación Renacer llenó y llena un vacío en la sociedad chilena. Permite que los padres en duelo, cualquiera sea su condición socioeconómica y su credo, sean acogidos y escuchados en este grupo de autoayuda que se reúne una vez al mes. Renacer cuenta hoy con personalidad jurídica y más de mil trescientos integrantes a lo largo de Chile, con seis sedes en Santiago y doce en provincias. Renacer también está luchando para modificar el Código del Trabajo, de manera que los padres y madres trabajados que hayan perdido a un hijo menor de 18 años, la ley les otorgue un permiso de diez días en lugar de uno. Actualmente, al día siguiente que los padres entierran a su hijo se ven en la obligación de volver al trabajo a ejercer con eficiencia y asertividad, en circunstancias de que sólo de la puerta de calle para afuera todo sigue igual. El hogar está completamente devastado.

Renacer ha solicitado también un fuero laboral de seis meses, de manera que ese trabajador no pueda ser despedido antes de ese tiempo, lo que ocurre con demasiada frecuencia, y que añade al dolor de la pérdida el golpe brutal de la sociedad que se muestra indiferente ante la aflicción.

Confío en Dios que podamos lograrlo para que al menos aquellos padres que en el futuro se vean enfrentados a esta tremenda pérdida vivan en una sociedad mucho más humana que los acoja en su dolor y les tienda una mano solidaria.

El amor es más fuerte

Cuando Su Santidad Juan Pablo II visitó Chile en abril de 1987, repitió una frase que me llegó profundamente y que me permitió dar otro paso hacia delante en mi proceso de duelo.

"No tengáis miedo, miradlo a Él. El amor es más fuerte".

Estando embarazada de Cristián, para la celebración del "Día del niño" fui al Parque del Recuerdo.

Cientos de globos y remolinos de papel se balanceaban levemente junto a los ramos de flores que coloreaban las pequeñas tumbas de ese enorme prado verde.

Esa imagen se me quedó grabada para siempre en el corazón y en la mente.

Comprendí entonces que yo no era la única...

Eramos tantas madres, tantas... En tantos cementerios del mundo, en ese mismo día. La comunión de un mismo dolor en esos globos coloridos que alegraban ese jardín.

Aquello fue para mí una constatación más de que la vida tenía un sentido, que no era la única que había perdido un hijo y que en mí estaba la capacidad de superar ese sufrimiento de una manera constructiva. Que el dolor no podía constituirse en un obstáculo para seguir creciendo. Pensé que todos esos niños

Un hijo no puede morir

estaban en el cielo, porque si ellos no entraron en la casa del Padre, quién de nosotros podría hacerlo.

Me puse a recorrer las tumbas cercanas a la de mi hijo. Había niños más pequeños y jóvenes en la plenitud de sus vidas. Reparé que la tumba del lado de la de "Fran" estaba muy llena de nombres, y empecé a leer. Se trataba de dos hermanas y un joven que habían muerto a los 20 años. Seguramente en un accidente de tránsito. Pensé en esa madre que había perdido dos hijas al mismo tiempo, recé por ella y desde ese día le puse una flor también a esas niñas. Lo que yo no sabía entonces era que Rose Anne, la madre de esas jóvenes, sería una de las fundadoras de Renacer.

El 17 de agosto de 1987 nació mi hijo Cristián. La alegría fue inmensa, había nacido un nuevo hermano para Patito. Volvamos a ser una familia. Empezábamos a construir una vida nueva, a confiar en el futuro. Fue entonces que comprendimos con el corazón cuánta verdad y cuánta fuerza encerraba aquella frase que había dicho el Papa en su visita a Chile: "No tengáis miedo, miradlo a Él. El amor es más fuerte".

Sin darnos cuenta, de la mano de Cristián entramos en la cuarta etapa del duelo. La etapa de la reorganización y sanación. Esta etapa apunta a volver a tomar el control sobre la vida. Es un tiempo de dejar partir e iniciar nuevas relaciones, emprender nuevos desafíos. La etapa de sanación es también un tiempo de perdón. Perdonarse a uno mismo si de alguna manera nos sentimos culpables de la muerte y perdonar a quien nos dejó sumidos en tan profundo dolor. En esta etapa los padres tienen una visión más realista, más integrada del hijo que perdieron, con sus virtudes y sus debilidades, sin la idealización inicial que cumplía la función de manejar sentimientos ambivalentes. Y si bien en el futuro se siguen experimentando momentos de dolor y tristeza, ya no será una herida abierta.

Poder procesar la pérdida de modo que la misma se positivice, no nos ahogue y nos sirva como experiencia de vida, requiere de toda nuestra energía. El camino es lento, tortuoso y lleno de obstáculos. Son tantas las preguntas, la angustia de no poder saber, de no saber buscar y tampoco entender detrás de qué respuesta vamos. Es una profunda sed y necesidad de comprender, de encontrar significado a lo ocurrido, que nos olvidamos del corazón. Recuerdo haber escuchado en alguno de los encuentros de Renacer un proverbio que tiene un enorme sentido: "Por encima de todo guarda tu corazón, porque de él brotan todas las fuentes de la vida". Es muy difícil llegar a recuperarnos si buscamos pensar, entender y comprender sólo desde la mente. Los cuestionamientos existenciales del ser humano pueden obtenerse desde una razón más profunda, que es la del corazón. El corazón es espontáneo, late, se hincha, se dilata, se contrae, se alegra, sufre, pero además piensa. Intentemos aprender a buscar en nuestro corazón para que él hable y genere respuestas. En el corazón encontraremos la paz y la serenidad y en él hallaremos respuestas a la vida y la muerte de nuestros hijos.

La última secuela que yo tuve de ese intenso dolor, del esfuerzo que me significó psicológica y físicamente elaborar en forma positiva ese enorme sufrimiento y reencauzar mi vida, fue que a los dos años de nacer el último de mis hijos, mi única niñita, a la que le pusimos Lia Velia como mi madre y mi abuela, me detectaron un cáncer que terminó en una histerectomía (extracción del útero), lo que me impidió tener más niños como hubiéramos querido.

Lia nació el 10 de abril de 1990, un día antes que su hermano Patricio cumpliera 10 años.

En el momento en que nació mi hija, el doctor hizo algún gesto que me hizo sospechar que algo malo ocurría. Mi hija no

lloró y el médico la dejó conectada a mí por el cordón umbilical más tiempo de lo acostumbrado. Recuerdo que le pregunté al doctor si era enferma, y aunque él me dijo que no, reconocí que algo pasaba. No me dejaron verla, se la llevaron de mi lado y yo que siempre entraba al pabellón apretando mi rosario, le dije al Señor: "Hágase tu voluntad", aunque rogándole que si mi hija estaba en peligro la ayudara.

No quise que mi marido le dijera a nuestra familia nada de lo que ocurría hasta queuviésemos un diagnóstico. Los médicos confirmaron que se trataba de un problema al corazón, y que probablemente mi hija tendría que ser operada.

Aunque la familia intuía que algo estaba pasando, les explicamos que Lia estaba en la incubadora porque había sido pequeña.

Esa noche mi hermana se quedó acompañándome y recordo que rezamos abrazadas. A las siete de la mañana vimos aparecer al cardiólogo y al pediatra y el corazón se nos contraía de angustia. Cuando el pediatra me dijo que después de examinar a mi hija no le habían encontrado ninguna muestra del considerable soplo al corazón que le habían detectado cuando nació, yo no podía creerlo. El médico me repetía que lo que había tenido mi hija había pasado, que esa mañana habían examinado a una niña absolutamente sana.

Yo lloraba sin control, lo único que quería era conocerla, abrazarla.

Cuando la vi, con unos ojos transparentes como dos gotas de agua igual a los que le había visto a Francisco, me impresioné. Era volver a encontrarse con el recuerdo de "Fran" y con mi abuelo. Nuevamente sentí que el ciclo de la vida se repetía en la descendencia de la descendencia. Y constaté que la vida era bella y que valía la pena de ser vivida.

Tres años después de que nació mi hija Lia, los ejecutivos de Canal 13 me ofrecieron conducir "El Tiempo es Oro", un programa concurso que desafíara el ingenio y donde los conocimientos se convirtieran en espectáculo, involucrando al telespectador en la suerte de las tres parejas participantes, que soñaban con un premio millonario en dinero. Un programa que iría en horario estelar y donde el *rating* era muy importante. Para este programa nuevo se necesitaba una nueva pareja televisiva que tuviera actividades profesionales ajenas a la animación, pero poseedora de una personalidad delineada que le otorgara peso específico a su tarea de comunicadores. Nació así la dupla Susana Roccatagliata-Roberto Poblete. Roberto es un talentoso actor de gran trayectoria, a quien había conocido en mi época universitaria, y con el que sentí una inmediata afinidad y un gran respeto intelectual, lo que nos estabilizó como pareja televisiva a pesar de ser muy distintos en cuanto a personalidad y manera de pensar. Estuvimos nueve temporadas conduciendo juntos ese programa con gran éxito, y con Roberto hoy somos grandes amigos.

A partir de "El Tiempo es Oro" sentí que ya no estaba utilizando la televisión como un medio para sanarme, sino más bien tomé las riendas de ese programa con las energías, el entusiasmo y la alegría de la Susana de antes de la muerte de Francisco. Esa sonrisa que antaño era una máscara de mi dolor ocultando lo que realmente ocurría en mi corazón, se convirtió de nuevo en la sonrisa espontánea de la Susana de siempre. Surgió mi alegría de vivir, mi sentido del humor, la chispa y la personalidad italiana. Asumí ese trabajo con mucho compromiso, con ganas de hacerlo bien y también de pasarlo bien. Ya no llegaba al set llorando ni salía de allí para llorar. Empecé a disfrutar de mi trabajo y creo que eso se reflejaba en pantalla. No en vano habían pasado siete años desde la muerte de "Fran" y lo peor había quedado

atrás. Mis hijos habían crecido, habíamos podido reconstruir nuestras vidas, teníamos confianza en el futuro y ese programa se constituyó para mí en un gran proyecto y en un lindo desafío. De esos años lo que más me impactó fue el cariño de la gente. Aún me impacta.

Con el tiempo pude comprender esos hilos invisibles que me llevaron a la televisión en el período más doloroso de mi vida, cuando mi imagen personal me importaba muy poco. Probablemente acepté ese trabajo como una forma de buscar que alguien se hiciera cargo de la Susana por fuera, ya que yo sólo estaba concentrada en mi interior. Transformarse en una persona pública, con credibilidad, conlleva una enorme responsabilidad, pero constituye también una gran oportunidad.

Mucha gente en la calle que sabía de mi dolor me decía: "Yo te veo en la televisión siempre contenta, alegre. Si tú pudiste salir adelante yo también algún día voy a volver a sonreír". Mi sonrisa en pantalla fue para muchos una esperanza.

Por otra parte, ser conocida abre muchas puertas, y sin lugar a dudas que si la Corporación Renacer consiguiera que el proyecto de ley presentado al Congreso sea una realidad, se lo agradeceré, en alguna medida, a mi presencia en la televisión.

Un sentido a la falta de sentido

Me di cuenta de que cada instante de la vida es importante.

Cada minuto es un minuto precioso e irrepetible para compartirlo con el otro.

La última etapa del proceso de duelo es la llamada "Resolución". Se acepta que la vida tiene un lado positivo, no todo es negativo. Se adquiere un nuevo conocimiento de sí mismo. En esta etapa se reemplaza la antigua identidad. Nunca se vuelve a ser la misma persona. Se le da una nueva dirección a la vida.

Reacomodarse a la pérdida es recordar a la persona, ya no como presente sino como ausente, evocarla con cariño y nostalgia pero sin que su recuerdo sea un obstáculo para el crecimiento personal. El ser humano cuenta con fuerzas insospechadas a las que se puede acudir en situaciones límite. Todos las tenemos sólo que no siempre las descubrimos. El dolor hace crecer y madurar, nos hace mejores personas.

Han pasado catorce años desde que murió Francisco y hoy siento su recuerdo en forma afectuosa, cariñosa. Francisco se me quedó detenido en la memoria como mi niño pequeño, que está siempre conmigo, lo que no significa que piense en él todo el día, ni tampoco más que en mis otros hijos. Lo que ocurre es que existen algunas circunstancias en la vida que me lo recuerdan

Un hijo no puede morir

especialmente: la letra de una canción, un poema, un libro, un niño de ojos celestes o pequeñas cosas y pensamientos que, sin embargo, ya no me hieren. Su recuerdo ya no me impide disfrutar, reír y desarrollarme como ser humano.

No obstante no volví a ser la misma. Tengo que luchar con la aprensión respecto de mis otros hijos, mi pánico frente a cualquier accidente pequeño o enfermedad. La vida de mi hijo Patrio que hoy tiene 20 años no la puedo controlar, pero he llegado a esa conclusión después de catorce años de duelo. Me ha costado mucho llegar a sentir paz y soltar a mis hijos. Esa es la guerra más grande que he tenido que dar. Mis niños me han cuestionado que vaya a dejarlos y a buscarlos a todas partes. Ellos quieren ser iguales a sus pares. La prevención es importantísima, lo que no significa criar niños temerosos de la vida, sino más bien que tengan conciencia de que la vida es frágil. Y ese es el sentido de la frase que siempre les digo a mis niños: "cuidate mucho". Esta sobreprotección tiene su origen en el sentimiento de culpa que se genera en los padres, quienes piensan que no hicieron lo suficiente para impedir lo que sucedió.

Pero también el fallecimiento de Francisco me permitió dejar de temer a la muerte y vivir hoy en una especie de estado de alerta: me di cuenta que cada instante de la vida es importante. Ahora puedo compartir, disfrutar y amar a consciencia a los que me rodean, mi familia, mis hijos. No dejo pasar el momento para besarlos, tocarlos, regalarlos.

Tampoco me pierdo la oportunidad de disfrutar con los amigos. Me he hecho sensible a la sonrisa de un niño, a la belleza de un amanecer, de una puesta de sol, al milagro de la naturaleza. Al dolor ajeno.

Definitivamente hice mío ese dicho: "No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy", sobre todo en lo que se refiere a los

afectos. Se aprende a no desperdiciar ningún momento. Cada minuto de la vida es un minuto precioso e irreplicable para compartirlo con el otro. El tiempo para amar, vivir, compartir, conversar y perdonar no se puede dejar para después.

Comprendí también que la vida humana supone cambio como en la naturaleza. Como un río que sigue su trayectoria a pesar de los obstáculos, siendo fundamental dejar fluir ese curso. De alguna manera estamos programados para que nuestros hijos se vayan después que nosotros, y que la muerte de nuestros padres nos anteceda. Cuando ese orden se rompió en mi vida aprendí que no debía apegarme a las cosas, y menos a los seres humanos, porque eso no es real. Yo amo a quienes me rodean, a mis hijos y mi familia, pero he comprendido que ellos también son parte de ese río que es la vida, y que tiene que fluir sin que yo pueda cambiar su curso.

Pero si yo y mi familia sobrevivimos fue gracias a la fe, a ese don, esa luz maravillosa que siempre nos dice que la vida no termina en esta tierra. Dios llama a cada ser humano en el momento que más le conviene y a Francisco le tocó llegar a la meta siendo un niño. Él lo llamó ese día y a esa edad porque Dios Padre sabía que ese era su mejor momento. Esa fe heredada y transmitida por mis abuelas tras la muerte de Francisco la asumí como propia, personal, una fe practicada conscientemente.

Muchas veces me pregunté: ¿por qué Dios puede permitir un dolor tan grande para una familia? En mi pequeñez humana yo me rebelaba, hasta que comprendí que esa oración que había rezado y repetido desde pequeña, "hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo", tenía un sentido que iba más allá de la aceptación y la resignación. Había que amar la voluntad de Dios aunque el corazón estuviera roto por el dolor. Esta prueba no era un castigo de Dios, sino precisamente lo contrario, una

manifestación de amor. Esto pude entenderlo con la perspectiva que da el tiempo y la fe.

La partida de Francisco nos ayudó a descubrir el don que fue tenerlo y a preguntarnos qué estábamos haciendo por nuestros hijos que estaban vivos. Con "Fran" yo ya no tenía oportunidad de recuperar lo que no hice, pero sí con Pato, Cristián y Lia a quienes amo con la misma intensidad con que amé a Francisco. Cuando con mi familia pudimos entender eso, valoramos lo que cada uno significaba. La muerte de "Fran" nos ayudó a esforzarnos como padres y a preocuparnos más los unos de los otros. Haber compartido un dolor tan profundo nos convirtió a partir de ese día en una familia que tenía una sola alma y un solo corazón. En la fe encontramos refugio y consuelo, un sentido a la falta de sentido.

Y la oración de San Francisco de Asís tuvo como nunca antes el sentido de su maravillosa herencia.

Plegaria simple

Señor, haced de mí un instrumento de tu paz,
que allí donde haya odio ponga yo amor,
que allí donde haya ofensa ponga yo perdón,
que allí donde haya discordia ponga yo armonía,
que allí donde haya error ponga yo verdad,
que allí donde haya duda ponga yo la fe,
que allí donde haya desesperación ponga yo esperanza,
que allí donde haya tinieblas ponga yo la luz,
que allí donde haya tristeza ponga yo alegría.
Oh, Maestro, que no me empeñe tanto en ser consolado
como en consolar,
en ser comprendido como en comprender,
en ser amado como en amar.

Pues:

Dando se recibe;
olvidando se encuentra;
perdonando se es perdonado;
muriendo... se resucita a la vida eterna.

EL DOLOR DE LOS MÍOS

Muchas veces la sociedad tiende a ignorar el pesar de los abuelos frente a la muerte de un nieto, debido a que la atención está concentrada casi exclusivamente en los padres. Sin embargo, ellos también están seriamente afectados no sólo porque han perdido a un nieto, sino también por el dolor de sus hijos. Los abuelos pueden desempeñar un papel clave en cuanto a la ayuda y experiencia que pueden proporcionar tanto a sus hijos como a sus nietos.

La sicóloga colombiana Isa Fonnegra en su libro *De cara a la muerte* dice: "Muchas veces los abuelos se sienten culpables de estar vivos y viven esta tragedia familiar con impotencia, pero ¿con quién pueden exteriorizar sus sentimientos cuando toda la familia está atendiendo a los padres y hermanos y se olvida de ellos? Con frecuencia se olvida la pena de los abuelos por la muerte de un nieto, de ese niño que nunca llegará a ser adulto y cuya muerte contradice las leyes de la naturaleza".

Por esa razón considero importante relatar el testimonio de mis padres, a quienes agradezco su generosidad al recordar cómo vivieron el dolor de perder a Francisco.

Mi madre y la tía Carla

Hay dos personas que ya no están conmigo mientras escribo estas páginas: mi abuelo Bruno y mi famosa tía Carla. Y a ella me quiero referir porque fue una de las personas más importantes de mi vida. Era el alma del clan Roccatagliata Orsini y después de la muerte de Francisco se convirtió en mi confidente, en el ala que me faltaba para transitar por los difíciles senderos donde me llevó la vida.

Nació en el pequeño pueblo de Salsomaggiore, cerca de Parma, en el seno de una familia culta, adinerada y dedicada a la hotelería. Al estallar la guerra su familia perdió buena parte de los bienes, lo que fue un duro golpe para ella, ya que ese infortunio de la vida destruyó todos sus sueños de niña mimada. Pero mi tía Carla siempre fue una mujer de carácter que supo enfrentar los sinsabores de la vida con determinación y actitud positiva. Decidió salir de su casa para recibir a los sobrevivientes de los campos de concentración, hombres que volvían reducidos física y psicológicamente. Ahí estaba ella para confortarlos, cuidarlos y alimentarlos hasta que pudieran valerse por sí mismos.

Mi tía no le tenía miedo a nada. Fue visionaria y precursora desde siempre. Se enorgullecía contándonos que fue una de las primeras mujeres italianas que osó usar *short* en el Milán de los años 40, en plena ocupación nazi, y que antes de casarse con un periodista italiano organizó su propia despedida de soltera, en la

que recorrió varios pueblos durante un mes, juntándose con sus amigas y sus ex novios.

Ese matrimonio duró poco y como no tuvo hijos, sintió que ya no había nada que la retuviera en Italia. Cruzó el océano para ir a Argentina a visitar unos familiares, pero luego de unos días en Buenos Aires su espíritu aventurero la llevó a investigar qué había detrás de la Cordillera de los Andes. Llegó a Chile en el 58 y aquí se quedó 39 años, hasta morir.

Pasó por múltiples trabajos, incluso sufrió hambre. Fue jefa de cocina del antiguo Hotel Emperador, fue encargada de un bar, obrera de una fábrica y vendedora de línea blanca. Ahí la conocí mi madre. Desde ese día se convirtió en su segunda mamá y para nosotros en la tía del alma, la regalona y preferida por todos.

Con el aval de mi abuelo Bruno adquirió un pequeño restaurante en el centro de Santiago. Con esfuerzo y empeño nació el "Da Carla" que se transformó no sólo en el mejor restaurante de comida italiana, sino también en el centro de reunión de melómanos y operáticos chilenos. Su carácter franco, su calidez humana, su personalidad, su sentido del humor y su generosidad se convirtieron en el imán que hizo crecer el negocio, por el que pasaron grandes personalidades como Pedro Vargas, Claudio Arrau, Gabriel García Márquez, Ornella Muti, Rafaella Carrá, Luciano Pavarotti, Oriana Fallaci, Verónica Villarreal, Sara Nieto y muchísimos más. Eran también asiduos de su local políticos y empresarios. Sin duda, un trozo de la historia de Chile se escribió en el "Da Carla".

Una sola cosa la entristecía, y era no tener hijos. Pero "cuando Dios no da hijos, manda sobrinos": por sangre o por puro afecto, como éramos nosotros.

En la mesa 7 del restaurante, su mesa, le contábamos a la tía nuestras alegrías y tristezas, nuestras penas de amor, nuestros

temores, nuestros proyectos y nuestras metas. Ella sabía escuchar y nunca juzgaba. Era moderna y muy abierta de mente. Siempre nos aconsejaba con sabiduría y las penas y las alegrías terminaban ahogadas en un vaso de vino y en un buen plato de *spaghetti*. En esa misma mesa un día le pregunté a la tía qué era para ella la muerte, a lo cual me respondió: "La muerte es el olvido, y a los que uno quiere no los olvida jamás". En ese momento no dimensioné la profundidad de esas palabras, pero después de la muerte de Francisco comprendí cuánta sabiduría encerraba esa simple frase.

Cuando murió Francisco ella sintió que moría un nieto y junto a mi madre se convirtió en un cable a tierra, en el bastón en el cual yo me apoyé para transitar por ese dolor que se instaló en mi vida como un invitado de piedra. La tía Carla fue una de las primeras personas en llegar a la Clínica y asumió el rol de una verdadera madre. En esos primeros momentos fue ella la que tuvo la calma y tomó las decisiones que nadie estaba en condiciones de tomar, como por ejemplo, acompañó a Pato y a mi hermano Andrés a comprar el ataúd. También tuvo la lucidez para entender que había que esperar a mi madre para realizar el funeral ya que sabía la importancia que ella tenía en mi vida. Y fue también la persona que se dio cuenta que tanto yo como Pato necesitábamos consultar a un profesional que nos ayudara a elaborar el proceso de duelo. Fue así como conocimos a un excelente psiquiatra que nos ayudó a salir adelante. No es necesario tener la misma sangre para ser de la familia y entregar cariño, ayuda y consuelo en los momentos difíciles de la vida. La tía Carla fue también el sostén de mi madre y de mis hermanos. Jamás podremos olvidarla. Una de su talla nace cada cien años.

Mi mamá es el pilar fundamental de mi vida. Es linda por fuera y por dentro, distinguida como ninguna. Jamás he conocido a otra mujer que tenga su capacidad de entrega, su alegría de vivir y esa fuerza que le ayudó a sobreponerse a las pruebas que debió enfrentar a lo largo de su vida. Sin ella a mi lado y sin Dios en mi corazón, quizás nunca habría podido superar ese lunes negro. Mi madre se adaptó siempre a los cambios en su vida, jamás les puso resistencia. No asociaba los cambios con las pérdidas, decía que eran parte de la biología femenina y los veía como algo positivo. Incluso cuando Chile vivió momentos difíciles de su historia, ella permaneció aquí defendiendo lo que a mis abuelos les había llevado 25 años construir. Ese ejemplo se convirtió en un desafío para mí; salir adelante y reencauzar mi vida, redirigirla, encontrarle un sentido al dolor y al profundo cambio que me planteaba la muerte de Francisco.

Pero el destino quiso que ella no estuviera conmigo cuando murió mi hijo. Estaba en Nueva York visitando a mi hermana Patty.

"Alrededor de las cuatro de la tarde fuimos con Patricia a ver la película basada en el libro de Humberto Ecco *El nombre de la rosa*. Desde que llegué al cine me sentí inquieta, inexplicablemente desagradada, incluso me molestaba que la gente comiera cabritas y tomara bebidas dentro de la sala. Pensé que ese malestar se debía a que la película resultaba muy inferior al libro que yo había disfrutado bastante.

Alrededor de las siete y media volvimos al hotel donde me alojaba, y tuve el impulso de llamar a Susana. La empleada me dijo a medias palabras que mi hija estaba en la clínica. Lo primero que pensé es que Susana estaba enferma y sentí una enorme angustia y por más que traté de sacarle más información a la empleada no pude.

Inmediatamente llamé a Carla y ella me dio la noticia de que Francisco había muerto. Creo que grité muy fuerte repitiendo las palabras de Carla: "¿Francisco muerto?"

Patty agarró el teléfono y se puso a llorar. Yo pensé que había entendido mal, no podía ser verdad algo tan impensable como la muerte de un niño que estaba absolutamente sano.

Sentí un intenso dolor físico, me dolía el pecho y también el cuerpo. Nos quedamos mudos, nadie sabía qué decir, qué hacer. Patty se paseaba y luego la perdí de vista. Un amigo que estaba con nosotros se sentó con la cabeza agarrada entre las manos.

A partir de entonces mi principal sentimiento era que si yo hubiese estado ahí, nada habría ocurrido y Susana no estaría sufriendo ese dolor que yo no pude evitarle.

Volví a llamar a Carla para que me contara qué había pasado y para saber en qué clínica se encontraba Susana para hablar con ella, porque lo único que yo quería era hablarle, escucharla, decirle cuánto la quería. Después de intentarlo muchas veces lo gré ubicarla. Al escuchar su voz, Susanita parecía tan calmada, tan serena. No recuerdo exactamente lo que le dije, pero sí que le repetía una y otra vez: "estoy tan lejos... no estoy ahí... Y eso era lo único que yo quería". De este llamado yo no tengo recuerdo.

"Me sentía tan culpable de no estar con ella, pensaba que si hubiera estado en Chile yo no hubiese permitido que Francisco se hiciera ese examen que le costó la vida. No cabe duda de que no dependía de mí el evitar aquella tragedia, pero yo no podía dejar de culparme por no haber estado en Chile para evitarla.

Resultó imposible encontrar un vuelo directo para regresar y yo no concebía no acompañar a Susana en el entierro de mi nieto. A la mañana siguiente tomé un vuelo a Miami para no correr el riesgo de perder la primera conexión a Chile. Esperé

nueve horas en ese aeropuerto. Tomé una habitación en el hotel, probablemente para tratar de dormir y que el paso del tiempo que me parecía eterno avanzara, pero no lo logré, ya que yo sólo pensaba en Susana, en su dolor. Yo no sufría por mí, sino por ella. Mi mente era un torbellino de pensamientos que iban desde la culpa a las lamentaciones por no estar consolando a Susy, a Pato, a Patito. Y no podía dejar de pensar en que si hubiera estado en Chile no habría pasado nada. Siempre he sentido que si estoy al lado de mis hijos puedo protegerlos de todo mal.

He viajado largas distancias en mi vida, pero nunca he emprendido un viaje más extenuante que aquel de regreso a Chile.

En el avión, cuando ya no pude contener la tristeza me encerré en el baño a llorar. No quería incomodar al resto de los pasajeros llorando en público.

Cuando llegué a Santiago alguien me fue a buscar al asiento del avión. Me subieron a un auto, recogimos a Carla que estaba afuera en el aeropuerto y nos trasladamos rápidamente a la iglesia El Bosque.

Yo sólo quería ver a mi niñita y por más que pensaba cómo sería nuestro encuentro, no sabía qué iba a decirle, cómo consolarla, porque qué se le puede decir a una persona a la que se le acaba de morir un hijo. No sé realmente si ella me consoló a mí o yo a ella, pero recuerdo el abrazo que nos dimos y mi deseo de que su dolor pudiera recaer en mí para aliviarla un poco. Luego todos nos fuimos a almorzar a mi casa porque la misa se celebraría a las tres de la tarde. Francisquito, a quien nunca pude ver muerto porque su ataúd estaba cerrado, se quedó custodiado por su abuelo Hernán, quien jamás se movió de su lado.

En la iglesia vino la gran sorpresa. Mi papá que estaba a mi lado no podía creerlo. Susana despidió a su hijo diciéndonos que

estuviésemos todos tranquilos porque Francisco era un ángel que en sus casi cinco años de vida nos había llenado de felicidad y que lo que para muchos era una pérdida para ella era un motivo de alegría. Muchas personas al oír estas palabras tuvieron que salir de la iglesia porque no eran capaces de contener su llanto.

Lo más duro fue dejar a Francisco en el cementerio. Susana se rebeló, no quería que enterraran a su hijo en ese lugar y tuvimos que sostenerla y alejarla de la tumba.

Volvimos a casa a enfrentar a Patito. Estaba triste, callado, cabizbajo. Tiempo después me di cuenta de que nos habíamos equivocado profundamente al no llevarlo al entierro de su hermano, porque eso le impidió por mucho tiempo entender que la muerte de Francisco era irreversible y definitiva.

Susana empezó a sacar fuerzas, tal como lo habría hecho mi madre y probablemente yo también. Ella heredó esa fortaleza de nosotras que nos resistimos a dejarnos vencer. Había que pensar en los demás, en Pato y en Patito. Nosotras nos creemos muy fuertes, pero yo sabía todo lo que le estaba doliendo por dentro. Recuerdo hasta hoy una frase que le dijo Susana a su hermana Patty y que me hizo comprender la magnitud de su dolor: "La muerte de un hijo es como vivir permanentemente con el agua hasta el cuello, sólo que a veces esa agua te sobrepasa".

Durante un año sentí un peso en el pecho, opresivo y constante. No sabía qué hacer por Susy, salvo solucionarle los problemas domésticos y estar silenciosamente cerca de ella por si me necesitaba para algo.

Hice todo lo posible por ayudar a mi querido yerno, que sufrió tanto, y a mi amado Patito, y creo que en esa contención me olvidé de mi propio dolor. Por mis hijos daría la vida y comprendí que después de la muerte de Francisco, ese niño que tenía los ojos llenos del azul del cielo, nada de lo que me pasara podía ser peor".

Mi padre

Mi padre es un hombre silencioso, tranquilo y discreto, al que no le gusta llamar la atención. Incluso le molestan los hombres que hacen alarde de sus cualidades o de lo que poseen. Es un caballero, de esos "a la antigua", que le abre la puerta del auto a una mujer, que nunca se adelanta al paso de una señora, que le ayuda a ponerse el abrigo, que se saca la chaqueta si la dama tiene frío. Disfruta de las cosas más simples de la vida, de un buen libro, de un plato de "pasta" y de la sonrisa de sus nietos. Adora los tanques y los boleros y su gran pasión han sido siempre los caballos. Cuando éramos chicos nos regaló a cada hijo un caballo. El mío se llamaba "Maiki": era blanco, de crines largas que yo cepillaba durante horas. Para andar a caballo mi papá se vestía de huaso, con poncho y espuelas, y en el "Relámpago" se internaba días enteros en la cordillera. No recuerdo ningún día de verano en que mi papá no montara su caballo. Era amigo de todos los huasos de Sierras de Bellavista y entre ellos era reconocido como un hombre amable y muy generoso. Siempre se metía la mano al bolsillo para repartir unos billetes entre quienes lo acompañaban en sus largos paseos.

Cuando murió Francisco, mi padre se convirtió en el guardián del cuerpo de mi hijo. Nunca lo dejó solo ni en la clínica ni en la capilla de la iglesia. Yo lo veía inclinado al lado de "Fran" en un silencioso recogimiento y esa vigilancia me tranquilizaba.

Luego de la muerte de Francisco, cuando nos fuimos a México, mi papá se trasladó a vivir a nuestra casa y durmió durante esos dos meses en la cama de Francisco. Fue su manera de decirle adiós a su nieto. De esta "despedida" yo sólo me enteré ahora, mientras escribo estas páginas.

"Nunca olvidaré cuando entré al pabellón y vi sobre una camilla al niño muerto y Susana abrazada a él. No supe qué hacer ni qué decirle a mi hija. No podía creer que Francisco había muerto, ni tampoco he olvidado a mi yerno diciendo '¿qué he hecho yo para que me pase esto?' Yo hubiera dado cualquier cosa por devolverle la vida a ese niño, por revertir esa situación, pero era imposible.

No recuerdo exactamente cómo se desarrollaron los hechos, pero yo trataba de estar lo más cerca posible del niño, protegiendo su cuerpo al menos en esas horas finales. Nunca me moví de su lado.

En la misa Susana subió al púlpito y nos dijo con la voz entera que días antes de morir Francisco, ella había estado elevando volantines con los niños y que "Fran" le había dicho que quería ser un volantin para irse al cielo. Después de escucharla supe que ella saldría adelante, que Susy traía en los genes la capacidad de adaptación y la fortaleza de los emigrantes.

Mi padre, Andrés Roccatagliata, llegó a Chile después de la primera guerra mundial cuando la situación económica en Italia era muy difícil y cuando se hablaba de América como un continente pujante, lleno de oportunidades. Luchador, tenaz y visionario desde siempre y con fe indomable en sus posibilidades, al tiempo de haber llegado mi padre instaló en Chile la primera industria elaboradora de arroz. Tuvo que superar todos los obstáculos que implican la creación de una nueva actividad productiva. Luchó contra el escepticismo de un ambiente muchas veces

adverso, pero jamás vi decaer en él ni la energía de su voluntad ni la fe en sus posibilidades. En el año 1936, junto a su cuñado, Humberto Magnani, inauguraron la arrocería EGA, en la calle Balmaceda esquina Cueto. La industria fue muy exitosa y mi padre gozó de gran prestigio. Fue por muchos años presidente de la Asociación de Molinos de Arroz y a él le tocó defender tenazmente los derechos de los agricultores e industriales, ya que en aquellos años el Estado fijaba los precios. Mi padre fue un creador, un enamorado de las realizaciones, y su vigor y su recia voluntad siguen siendo el sello de esta familia, que hereda esas características generación tras generación. Su muerte me afectó mucho, pero nunca como la de mi nieto.

Francisco era un niño muy simpático y yo lo adoraba. En una oportunidad en que me alojé por unos días en su casa yo lo llevaba al colegio y cuando se bajaba del auto me decía: "te voy a dar un besito *nonno*" y aprovechaba la despedida para darme un puntapiés en las canillas, muerto de la risa. Esa travesura se convirtió en el secreto mejor guardado de nuestra relación y la recordaré hasta el día del gran encuentro.

Aunque yo nunca he podido exteriorizar mucho lo que siento, el dolor de perder a Francisco me impidió volver a sonreír por mucho tiempo y en mi corazón se instaló definitivamente la melancolía. La muerte de un nieto jamás se supera. Se aprende a vivir con el dolor".

CADA PERSONA VIVE EL DOLOR A SU MANERA

En Renacer aprendí que existe una enorme variedad de patrones de comportamientos frente a la muerte de un hijo. Todos son válidos, ya que los seres humanos somos únicos, cada uno con su bagaje de experiencias y sus características de personalidad.

Con la muerte de un hijo se despiertan emociones muy fuertes y diferentes entre un hombre y una mujer. Por lo general las mujeres expresamos nuestros sentimientos más abiertamente y lloramos en forma más frecuente. Necesitamos hablar y hablar de ese hijo que murió y de las circunstancias de su muerte. En cambio, los hombres inhiben el dolor y no muestran sus emociones, probablemente porque no fueron educados para eso. El hombre comparte lo que hace, no lo que siente. Muchos se vuelcan al trabajo para evitar acordarse de la muerte de su hijo, pero la angustia y la desesperación la llevan por dentro. En nuestra cultura el hombre ha sido socializado para ser fuerte, autosuficiente y protector de la familia. La muerte de un hijo representa para el padre la pérdida del control, lo despoja de su ego y del sentido de sí mismo, dejándolo sumido en un fuerte sentimiento de fracaso personal. Además la sociedad se preocupa más del dolor de la madre, dejando al padre en un segundo plano sin oportunidad para sacar sus emociones y hablar de su pérdida. Esta diferencia

de expresar el dolor puede separar a la pareja o la puede unir, dependiendo de la comunicación que exista entre ellos. El duelo de una madre y un padre es asincrónico, aun cuando son los padres de un mismo hijo. Esto significa que mientras uno de los padres está emocionalmente decaído, el otro se encuentra en mejor estado de ánimo debido a que estima que alguien tiene que estar bien. Es como mantener a flote una embarcación: mientras uno descansa, el otro rema para que no se hunda.

El impacto de la muerte de un hijo remece a todo matrimonio, incluso a aquellos establecidos y bien avenidos. La pérdida de un hijo causa un estrés tan intenso que provoca el divorcio en más del cincuenta por ciento de las parejas, sobre todo si había conflictos previos.

Por otra parte, el dolor no tiene límite de tiempo y mientras para uno de los padres pareciera ser que reponerse es impenable, para el otro la sanación es una meta. También es frecuente que alguno de los padres sienta una inmensa rabia con Dios. La muerte de un hijo es un desafío a la fe. Así, para algunos las creencias de toda una vida son puestas a prueba severamente, mientras que a otros los sostiene la fe. No hay que perturbarse si nos encontramos dudando de creencias antiguas o si nos sentimos enojados con Dios. Él es lo bastante grande como para poder aceptar nuestra ira.

Como el dolor es tan intenso y ocupa todas nuestras energías, es fácil olvidarse que los niños y los jóvenes también sufren por la pérdida de un hermano. Ellos experimentan muchas de nuestras emociones: culpa de sobrevivir, idealización del hermano que murió, comparaciones con el hermano ausente, vivir con el miedo que ellos también pueden morir. Resulta muy importante asegurarse que ellos se sientan amados, que ocupan un lugar único en la familia y que son incluidos y no marginados del dolor de sus padres.

Debido a estas consideraciones creo importante incluir en estas páginas el testimonio de otros padres que han pasado por el dolor de perder un hijo en circunstancias muy distintas a la mía, junto con la experiencia de hermanos que han debido luchar intensamente, muchas veces en la soledad de su dormitorio, para sobrevivir al dolor de perder a un hermano. Con todos ellos me une una relación muy cercana. A la mayoría los conocí en los encuentros de Renacer. Se convirtieron para mí en un ejemplo de vida y me ayudaron con su apoyo y consuelo a entender y avanzar en mi proceso de duelo. La mayoría de ellos resolvieron el duelo positivamente, es decir reconocieron la pérdida, expresaron sus emociones, se replantearon su identidad, sus valores y sus prioridades y se adaptaron a la nueva realidad. Sin embargo, algunos enfrentaron complicaciones en el duelo ya sea porque no pudieron afrontarlo o porque se bloquearon en algunas de las etapas, y el duelo se hizo crónico con un dolor permanente. Compartir con ellos sus experiencias, que me fueron entregadas a través de conversaciones y confidencias desgarradoras, me hicieron pensar lo maravilloso que es el ser humano ya que es capaz de renacer, sobreponiéndose a un dolor que doblaba el alma.

Siento una profunda admiración por Karin, Álvaro, Sergio, Luis, Karen, Rita, Oscar, Rocio, Jaime, Gabriela, Catalina y Cristían a quienes agradezco sinceramente la confianza que tuvieron en mí y la valentía de dar su testimonio, reviviendo cada momento, cada instante de ese profundo dolor que les provocó la pérdida de sus hijos y hermanos, motivados sólo por el deseo de ayudar a otros.

En estas experiencias que vamos a conocer en la segunda parte del libro y que son sin duda valiosos testimonios de esperanza, encontraremos respuestas a tantas inquietudes, tantas dudas que nos asaltan en medio del sufrimiento y constataremos que es posible seguir avanzando a pesar del dolor y de las trágicas circunstancias de muerte. Quienes no están enfrentando una situación de duelo, comprenderán mejor qué siente un padre que ha perdido un hijo y estarán mejor capacitados para consolar y apoyar. Poder entender el fenómeno de la muerte nos permite desterrar mitos y tabúes que no son otra cosa que el resultado de la negación en que vivimos respecto de la realidad de la muerte.

MUERTE POR ENFERMEDAD TERMINAL

Numerosas son las causas de muerte de un hijo, pero existen algunas circunstancias que son más frecuentes que otras, como la muerte por enfermedad terminal, por accidente de tránsito, por inmersión, por homicidio y por suicidio.

Respecto de la muerte por enfermedad terminal, la doctora en Medicina y Psiquiatría, Elisabeth Kübler-Ross, quien trabajó durante 25 años con enfermos terminales en distintos hospitales de los Estados Unidos, señala en su obra *On death and dying* (1969), basada en su experiencia personal, que frente al diagnóstico de una enfermedad maligna, los padres pasan por períodos bastantes definidos. El primero de ellos es la etapa de negación, que permite que los padres se contacten gradualmente con el inesperado diagnóstico.

En el momento en que los padres comienzan a salir del estado de incredulidad, pasan a una etapa de rabia, ira, resentimiento, envidia—¿por qué nuestro hijo? ¿por qué?— Es una etapa difícil de manejar ya que la rabia es proyectada prácticamente a todos, al médico, a Dios, a otros miembros de la familia. Luego, viene un breve período de negociación, principalmente con Dios, ofreciendo cualquier tipo de promesas, de sacrificios con tal de lograr una curación. En esta etapa los padres vuelcan toda su atención y energía en el niño enfermo,

Llegando a veces a descuidar a los demás hijos e incluso la relación de pareja.

• Cuando ya no se puede negar la enfermedad y su desenlace, comienza un enorme sentimiento de pérdida. Es un período muy triste y angustiante, en el que se mezclan recuerdos, penas y alegrías y en el cual se llora todo lo que significará la muerte del niño.

Finalmente, viene un período de aceptación que, generalmente, coincide con la muerte del niño y que es seguido por un inmenso sentimiento de vacío ya que la familia funcionaba en relación al niño; las tareas del diario vivir parecieran no tener sentido ni importancia.

En el caso de muerte por enfermedad terminal, el dolor de la separación suele ser mayor ya que se compartió en forma cercana la vida del hijo y debido a esto se produce un gran desgaste emocional acompañado de un agotamiento nervioso.

Si el padre o la madre reaccionan con amargura y ésta persiste en el tiempo, puede ser indicativo de que el duelo no seguirá un curso normal sino más bien patológico en que la persona va a querer castigar al mundo y a sí mismo por la pérdida de ese hijo.

El primer testimonio que conoceremos es el de Karin y Alvaro quienes durante cuatro años se vieron inmersos en la lucha diaria de ganarle la batalla al cáncer que aquejaba a su hijita Consuelo. Siguen juntos, pero como veremos sus "consuelos" han ido por distintos caminos...

Consuelo

Testimonio de Karin

Cualquier dolor que se extiende en el tiempo es una agonía, y la enfermedad de mi hija fue eso, una tortura lenta, como un veneno bebido gota a gota, que me provocaba un dolor creciente. Pero me sostenía el amor a mi otro hijo y la esperanza de un nuevo amanecer.

“Cuando nuestra niñita tenía un año y once meses, se enfermó. Había tenido desde muy pequeña algunos cuadros de bronquitis obstructivas que se hicieron cada vez más frecuentes.

Una noche Consuelo se cayó de la cama golpeándose un lado de su carita. Al día siguiente, la mitad del rostro le amaneció con un moretón negro que me asustó mucho. Me fui con ella a la consulta del pediatra y cuando él por casualidad la vio en la sala de espera antes de atenderme, me ordenó que fuera urgentemente a hacerle un hemograma. Mientras esperaba el resultado del examen apareció el doctor que había suspendido sus consultas para conocer los resultados, y de inmediato sospeché que mi hija tenía algo grave. En medio de mi angustia le rogué a Dios que estuviere equivocada.

Llegó mi marido al laboratorio y nuestra preocupación pesaba en el aire, pero por sobre todo en mi cuerpo y mi corazón. No nos dijeron nada concreto, salvo una pequeña advertencia de que algo se veía mal.

El pediatra nos dijo que nos enviaría esa noche a casa a un doctor especialista, y entonces apareció en nuestras vidas un excepcional médico que en ese entonces era el jefe de oncología del hospital Luis Calvo Mackenna. Mi marido había llamado para esa reunión a mi suegra y a uno de mis cuñados.

El médico se sentó en la cabecera de la mesa del comedor, leyó los exámenes y nos dijo directamente: "Esto es leucemia linfoblástica aguda". Ante la palabra leucemia se me heló el cuerpo, y mi reacción fue muy absurda. Aun hoy no entiendo por qué puse en la taza del café de cada uno de los que estaban ahí, mi marido, mi suegra, mi cuñado e incluso mi mamá que también llegó, una pastilla de valium. No encontré mejor solución que poner a dormir a todos aquellos que se suponía podían sostenerme. Y yo me quedé hecha un nudo de nervios rumiando mi dolor y mi angustia a solas.

El médico se puso a hablar de horrosas estadísticas. Habló del 50% de posibilidades de sobrevivir, lo que suena muy poco en esas circunstancias. Me aferré sin embargo a la esperanza, cuando el doctor me explicó que existía una leucemia más grave que la que sufría mi hija. Entonces lo llené de preguntas respecto de las secuelas del agresivo tratamiento, absolutamente convencida de que mi hija sanaría. Después incluso me transformé en una experta en el tema de las secuelas que producían las drogas con que se trataba la leucemia, pensando por supuesto en la calidad de vida que tendría mi hija hacia adelante.

Desde ese primer día y a medida que la salud de Consuelo empeoraba, viví luchando para conseguir al menos ese 51% de probabilidades, porcentaje que no logré nunca alcanzar.

El médico jamás me mintió y tuvo una paciencia infinita conmigo. Yo no quería que me considerara una inepta y le exigí que me rotulara los frascos de medicamentos de Consuelo, aun-

que no era la costumbre en el hospital. Por otra parte le advertí que yo jamás me separaría de mi hija mientras estuviese hospitalizada y ese buen hombre me habilitó un cuarto de archivo pequenísimo en el hospital para que yo pudiese estar con ella. Recuerdo que esa primera hospitalización coincidió con el Festival de la Canción de Viña del Mar. Entonces mi marido compró un televisor que pusimos en ese minúsculo cuarto para no correr el riesgo de que dejaran sola a Consuelo en la noche, porque dormir con ella me estaba prohibido.

Desde entonces comenzó la agotadora lucha para lograr una remisión de la enfermedad, lo que en palabras simples significa que si ella lograba con un feroz tratamiento a base de drogas y radiación ganarle a las células cancerosas, sólo entonces podíamos hablar del 50% de posibilidades de mejoría. Ella debía estar en remisión, sin recaídas, un total de cinco años seguidos. Para cualquiera en esas circunstancias, ese tiempo parece una eternidad, pero para mí constituía un verdadero castigo, puesto que la paciencia no es una de mis virtudes. Pero definitivamente resultó cierto ese dicho de mi madre y mi abuela, que la paciencia es una cualidad que se cultiva acorde a las circunstancias.

Soy la única mujer y la mayor de dos hermanos. Mi padre era un alemán de rígida formación que se casó muy joven con una chilena a la que amó intensamente, siendo ella quien puso la chispa latina a su vida programada como un reloj. Mi madre: vivió a su lado como una porcelana cuidada con el mayor esmero. Recuerdo que mi padre le llevaba todos los días el desayuno a la cama, gesto que por cierto yo también esperaba de mi futuro marido.

Mi padre murió el día que cumplí 19 años y su muerte me afectó enormemente. Me desequilibró. Gran parte de mi seguridad y mis certezas estaban sustentadas en él. Mi padre sabía

solucionar los problemas, era hombre capaz de afrontar las dificultades, jamás de evadirlas y constituía el pilar más seguro en nuestras vidas. Sentí mucha rabia que me abandonara siendo yo tan joven. Además del dolor de su ausencia, sentí que me dejaba la tremenda responsabilidad de hacerme cargo de una madre sobreprotegida e indefensa a la cual yo debía cuidar como él lo había hecho, tarea por cierto imposible de cumplir.

Mi formación estuvo más bien orientada hacia lo académico. No recuerdo haber escuchado decir a mi padre "cuando Karin se case", pero sí decir con frecuencia, "cuando Karin sea ingeniero químico, ingeniero nuclear o médico".

Vivíamos en Alemania, y tras la muerte de mi padre regresamos a Chile y yo entré a estudiar Derecho en la Universidad de Chile donde conocí a Alvaro, mi marido. La universidad me dejó una huella de tolerancia y amplitud de criterio que, aunque yo traía por mi educación y mis vivencias en el extranjero, estuvo sin duda reforzada por mi paso por esa escuela en una época de apasionados ideales, opiniones diversas y compromisos extremos. Pero ni esa formación académica integral, ni siquiera mi herencia familiar, me prepararon para enfrentar el dolor. Nadie me enseñó a sufrir.

Mi padre era luterano y para él la muerte era un hecho natural, de la que se hablaba sin ningún pudor. Pero nunca consideró que la muerte conllevaba el horroroso dolor de la ausencia.

Yo opté por la religión católica de mi madre a los 21 años, pero debo confesar que el concepto de muerte que ella me heredó era mucho más tenebroso y macabro, apoyado por una ceremonia fúnebre que hasta hoy me violenta.

Me enamoré de Alvaro cuando cursaba tercer año y luego de un año de noviazgo nos casamos. No estaba en mis planes casarme; antes de conocerlo yo pensaba especializarme

en Derecho Internacional para entrar en el servicio diplomático. El matrimonio me llegó como uno de esos hechos que no se planean con la razón, pero que sin embargo no se pueden dejar de asumir. En nuestro proyecto de vida estaba el tener una familia numerosa. Ambos nos sentíamos atraídos por la imagen de las familias grandes colmadas de risas de niños en una enorme mesa familiar.

Nuestro primer hijo, Alvaro Andrés, nació dos años después de casados, y dieciocho meses más tarde llegó Consuelo.

Ella era una niña muy alegre y coqueta, tenía toda la gracia latina que yo no tengo. Su hermano es más germano, más tímido. Ella era muy expresiva y con mucha personalidad, lo que en alguna medida perjudicaba a su hermano. Con el tratamiento Consuelo perdía completamente el pelo y se inflaba, producto de la cortisona, pero mi marido y yo decidimos que la íbamos a educar para vivir, no como si fuera una desahuciada. Estábamos convencidos de que nuestra hija se salvaría, por lo tanto tratábamos de inculcarle la mayor seguridad posible en sí misma. Mientras a Consuelo la tenían sin cuidado los efectos de su tratamiento, a su hermano le daba una vergüenza horrible que sus amigos se burlaran de ella.

Recuerdo una fiesta de disfraces en que le hice un vestido de dama antigua lleno de vuelos y encajes. El traje tenía un sombrero que ella se sacó en medio de la representación frente a todo el colegio, y al verla pelada estalló una carcajada general de los niños. Su hermano no podía contener la vergüenza y la angustia.

La gente suele no tener conciencia de lo que pasa con los hermanos de un niño enfermo y me imagino que a muchas madres que están inmersas en esa urgente lucha por salvar a su hijo les pasará lo mismo. Pero yo me daba cuenta del sufrimiento de mi niño y ese dolor también me partía el alma.

El último año de su enfermedad yo llevaba a Consuelo a hospitalizarse a una clínica y me trasladaba a vivir allí. El bus escolar llevaba a Álvaro Andrés después del colegio a la clínica y mi hijo hacía sus tareas sobre la cama de su hermana enferma y veía los sueros destilando sangre y me preguntaba: “¿Mamá, qué es eso?” Y yo le contestaba conteniendo el llanto y con el alma desgarrada: “Hijo, son los bichitos buenos para que ataquen a los bichitos malos”.

Los amigos son muy cariñosos en estas circunstancias, pero muchas veces también tremendamente descrierriados. Llegaban cargados de regalos para Consuelo y a mi hijo ni lo veían. Un pobre chiquitito parado en un rincón que observaba cómo todo giraba en torno a su hermana enferma y él dejaba de existir. Entonces me aperé de un *stock* de juguetes y cuando se iban las visitas yo le decía a mi niño: “A la tía se le olvidó entregarte este regalito mi amor, pero te lo dejó con mucho cariño”. Yo no soportaba la pena de ver que nadie lo consideraba, que prácticamente mi hijo no existía para el mundo. Yo siempre me preocupé mucho de él, de otorgarle un lugar importante en la familia.

¡Pero mi hijo sufrió tanto! Recuerdo una noche que salimos corriendo a la clínica con nuestra hija gravísima y volví la cabeza y vi corriendo a Álvaro Andrés detrás del auto en marcha en medio de la oscuridad, con su pijama amarillo y sus cortos pasitos gritando “no me dejen, no me dejen”. Yo rogaba desesperada que alguien saliera a rescatarlo. Le decía a mi marido que lo subiéramos al auto, pero no había tiempo, mi hija se moría. Una vecina salió de su casa y lo detuvo, y yo me fui con esa desesperación en el pecho. El sufrimiento de todos los hijos duele por igual.

Para darle un toque de normalidad a la vida de Consuelo cuando no estaba hospitalizada, la llevaba diariamente al colegio.

Me estacionaba frente a la ventana de su sala de clases hasta que luego de dos horas la profesora me hacía una leve seña que significaba que Consuelo se había cansado y yo entraba como si nada, fingiendo entusiasmo, a buscarla en medio del lógico reclamo de sus compañeros de curso que no entendían por qué me la llevaba. Nuestra vida caminaba sobre una cuerda floja que se sostenía de un lado por las remisiones y del otro por las recaídas.

Mi misión era seguir caminando sin mirar el abismo, la de mi marido era proveer, en circunstancias que no nos sobraban los medios económicos. Él estaba recién partiendo en lo profesional y el surgir suele ser un camino lento y de mucho esfuerzo. Pero tengo un cuñado muy generoso que se constituyó en nuestro apoyo incondicional. Incluso pensamos llevar a Consuelo a Estados Unidos, pero descartamos la idea porque descubrimos que el director del hospital al que supuestamente debíamos llevar a nuestra hija era un chileno que había sido alumno del médico tratante en Chile. Por lo tanto estábamos en las mejores manos posibles.

Mientras Consuelo estuvo enferma pensaba en tantas más que vi en el hospital que no tenían cómo costear el tratamiento de sus hijos. Sufrí mucho por esas madres que se aferraban a lo que fuera para que sus hijos se salvaran. A pesar de todo yo era una privilegiada.

Mi marido se volcó completamente al trabajo movido por la obsesión de proveer y de escapar de la dolorosa realidad. El poco tiempo libre que le quedaba lo utilizaba practicando deportes y yo empecé a sentirme muy sola, con una carga que cada vez se me hacía más pesada.

Educar a mi hija enferma no era una tarea fácil: evitar caer en la sobreprotección, ser justa respecto de mi otro hijo. Ella era tan pequeña y nos necesitaba tanto, que a veces se aprovechaba

de su condición y hacia algunas trampas respecto de su estricto régimen alimenticio. No podía probar la sal, de modo que cuando la senta levantarse a escondidas en la noche para sacar del refrigerador un pedacito de queso o un trocito de jamón, yo no me daba por aludida. ¿Cómo podía ella entender que era su vida la que estaba en juego?

Recuerdo con mucho cariño a una mamá de una compañera de curso de Consuelo que tenía panadería, quien al enterarse de las restricciones de su dieta le hacía llegar diariamente a casa pan sin sal horneado en figuras atractivas para ella. Es sorprendente la solidaridad de algunas personas y yo he tenido suerte en ese sentido. Tengo amigos y amigas formidables y una adorada nana, la Bernie, que sin duda han constituido un apoyo fundamental en las pruebas que la vida me ha impuesto. Sin ellos todo habría sido más difícil.

A mi Consuelo le dolió tanto su enfermedad. El tamaño de la aguja con que le hacían las punciones en la columna, las decenas de pinchazos buscando las pocas venitas que le quedaban disponibles y luego de escarbar y escarbar terminaban pinchándole una pierna, o hasta el cuello. Y yo sin poder hacer nada para evitárselo. Peor aún, debía mantenerme firme en mi perseverancia, porque era su vida la que estaba en juego, pero su dolor me encogía el corazón.

Nos dijeron que existía un aerosol, a base de hielo seco, que anestesiaba localmente, y a pesar de lo costoso que era, lo usamos para las punciones en la columna.

Pero el hielo tampoco fue suficiente y Álvaro se desquiciaba con el dolor físico de su hija. Alguien le habló de hipnosis para controlar el dolor, y a pesar de todo lo que trabajaba para poder solventar el carísimo tratamiento de Consuelo, se hizo un tiempo para aprender la técnica para aliviarle el sufrimiento a su

niña adorada. Hipnotizar a un niño es muy difícil puesto que no logran concentrarse lo suficiente, pero aun así mi marido con su incansable perseverancia logró bastantes resultados con su hija.

Empezaron a hablarnos de la posibilidad de un trasplante de médula ósea, pero todavía los resultados eran muy inciertos, sobre todo en el caso de Consuelo que ya había recaído varias veces. Además existía un riesgo considerable para mi otro hijo que era el único donante compatible, por lo que nos vimos en la obligación de desechar esa posibilidad que además significaba la separación de la familia, porque yo debía partir a Estados Unidos con los dos niños, mientras Álvaro se quedaba trabajando en Chile, separación que añadía otro dolor a Consuelo que miraba por los ojos de su padre.

Desde el punto de vista psicológico, el doctor nos recordaba con insistencia que los niños enfermos de cáncer cuando se deprimen se mueren. Es fácil imaginar los esfuerzos que hacemos para que nuestra hija estuviera lo más alegre posible, empujando por ocultar nuestro dolor como si se tratase de un pecado. Todos sonreíamos a su alrededor. Incluso conseguimos llevarla a Disney World aunque cada quince días teníamos que pincharla para hacerle un hemograma.

Ese examen se transformó en una verdadera tortura, porque hasta que se conoce el resultado, el tiempo se detiene en un estado de angustia insostenible para todos los que rodean al enfermo. Yo me empeñaba en mantener unida a la familia, pero de pronto empecé a sentir un resentimiento hacia mi marido. El médico nos había advertido que un alto porcentaje de los padres con hijos que padecen enfermedades terminales se separan, y nosotros nos habíamos hecho el firme propósito de que eso no ocurriera. Pero aunque yo veía el esfuerzo que Álvaro hacía por ser un buen proveedor, su empeño iba sólo por ese lado y su

preocupación afectiva alcanzaba solamente para su hija enferma, ni siquiera para su otro hijo. Yo me sentía emocionalmente muy abandonada. Mi rol de esposa cambió por el de enfermera, dejé de ser su pareja. Después que murió nuestra hija me di cuenta que estaba equivocada. Que el dolor que mi marido sentía era tan insoportable que intentaba a toda costa aturdirse con el trabajo y contener la pena a cualquier costo para no derrumbarse.

Nunca me hice a la idea de la muerte de mi hija, la solté sólo tres días antes de que falleciera y luego de cuatro años de enfermedad.

Me vi obligada a entender que ella estaba cansada, que quería irse... que no quería seguir sufriendo, que no quería que yo luchara más. Días antes de morir estábamos juntas escuchando una canción infantil acerca de un globo que se desataba de su amarra y se iba volando al cielo, cuando ella me dijo: "Yo quiero ser ese globo, mamá". Sólo en ese momento, después de tanto rezar por su mejoría, de tantas noches mirando por la ventana de mi dormitorio esperando un milagro, fui capaz de decirle a Dios: "Señor, hágase tu voluntad".

El doctor, con su vasta experiencia me había advertido de algo que en su momento yo me resistí a creer: "Mamá, prepárese porque su hija la va a odiar. Ella querrá irse y usted no la dejará". Y efectivamente, los últimos días yo la tocaba y ella me rechazaba, quería darle un beso y ella me apartaba y entendí que debía entregársela a Dios.

Pero aún así debo confesar que hasta hoy no puedo comprender por qué Dios permite el sufrimiento de un niño. Los gritos de dolor de mi hija me desgarraban y todavía recuerdo la pesadilla de los quejidos de los niños en el hospital.

Yo asumí la muerte de mi hija unos tres días antes, cuando el doctor me dio la certeza de que no se recuperaría.

Recuerdo que estábamos en casa y Álvaro salió de la pieza de nuestra hija y se puso a increpar, mirando al cielo, a un Dios que le parecía perverso e injusto.

Una psiquiatra fue la encargada de contarle a nuestro hijo que su hermana moriría y dijo una frase que a mí me marcó para siempre: "Las realidades se hicieron para asumirlas". ¡Pero qué difícil ponerlo en práctica!

Días después de la muerte de Consuelo, Álvaro Andrés estaba en el colegio y unos niños encontraron un pájaro muerto. Lo balanceaban colgando de una pata y le gritaban: "Álvaro, tu hermana... Álvaro, tu hermana..." Un adulto puede entender racionalmente la crueldad de un niño, pero yo me ponía en el lugar de mi hijo y se me trizaba el alma. Mi hijo amaba entrañablemente a su hermana y aunque cuando ella murió yo le reiteraba lo buen hermano que había sido, esas explicaciones distaban mucho de ser suficientes.

Cuando mi hija falleció yo caí al suelo de ese pasillo frente a la UTI (Unidad de Tratamientos Intensivos) esperando el abrazo de mi marido, pero él seguramente por evitar sobrecargarme con su dolor me dejó una vez más sola al amparo de mis amigas, mientras él se dejaba consolar por sus amigos. No era capaz de entender que era yo la que quería consolarlo, tanto como esperaba que él me consolara a mí.

El entierro me pareció algo terrible y en ese momento hubiese querido ser luterana para enterrar a mi hija con más sobriedad, sin tantos abrazos ni llantos ajenos.

Lo que yo quería era que se preocuparan de Álvaro Andrés, que me dejaran tranquila, estar rodeada sólo de mis amigos de siempre y con nadie que me obligara a responder una palabra de pésame o dar un abrazo por obligación. Todo constituía un gran esfuerzo.

Recuerdo que se me acercó una amiga, sin duda con la mejor de las intenciones, y me dijo: "Gringa, te das cuenta que tienes un angelito en el cielo. Dios te ha mandado esta prueba porque te quiere mucho". "Mira", le contesté, "dile a Dios que elija a uno de tus cuatro hijos para demostrarte lo mucho que te quiere", y luego la aparté de mi lado. Esa es la dimensión de la rabia que se siente.

Lo que rodea la muerte es algo difícil de soportar. El agotamiento que producen las visitas. Sin duda el cariño de los amigos es real, pero no ayuda nada. Lo único que me aliviaba levemente era pensar que había concluido el sufrimiento de mi hija.

Esa primera noche yo sólo tenía pensamientos irracionales. Que mi niñita tenía frío, mucho frío, y yo quería ir a abrirla. Que si temblaba le iba a dar susto y yo no estaría a su lado.

Al día siguiente nos fuimos con Álvaro Andrés y un amigo a la playa, a Viña del Mar. Al tercer día nuestro hijo nos dice que debemos volver a Santiago porque su hermana va a resucitar como Jesús. Me dio una rabia ciega contra los responsables de que mi hijo tuviera tales ideas en la cabeza y maldije, sin duda injustamente, a su profesora de religión. Tuve que decirle que por mucho que él lo deseara, su hermana no iba a resucitar.

Volvíamos a Santiago y a la rutina, pero mi Consuelo ya no estaba. Álvaro se fue a trabajar, mi hijo partió al colegio y yo me sentí cesante de alma. Mi vida había perdido sentido, no sabía cómo ocupar mi tiempo. Esas 24 horas del día que antes se me hacían pocas, transcurrían tan eternamente inútiles y dolorosas. Comencé a odiar todos los espacios de la casa que me recordaban la ausencia de mi hija y mi marido muy hábilmente adivinó mis sentimientos y me asignó la misión de buscar otra casa para que yo utilizara mi doloroso tiempo.

Tomé la decisión instintiva de sobreponerme, por mi hijo y por un marido que aunque no me tomaba mucho en cuenta, yo sabía que estaba sufriendo tanto como yo.

Pero a pesar de mi esperanza de no caer en el rencor no podía contener la rabia de ver a la gente reír, de que los pájaros siguiesen cantando, que la vida continuara indiferente a la pérdida de mi hija, que Álvaro volviera de la oficina y sintiera hambre. Yo no podía comer sin vomitar. Tenía la indignante sensación que el mundo seguía tal cual, que aparentemente no había ocurrido nada, que había muerto una hormiga que pasó accidentalmente por mi jardín y no mi hija después de cuatro años de una lacerante agonía y dejándonos en esa ausencia devastadora.

Traté de mantenerme ocupada, pero la sensación de vacío, de no hacer nada con sentido me estaba destruyendo. Busqué apoyarme en mi marido, pero su dolor lo imposibilitaba para consolarme. Además, él estaba mucho más desvalido que yo, porque había perdido completamente la fe, y aunque le rogué que hablásemos de lo que sentíamos y que nos ayudáramos mutuamente, no me dejó entrar en su dolor y yo me quedé sola con el mío.

Álvaro no quería ni siquiera nombrar a Consuelo y hasta me prohibió volver a decir su nombre. Me transformé en la persona que le recordaba y ratificaba la muerte de nuestra hija. Tampoco se acercaba a su hijo. Estaba sintonizado solamente con la pérdida de Consuelo, su dolor le copaba toda la capacidad de preocuparse de alguien más.

Vino la Navidad y yo a pesar del dolor, haciendo honor a mi tradición alemana, preparé galletitas, adorné el arbolito y compré regalos, lo que hizo más patética aquella celebración que me empuñé en compartir en familia, cuando dolía tanto la ausencia de nuestra hija. Al día siguiente arranqué con mi hijo a Estados Unidos a ver a mi mamá, que tampoco estaba en las

mejores condiciones para consolarme, ya que las abuelas sufren el doble: por la pérdida del nieto y por el dolor del hijo.

Regresé a Chile para pasar el verano con mi marido. Fue una época de ocultar el sufrimiento, de mucha vida social, de tapar la aflicción con conversaciones superfugas, eludir el tema de la muerte bajo todo punto de vista, llenarnos la vida de mil actividades para no tener tiempo para recordar. Y yo me subía a esa rutina forzando una sonrisa para no incomodar al resto, buscando cualquier manera de escapar del dolor.

Fue un tiempo de llorar a escondidas y esforzarse por mantener una careta de serenidad. Lo hice por mi hijo, pero también para agradar a mi marido. Necesitaba tanto de su afecto que eché mano de mi sentido del humor y de ese recurso tan usado de hacerse la lesa.

Pero nada podía hacernos olvidar que nuestra familia se había roto, que le faltaba un pedazo irremplazable, como un pájaro al que le rompen un ala y queda impedido de volar.

Pero Dios quiso regalarnos a nuestra hija Isidora, y aunque jamás ella podría reemplazar a su hermana ni tampoco quitarme el dolor de su pérdida, era sin duda una esperanza para reconstruir nuestro proyecto de familia.

En el parto me descubrieron una enfermedad llamada hipertensión pulmonar primaria cuya única curación consiste en someterse a un trasplante de corazón y pulmón a la vez, riesgo que no he estado dispuesta a correr por ningún motivo.

Me dieron dos meses de vida.

En el parto estuve en estado de coma. Recuerdo una experiencia que cambió para siempre mi concepto de la muerte y que sanó en gran parte el dolor de la pérdida de Consuelo. Aquello que dicen que un enfermo en coma no escucha, no es cierto. Recordando con claridad los ruegos de Álvaro suplicándome que me

quedara con ellos, que no abandonara a nuestra hija recién nacida. Jamás olvidaré lo que se siente al morir. Efectivamente yo estaba muriendo, todos los monitores médicos así lo indicaban, y mientras mis signos vitales se debilitaban, yo veía una luz brillantísima que me atraía como un imán. Sentía una paz y una serenidad interiores indescriptibles, tan agradables como ninguna sensación que haya experimentado conscientemente y estaba segura que al otro lado de esa luz estaba mi hija Consuelo abso- lutamente feliz.

Tuve que optar entre ir a encontrarme con mi hija, lo que constituía una tentación irresistible, o quedarme para hacerme cargo de mis hijos y acompañar a mi marido, a quien oía tan desesperado. Y decidí quedarme por un mero sentido de responsabilidad, y tan consciente estuve de esa opción que incluso en ese momento crítico recordé una canción, popular que decía algo así como: "En las dos puntas del camino alguien me espera".

Cuando todavía estaba en la UTI nos comprometimos con mi marido a que adoptaríamos otro hijo. Mi enfermedad me impedía embarazarme de nuevo, pero yo quería una gran familia. Nuestro proyecto de vida original continuaba.

Apenas salí de la clínica empezamos los trámites de adopción a pesar de conocer mi pésimo pronóstico de salud. Alguna fuerza interior inexplicable me hacía rechazar la idea de morir-me tan pronto dejando a mis hijos tan pequeños. Algún sentido tenía que tener mi recuperación y mi decisión de vivir.

Un año después nos llamaron de la ciudad de Concepción, al sur de Santiago, para avisarnos que fuéramos a buscar a nuestra nueva hija. Luego de varios trámites burocráticos partí con mi madre a Concepción. En el Hogar de Niños había una histera de cunitas y me bastó una mirada para reconocer a mi niña. Tenía cuatro días de nacida y era una chiquita gorda y pelucona que me

robó el alma. Lo único que quería era salir pronto de allí con mi niña apretada entre los brazos para que a nadie se le ocurriese arrepentirse de habérmela entregado.

La vestí como una princesa y volví a Santiago lo más rápido que pude. Llegamos a casa y Álvaro Andrés estaba esperándonos ansioso en la reja de la calle. Mi marido, en cambio, esperaba a su nueva hija sentado en el living, al lado de Isidora en su coche y con música clásica de fondo para darle a la bienvenida de Camila un toque ceremonial.

A Álvaro se le iluminaron los ojos cuando la vio, y conteniendo la emoción sólo pudo decirme: "Pero si es preciosa".

Visito la tumba de Consuelo cuando siento el impulso de hacerlo, sin condición de fechas y aniversarios. Muchas veces he encontrado flores frescas y pienso que Álvaro la ha visitado también para llorar su solitario dolor.

Desde la muerte de Consuelo hasta hoy vivo de regalo, y le agradezco a Dios cada minuto, cada instante de estos quince años en los que he disfrutado de mis hijos, en que he podido educarlos para la vida, en que he acompañado a mis niñitas en su Primera Comunión, en que he conocido a mi primer nieto, fuente de amor infinito, y en que hemos podido permanecer con Álvaro juntos a pesar de habernos consolado con el abrazo de otros".

Álvaro

No, no he llorado, pero practico mucho deporte y toco el saxo...

"Nunca he vuelto a hablar de Consuelo, ni siquiera he vuelto a nombrarla, ¿por qué tendría que haberlo hecho? ¿Para qué meter el dedo en una herida que quiero que deje de sangrar? Soy de esos hombres que no soporta la posición de "víctima", la lástima de los demás.

Prefiero recordar en silencio la risa viva de mi hija, su piedad, sus pasitos sigilosos para robarse una golosina del refrigerador. Su valentía para llevar la enfermedad.

Soy de esos hombres que jamás afrontaría un dolor aturdiéndose con un trago o recurriendo a las drogas. Para eso tengo el deporte y el saxo...

Y me siento superior: por el hecho de haber perdido un hijo, no tengo miedo de nada y eso me da mucha libertad. Para no estar con quien no quiero, para hacer y decir lo que se me venga en gana.

Cuando el pediatra me recibió en su consulta para darme el resultado de los exámenes de laboratorio, yo ya me había calibrado para aceptar un mal diagnóstico. Me repetía a mí mismo: 'Lo voy a aceptar, no voy a llorar, porque tenía que aparecer ante mi mujer íntegro y fuerte'.

No me había equivocado, mi hija tenía leucemia. Aquella fue una de las dos únicas oportunidades en que recuerdo haber llorado. En el funeral de mi hija cayeron de mis ojos unas lágrimas tan abundantes y pesadas que las vi rebotar en el suelo.

Después de conocer el diagnóstico, interrogué al médico respecto del tratamiento, porque sólo pensaba en que Consuelo se salvaría, cualquiera fuese el esfuerzo que tuviera que hacer para lograrlo. Me propuse solventar su tratamiento y no cejar en mi empeño de salvarla, junto con tratar de hacerla la niñita más feliz del mundo.

Pero se me venía un tremendo problema encima. Yo empezaba mi carrera y no estaba preparado para enfrentar una carga de esa magnitud. No tenía ninguna previsión médica y tendría que enfrentar una enfermedad costosa. Empecé a planificar los pasos a seguir. Al pediatra lo descarté como médico tratante, no por su competencia médica, sino porque me recordaba el terrible momento que me había hecho pasar al comunicarme el diagnóstico de Consuelo y ya no me sentiría cómodo en su presencia.

Después de analizar las diferentes alternativas, me decidí por un oncólogo infantil de mucho prestigio que resultó ser muy competente.

Me puse a trabajar duro: no me daba el tiempo de pensar en nada que me distrajera de mi propósito de proveer adecuadamente. Tampoco podía rebelarme: si sólo hubiéramos existido Consuelo y yo, me habría muerto con ella. Incluso una vez en medio de su doloroso tratamiento, tuve la fantasía de tomarla en mis brazos e internarme con ella en el mar para que ese océano, que me atrae tanto, nos sepultara juntos.

Pero estaban mi mujer y mi hijo, y por mucho que me doliese el alma, por muchas ganas que tuviera de desaparecer y lo insostenible que me resultara el sufrimiento de Consuelo, tenía

que hacerme cargo. No en vano había sido educado en un hogar de cinco hombres para asumir las responsabilidades y no para dejarme vencer por el dolor, incluso para contener el llanto que no servía más que para sobrecargar la aflicción de los que me rodeaban. Yo tenía que resistir, tenía que mantenerme férreo. Yo me sentía en la obligación de transmitir la confianza en el buen resultado del procedimiento médico. Por lo tanto no podía vivir un duelo en forma anticipada.

Además la enfermedad de mi hija era un problema de mi exclusiva responsabilidad. Por mucho que yo tuviese familiares e incluso amigos dispuestos a ayudarme, yo estaba convencido de que sólo en mis manos estaba poder resolverlo y para eso tenía que trabajar sin descanso. Vivía en la incertidumbre de los altibajos de la enfermedad de mi hija y eso había que costearlo. Por lo tanto todos mis esfuerzos estaba abocados a no fallar en mi misión de proveer.

El rol de mi mujer era cuidar a Consuelo, y ambos estábamos totalmente inmersos en nuestras obligaciones respectivas sin disposición para nosotros y no cabía ni interesaba pensar en el costo que eso tendría para nuestra relación de pareja. Si para salvar a mi hija yo estaba dispuesto a dar mi vida, por cierto que el matrimonio perdía importancia. La enfermedad de Consuelo era prioritaria, y todo lo demás se volvió secundario.

Creo que como pareja sobrevivimos unidos a la muerte de Consuelo por un sentido de responsabilidad con nuestro hijo Álvaro Andrés. Además no teníamos nada que reprocharnos y todavía manteníamos la ilusión de reconstruir nuestro proyecto de familia original: tener varios hijos y poder disfrutar de la vida en familia.

Yo debía contener mi dolor y me esforzaba por tener la menor conciencia de él, pero sin dudas sufría enormemente.

Recuerdo que en una oportunidad caminaba por el Paseo Ahumada, una calle peatonal en el centro de Santiago, y había un grupo de personas riéndose a carcajadas frente al televisor de una vitrina. Y yo pensé: 'Quién como ustedes que pueden reír!'

Cambié mucho a raíz de la enfermedad de Consuelo. Perdí la alegría y me volqué completamente a mi interior. Me puse intolerante respecto de problemas ajenos que me parecían intrascendentes comparados con el mío, y aquello me hacía apartarme de la gente.

El hecho de no poder planificar nada, ni siquiera el día siguiente, nos aislaba aun más. Todas nuestras ilusiones se habían roto, estábamos viviendo un día a día doloroso e incierto.

La muerte de mi hija me dejó dos secuelas importantes. La primera es mi cuestionamiento de la fe. Yo tenía la fe del carbo-nero. Creo porque creo, pero después de la muerte de Consuelo renegué de ella y hoy dudo de un Dios que permite el sufrimiento de un niño. Por más respuestas que he buscado, no he encontrado ninguna que me deje en paz.

Por otro lado también le perdí completamente el temor a la muerte. Más bien le perdí el apego a la vida, y siento que no existe nada peor que me pueda ocurrir, salvo que se me muera otro hijo.

Durante la última recaída de Consuelo el médico nos propuso un tratamiento extremadamente agresivo y con muy bajas probabilidades de éxito, y me vi enfrentado a la durísima decisión de no aceptar y asumir que tenía que dejar a mi hija morir en paz.

Ese día empecé los preparativos formales para su muerte, y le encargué a un amigo que cuando llegara el momento se hiciera cargo de los trámites.

La noche que Consuelo murió estábamos en casa y mi mujer me avisó que nuestra hija estaba muy mal. Yo, que me resistía

a asumir que mi hija estaba agonizando, me había incluso acostado a dormir. Cuando llegué a ver a Consuelo, ella ya había muerto, y para no darle esa noticia a mi mujer la tomé en brazos y le dije que teníamos que llevarla a la clínica a pesar de que yo ya sabía que en mis brazos yacía mi hija muerta. Recuerdo que esa noche antes de acostarme miré al cielo e insulté a Dios con todas mis fuerzas.

Después del funeral yo no me sentía tan apesadumbrado. Podría decir que sentía una especie de alivio porque mi hija había dejado de sufrir.

La muerte de Consuelo había sido anunciada. Esa muerte era para nosotros el término de una situación anticipada, mientras que para otros padres que se ven afectados por una muerte repentina constituye el inicio del duelo. Nosotros comenzamos ese proceso el día en que nos diagnosticaron la enfermedad de nuestra hija, a pesar de que nunca perdimos la confianza en su recuperación. Era solamente un tiempo de luchar, que fue lo único que hicimos durante esos cuatro años.

Mis fuerzas y energías se consumieron en el desgaste de esa lucha diaria y hoy sólo vivo porque me educaron para sobrevivir. El saxo es el que llora..."

MUERTE POR ACCIDENTE

Cuando la muerte de un hijo irrumpe de manera inesperada y traumática, aumenta el riesgo de complicaciones en el duelo. La pérdida de ese hijo será profundamente dolorosa, por lo que a los padres les costará mucho resignarse ante esta realidad. En los casos de muerte por inmersión, accidentes de tránsito, atropello o quemaduras, el duelo adquiere una dimensión de índole más compleja, lo que dificulta poder asimilar el hecho, ya que las circunstancias de muerte son violentas. Los padres desarrollan las peores fantasías de dolor y destrucción. Incluso hasta en el sueño hay pesadillas en que se revive la escena del momento de la muerte. Cómo recibieron la noticia también incide en la reacción de los padres. Hay casos en que estaban presentes cuando ocurrió la muerte, pero por lo general es recibida a través de terceras personas. Se ha podido establecer que mientras más directa y clara sea la forma en que se comunica la noticia, existen menos tendencias a negar el hecho, y de ese modo se evita la posibilidad de hacerse falsas esperanzas, lo que podría obstaculizar contactarse con la realidad.

En aquellos casos como muerte por inmersión, accidente aéreo o terremoto, en que no se pudo recuperar el cuerpo, los padres tienen dificultades para iniciar el proceso de duelo, porque siempre existe la secreta esperanza de que pueda estar a salvo y algún día regresar.

En la mayoría de los casos de muerte por accidente existe un patrón de comportamiento común a todos los padres: un fuerte elemento de impacto e irrealidad que impide por un tiempo tomar conciencia de lo ocurrido acompañado de rabia extrema contra quién provocó el accidente o contra quién aparece como responsable. Se llega a límites de querer cobrar venganza y revisar compulsivamente todas las acciones, omisiones y situaciones previas al accidente como una forma de dilucidar cómo se podría haber evitado. En todos los padres aparece la impotencia, la añoranza angustiada y a veces el pesar se puede transformar en un duelo crónico, ya que la frustración que provoca la muerte inesperada del hijo deja a los padres sumidos en la más absoluta desesperanza, en que parece que nada volverá a tener sentido nuevamente.

Respecto de los accidentes automovilísticos, los adolescentes representan el sector de la población más vulnerable. En Chile, es la primera causa de muerte entre hombres y mujeres de 19 a 25 años. Detrás de esta horrorosa estadística está la falta de experiencia, el exceso de velocidad, la tendencia a transgredir normas, la actitud desafiante ante el peligro y el riesgo, el consumo de alcohol y drogas y el poco temor que los jóvenes tienen ante la muerte por sentirse inmortales. En 1999 murieron en Chile en accidentes de tránsito 3.000 personas, y cada año en nuestro país son atropelladas 1.200 personas, siendo los escolares el mayor grupo de riesgo. Estos números nos colocan entre las naciones con mayor frecuencia de muertes por esta causa. Estas cifras son realmente alarmantes. Significan que un pueblo desaparece cada año, un pueblo como Pomaire, que con sus 3.000 habitantes es famoso por elaborar mucha de la artesanía en greda de nuestro país.

La muerte por accidente de tránsito es difícil de elaborar. Los padres cuyo hijo murió en un accidente automovilístico sienten una

gran frustración, porque no pudieron despedirse o no estaban a su lado cuando ocurrió su muerte. Debido a que la pérdida irrumpe tan sorpresivamente, el impacto y el aturdimiento invalida la capacidad adaptativa, causando impedimentos en el funcionamiento de la persona por mucho más tiempo. Como no ha habido una preparación previa para asumir la realidad, la muerte es vista como algo inexplicable que destruye violentamente todas las expectativas puestas en ese hijo.

Según la psicóloga Isa Fonnegra, otro elemento que suele complicar la reacción de los padres es la duda acerca de si el hijo que murió sufrió o no, y qué pensaría y sentiría al final. Si se dio o no cuenta de que estaba muriendo y si una ayuda más pronta u oportuna hubiera podido evitar el fatal desenlace. En muchos casos de muerte accidental, la desfiguración o mutilación del cuerpo lleva a los familiares a abstenerse de mirarlo para realizar la labor de identificación, tarea que generalmente se asigna a un pariente. Como la muerte accidental presupone un sujeto sano, se hace más difícil asimilar la noticia de que alguien fuerte y saludable ayer, hoy está muerto y no volverá.

Otro tipo de muerte accidental se refiere a inmersión y a quemaduras. Rose Anne Pritchard, orientadora familiar, sostiene que la muerte por quemaduras tiene un efecto muy traumático para los padres y es marcadamente contrastante con las fantasías provocadas por inmersión, lo que se racionaliza como una manera tranquila e indolora de morir. Por lo general, en el caso de muerte por quemaduras, el cuerpo queda en muy mal estado, dificultando en mayor o menor grado a los padres poder reconocer físicamente al hijo. Padres que han asistido a terapias reconocen con vergüenza su horror frente a la apariencia que presentaba el cuerpo y su alivio ante la muerte, porque sienten que si hubiese vivido sufriría más debido a prolongados y dolorosos tratamientos.

MUERTE POR ACCIDENTE DE TRÁNSITO

Sergio Andrés

Testimonio de Sergio

“Tenemos malas noticias. Ha habido un accidente...” Aquel espantoso hecho abrió una herida en mi corazón que todavía no cierra, aunque hayan pasado ocho años.

“Antes de la muerte de mi hijo Sergio Andrés llevábamos una vida familiar normal. Yo estaba orgulloso de mis tres hijos, sobre todo del mayor, que nació al año de casados. A ese hijo, no por un sentimiento machista sino porque era el primero, le dediqué mucho tiempo. Sin embargo, alrededor de los siete años se apejó mucho a su abuelo, porque ambos compartían la pasión por el fútbol. Mi suegro era argentino y fanático de ese deporte, al punto que a las dos horas de nacido Sergio Andrés ya era socio del Boca Junior y del Colo Colo.

En la adolescencia el mundo de mi hijo eran el colegio, los amigos y el deporte, y si bien existía un contacto importante entre nosotros, nunca le demostré el cariño con caricias, porque yo me había criado con padres bastante fríos y distantes que jamás me abrazaron o besaron.

Fui el mayor de cinco hombres de los que me hice bastante cargo, y viví con angustia los altos y bajos laborales de mi padre. Él trabajaba como mecánico dental con un dentista extraordinario, que ya en esos tiempos atendía a tres pacientes a la vez. A

ese ritmo mi padre fue aprendiendo el oficio de odontólogo y de hecho terminó siéndolo, trabajando a la par con él, sin tener el título. Cuando murió el dentista, mi padre se quedó con sus pacientes y ejerció ilegalmente esa profesión. En ese entonces yo tenía 14 años y comprendía perfectamente que él estaba haciendo algo indebido y sufría pensando que en cualquier momento llegarían a detenerlo. Ese día que tanto temí llegó al año siguiente, y nunca me voy a olvidar cuando los inspectores del Servicio Nacional de Salud se llevaron a mi padre. Estuvo dos días preso, y aunque me llevaron a verlo a la cárcel, yo no fui capaz de entrar. Me quedé llorando afuera. Siempre he sido muy sensible. Cuando salió libre, vino la incertidumbre laboral. Vivimos muchos apremios económicos, tuvimos que cambiarnos a un barrio más pobre, hasta que mi padre decidió instalar una botillería, la que nos permitió cierta estabilidad. Él era un hombre muy esforzado, trabajaba desde los catorce años, y su mayor preocupación era que a la familia no le faltara nada. Pero conmigo no tenía ninguna comunicación, ni tampoco me demostraba físicamente su cariño. Mis problemas y todas las inquietudes de mi desarrollo me las contestaron mis amigos, y las cosas de la vida las aprendí fuera de casa. Sin embargo, recuerdo con nostalgia que todos los martes de mi niñez mis padres nos llevaban a la iglesia, luego a tomar té al famoso café Paula y después al cine y que, diariamente a la hora de almuerzo, escuchábamos radio. A veces mi padre me pedía que cantara, porque yo tenía linda voz.

Con esfuerzo terminé el colegio y luego entré a estudiar kinesiterapia a la Universidad de Chile, profesión de la que conocía bastante poco. Pero mi vocación fue siempre el servicio público. Sin embargo, la vida tiene vueltas que uno desconoce y fue a través del canto y no de mi profesión que viví las experiencias más extraordinarias de mi vida.

Por una casualidad conocí a la directora de una popular revista que promovía a los artistas de la exitosa "nueva ola" chilena de los años sesenta. Ella me había escuchado cantar en una oportunidad y me ofreció integrarme a un conjunto musical folclórico que ya era bastante conocido. Yo tenía 20 años y estaba en tercer año de mi carrera, por lo que no era fácil la decisión, ya que las exigencias de ensayos y actuaciones me impedirían seguir adelante con mis estudios. Finalmente acepté por la posibilidad de ganar dinero y ser independiente.

Con el tiempo me hice muy amigo de dos de los integrantes del conjunto y a través de ellos conocí a Lidia, la que hoy es mi mujer. Ella pertenecía a la clase alta, estudiaba en un conocido colegio de señoritas, y en su casa había cosas que yo nunca antes había visto. En ese ambiente me sentía como pájaro en corral ajeno, porque yo venía de un medio más popular, que ahora con los años pienso era mucho más solidario que el que me tocó vivir después en un nivel más acomodado.

Tres años antes de casarme con Lidia, el año sesenta y cinco, fue la época de oro de nuestro conjunto. Nosotros vendíamos en Chile más discos que el famoso grupo británico The Beatles y fuimos nominados ese año como el mejor conjunto musical latinoamericano. Fuimos a recibir el premio a Estados Unidos y fue la primera vez en mi vida que me subí a un avión. Ese viaje fue un verdadero sueño, ya que me abrió las puertas a un mundo totalmente desconocido y me permitió ser parte del ambiente artístico de Hollywood. Durante un mes actuamos con mucho éxito en los grandes hoteles de San Francisco y Los Angeles y luego nos contrataron para trabajar en un exclusivo local en Ciudad de México. En ese país estuvimos otro mes y ahí nos fue tan bien que incluso nos invitaron a cantar en la televisión azteca.

Quando regresamos a Chile, Lidia me esperaba en el aeropuerto. El reencuentro fue lindo, y aunque yo le temía al matrimonio por las experiencias de inseguridad económica que habían marcado mi niñez, le pedí a Lidia que se casara conmigo apenas terminara mi carrera, título que logré obtener a mediados de 1968. Finalmente nos casamos en diciembre de ese año.

Nuestro primer hijo nació el 26 de septiembre de 1969. Al año siguiente llegó Alejandra, y diez años después Bernardita

Con la llegada de Sergio Andrés yo estaba muy contenta. Era un niño gordito que se ganó el apodo de Gordo, sobrenombre que cuando creció no le calzó para nada, porque se transformó en un joven delgado y muy buen mozo. Desde niño fue especial y hacía cosas de las que yo no tenía idea, como animar fiestas en el colegio, lo que vine a descubrir después por un video que nos regaló un apoderado. Fui muy unido a él hasta que mi suegro, que era un excelente abuelo, me lo fue quitando, porque lo venía a buscar todos los días para llevarlo al fútbol o a pasear. A mi suegro, un connotado publicista, yo lo apreciaba mucho. Era un hombre extremadamente cariñoso y querendón, que no sabía decir que no. Su muerte fue para mí un duro golpe, porque fue muy repentina. Murió de un infarto en su oficina, estando en una reunión de trabajo. Ese dolor, junto con la muerte por accidente de uno de los integrantes del conjunto musical a quien yo había llegado a querer como a un hermano, y que produjo la disolución definitiva del grupo, fueron los pesares más grandes que yo había experimentado en la vida. Nada comparado con el dolor que me produjera posteriormente la muerte de Sergio Andrés.

Como padre reconozco que le dediqué poco tiempo a la familia. Apenas nacieron mis hijos me obsesioné con la idea de que no les faltara nada. Me convertí en un "trabajólico", que a menudo llegaba a la casa pasada la medianoche. Me quedaba poco

tiempo para compartir y aunque conversaba con mis hijos y les preguntaba por sus estudios, sólo los veía los fines de semana. Recuerdo que la única vez que con Sergio Andrés nos hablamos con el corazón fue después de un altercado en el que yo me salí de mis casillas, y hasta creo le di un empujón. Finalmente le pedí perdón y le pregunté qué era lo que más le molestaba de mí. Me contestó que lo único que tenía que corregir era mi mal carácter. A mi vez, aproveché de decirle que me preocupaban sus llegadas tardes, aunque confiaba plenamente en él. Nos abrazamos y hasta hoy siento una gran emoción cuando rememoro ese abrazo.

Cuando terminó el colegio, Sergio Andrés, un joven alegre, deportista y muy querido por sus amigos, se puso a estudiar publicidad como su abuelo. Pero al poco tiempo dejó esa carrera para estudiar gastronomía, lo que creo era su verdadera vocación.

Recuerdo que para el cumpleaños de Lidia, la última noche que él pasó con nosotros, lo acompañé al supermercado porque iba a preparar la comida para celebrar a su madre. Esa noche visitó a sus amigos de garzones y nos ofreció un banquete digno del mejor restaurante. Esa fue su despedida.

A la mañana siguiente, el 11 de octubre de 1992, tres amigos lo pasaron a buscar para ir por el día a un pequeño balneario costero al norte de Santiago. Yo no vi a Sergio Andrés esa mañana porque estaba durmiendo cuando se fue.

Pero jamás me voy a olvidar cuando sonó el teléfono a las cuatro de la mañana, avisándonos que Sergio Andrés y sus amigos habían tenido un accidente en la carretera. Salimos de inmediato de la casa, y Lidia manejó hasta el lugar sin cruzar palabras durante todo el trayecto, que se nos hizo eterno, hasta que avistamos las luces intermitentes de los autos de la policía que iluminaban ese infierno. Yo iba con un mal presentimiento, y cuando

me bajé del auto el padre del muchacho que iba conduciendo lo que en ese momento eran fierros retorcidos me dijo: "¡Tu hijo murió!"

No me acuerdo, pero parece que grité. No podía creer que un joven de 23 años, lleno de vida y que el día anterior había celebrado a su madre, ahora estuviera muerto. Miré a mi alrededor y descubrí a mi hijo tirado en la berna. Estaba con los ojitos abiertos mirando el cielo, como si estuviera vivo, con una cara muy plácida, aunque su ropa estaba ensangrentada y tenía una pierna torcida. Después supe que mi hijo tenía múltiples fracturas, porque al volcarse el auto todo el peso de la carrocería lo golpeó hasta expulsarlo fuera, dejándolo tirado en el pavimento. Me consolaron diciéndome que mi hijo no había sufrido, porque iba durmiendo en el asiento de atrás. Recuerdo que lo abrazaba y lo besaba sin convencerme de lo que había ocurrido, pero no me acuerdo lo que hacía o decía Lidia. Ambos estábamos demasiado choqueados.

El accidente ocurrió a la una de la mañana, porque los muchachos se habían quedado hasta tarde en la playa. A nosotros nos avisaron tres horas después, porque el padre del joven que manejaba, que ya sabía que mi hijo había muerto, se fue con un abogado al lugar del accidente para prevenir alguna demanda de mi parte. Curiosamente fue el mismo abogado el que nos llevó de vuelta a casa, porque ninguno de los dos con Lidia podía manejar, y fue también quien nos dijo que el accidente se había producido porque su defendido se había quedado dormido al volante.

Cuando llegamos a Santiago tuvimos que despertar a nuestras hijas para darles la noticia. Sentía una impotencia indescriptible, una rebeldía contra todo, contra Dios y el mundo. Yo estaba completamente choqueado y lo único que quería era estar solo.

Mi única preocupación era saber donde estaba Sergio Andrés. Mi cuñado, que es abogado, consiguió que el Instituto Médico Legal entregara el cuerpo ese mismo día 12 de octubre, aunque era feriado. A él también le entregué algo de ropa que saqué de entre mis cosas para que lo cambiaran, porque no me atreví a tocar la ropa de Sergio Andrés. Yo era un ente que no atinaba a hacer nada. Ni siquiera compré el ataúd, también lo hizo mi cuñado.

Ese día en la tarde lo llevaron a la iglesia Santa María de Las Condes. Me acuerdo que cuando vi el ataúd me puse a llorar, me acerqué y le di un beso de despedida a mi hijo y cerré la urna porque no quise que nadie lo viera, aunque no tenía ni un rasguño en la cara. Durante el velorio yo me paseaba como un león enjaulado, estaba tan ansioso que tuvieron que darme un tranquilizante.

Al día siguiente, cuando lo enterramos, sentí que nuevamente caía en un abismo. Lo sepultamos en el Parque del Recuerdo y sé que le dediqué algunas palabras, pero no las recuerdo. Llegué a mi casa a acostarme y me encerré en mi dormitorio, aunque la casa estaba llena de gente. A los tres días volví a trabajar a todo motor, seguramente para aturdirme, y estuve todo ese año trabajando como un loco para tener mi mente ocupada y para que el tiempo se me pasara rápido.

Me acuerdo que lloraba mucho, en el auto, en la casa, aunque trataba de que mis hijas no me vieran. A ellas prácticamente las olvidé, lo mismo que a mi mujer. Durante ese año mi mente estuvo absolutamente llena de la ausencia de Sergio Andrés. Iba todos los días al cementerio, le dejaba flores, lloraba y rezaba hasta perder la noción del tiempo y luego agotado me iba de nuevo al trabajo para seguir aturdiéndome. Por supuesto tuve que ir al psiquiatra. Durante ese primer año, todos los días

doce le hacíamos una misa a nuestro hijo a la que asistían parientes y amigos, incluso la familia del joven que conducía el auto en que murió mi hijo.

Un día Lidia y yo le pedimos a ese muchacho que nos contara la verdad de cómo habían ocurrido los hechos, por mucho que nos doliera. Él, seguramente impedido de afrontar una verdad que le dolía tanto, y presionado por su padre, nos contó que se le había atravesado un perro, aunque nosotros sabíamos que no era cierto. A ese joven no le guardamos ningún rencor, porque comprendimos que el accidente no había sido intencional, y de hecho firmamos un escrito legal que lo liberaba de toda culpa. Pero a su padre no quise volver a verlo nunca más. Le tengo mucha rabia.

Mis hijas tenían 22 y 13 años, y a raíz de la muerte de su hermano, no las tomé más en cuenta. En una ocasión Bernardita, la menor, me hizo ver con mucha indignación que ella todavía estaba viva y que aunque no lo creyera, ella me necesitaba. Fue ella además la que cambió su dormitorio por el de Sergio Andrés y se trasladó a dormir allí. Nosotros jamás habríamos sido capaces de tocar nada.

Una semana después del primer aniversario de la muerte de Sergio Andrés, Alejandra se casó en la misma iglesia en que le habíamos hecho a nuestro hijo la misa del funeral. Tan sólo una semana después de recordar su muerte debíamos celebrar. Pero la vida es así, está hecha de sufrimientos y alegrías, y mi hija se merecía empezar esa nueva etapa de su vida feliz, y yo me esforcé por estar alegre y sonreír.

Recuerdo un hecho que alivió en parte nuestro dolor. Al mes de la muerte de nuestro hijo, estábamos con Lidia viendo una película en el dormitorio, cuando a eso de las doce de la noche empezamos a sentir un ruido inconfundible para nosotros: el golpeo de la máquina de ejercicios que usaba Sergio Andrés.

Pensamos que era nuestra hija Bernardita que estaba haciendo gimnasia y sin decirnos nada nos levantamos y fuimos a verla a su dormitorio, donde descubrimos que ella dormía profundamente. Subimos al segundo piso y había una paz impresionante en la pieza de Sergio Andrés. Con Lidia lloramos abrazados y no quisimos buscarle una explicación a esa evidente visita de nuestro hijo. Después pensé que él quería decirnos a los dos unidos que no siguiéramos sufriendo, porque él estaba bien.

Al principio del duelo nos acompañábamos bastante con Lidia, pero en los años siguientes yo empecé a aislarme y la comunicación se fue perdiendo. Lidia entró a Renacer y allí encontró un sentido a su dolor, pero nosotros nos fuimos distanciando. Incluso recuerdo que la primera vez que fuimos a Renacer y nos presentamos al grupo, Lidia habló de su hijo, no del nuestro. Yo me sentí excluido como padre y no quise volver más a esas reuniones.

Lidia es más fuerte que yo. No recuerdo haberla visto llorar, mientras yo lloraba tanto. Era tanta la ayuda que yo necesitaba, que me acerqué a un sacerdote, el que finalmente me reconcilió con Dios. Hoy rezo diariamente y el primero que está en mis oraciones es Sergio Andrés. Quiero creer con todas mis fuerzas que en la otra vida me voy a volver a encontrar con mi hijo, con el que he soñado muchas veces. No todos esos sueños han sido bonitos. Hace poco lo soñé chiquito de cinco años y cuando lo tomaba en mis brazos se moría. Desperté sollozando, sin poder contener la angustia. Tres años después de la muerte de Sergio Andrés grabé un disco de boleros, cuyo tema principal era una canción llamada *Mi ángel de la guarda* que se la dediqué a él y las ganancias a Renacer.

Han pasado ocho años desde la muerte de mi hijo, y el dolor separó mi vida de la de Lidia: en alguna parte de ese largo

MUERTE POR INMERSIÓN

camino no supimos darnos el abrazo que necesitábamos, ni la palabra de consuelo, y aunque vivimos juntos, estamos muy lejos de ser una pareja unida. He luchado todos estos años por salir adelante, pero todavía no encuentro la medicina que atenúe mi dolor. La angustia de la ausencia física de Sergio Andrés va y viene. Producto de esa angustia nunca he podido dejar los medicamentos. Gracias a ellos me sostengo relativamente estable.

Todo el amor que tengo todavía por dar se lo doy a mis dos nietas, a las que adoro, y espero también que algún día la muerte, a la que ya no temo, me reencuentre con mi hijo para lograr esa paz que desde que él se fue no he podido encontrar”.

Luis Alexis

Testimonio de Luis

Durante mucho tiempo, cada vez que me paraba frente a una piscina que tenía que limpiar me paralizaba. Vela a mi hijo pateando, estirándome la mano diciéndome: "Papá, ayúdame, ayúdame a salir".

“Yo trabajaba con Katy, mi señora, en la mantención de piscinas. Durante el día, mi cuñada de dieciséis años se quedaba cuidando a nuestros dos hijos pequeños, Gabriel y Luis Alexis. Siempre le dijimos a Claudia que mientras no estuviéramos dejara de lado los quehaceres de la casa y se concentrara en los niños. Nos preocupaba especialmente Luis Alexis, que tenía un año y cuatro meses, porque sabíamos que él era inquieto y muy despierto. Habíamos descubierto que era capaz de abrir las puertas aunque estuvieran con llave. Y las abrió. Luis Alexis murió ahogado en nuestra propia piscina el 12 de Enero de 1994.

Ese día salimos a trabajar como siempre con mi señora, aunque esa mañana estando ya en la camioneta, ella me dijo que no quería acompañarme. Detuve el vehículo para que se bajara, pero se arrepintió de quedarse en casa porque había mucho trabajo y no quiso dejarme solo. Alrededor de las tres de la tarde pasamos por la oficina de la empresa para la cual trabajábamos y me tenían el mensaje de que me fuera inmediatamente a la casa

porque nuestro hijo menor había tenido un accidente en la piscina.

Yo tenía una de esas viviendas básicas que entrega el gobierno, con un patio pequeñísimo, pero aun así les había puesto a mis hijos una piscina de fibra de unos dos metros de diámetro por setenta y cinco centímetros de profundidad. Como el patio era tan chico no se le podía poner reja de protección, pero para salir al patio había que abrir dos puertas que estaban permanentemente con llave.

Desde que recibí la noticia del accidente, mi vida cambió. Lo primero que pensé fue que mi hijo se había muerto, lo presenté. Mi señora, en cambio, durante todo el camino a casa me iba diciendo que el niño estaba bien, y aunque yo le daba la razón, seguía pensando que estaba muerto; que ya no había nada que hacer. Cuando llegamos a la casa nos dijeron que se habían llevado al niño al hospital. Luis Alexis estaba en la UTTI (Unidad de Tratamientos Intensivos) y no nos dejaron verlo. Recién cuando los médicos conversaron con nosotros mi señora se dio cuenta de que nuestro hijo estaba grave. Me acuerdo que le dije a Katy: que sea lo que Dios quiera, pero esto lo veo muy mal. Los médicos nos dijeron que las probabilidades que el niño se salvara eran muy escasas, porque había estado más de diez minutos bajo el agua y con la demora del traslado el niño había permanecido más de media hora sin oxígeno, lo que significaba que si vivía el daño sería irreversible.

Estuvimos toda la noche en el hospital con nuestro hijo agonizando. Fue tan angustiosa esta situación, que hasta perdí la noción de dónde había dejado estacionada mi camioneta. Los médicos nos dijeron que ojalá Dios se llevara a nuestro hijo, porque si no él iba a ser una planta, una plantita que quizás no íbamos a saber cuándo regarla, cuándo darle lo que necesitaba. Nos

dijeron que era preferible que Dios se acordara de él antes de que gastáramos lo que no teníamos, porque igual íbamos a terminar perdiendo al niño. Para uno como papá y mamá es muy fuerte que le digan una cosa así, porque lo único que se desea es que el hijo esté bien y a nuestro lado. Además teníamos tan vivo el recuerdo de la noche anterior, la última que estuvo con nosotros. Él dormía en nuestra cama, y esa noche se cansó de darnos besitos, se cansó de despedirse. Le daba un beso a Katy y luego uno a mí hasta que nos quedamos dormidos. Al otro día ya no estaba con nosotros, Luis Alexis había muerto.

Mientras el niño estaba en el hospital fuimos a dos iglesias para que le prestaran ayuda religiosa, pero ninguno de "los curas" con los que hablamos quiso ir a verlo, a pesar de que les dijimos que nuestro hijo se estaba muriendo y que lo único que queríamos era que rezaran por él. Eso me gatilló un odio grande contra la religión, no quise saber nada más de Dios, y hasta el día de hoy me cuesta entrar a una iglesia. Espero que el tiempo me permita olvidar ese rencor. Sé que Dios existe, pero lo llevo muy dentro de mí. Pienso que no es necesario ir a una iglesia para creer en Él. Creo que eso va en el corazón de cada uno.

De las cosas que me arrepiento es de no haberme despedido de mi hijo cuando los médicos nos avisaron que se estaba muriendo. No sé por qué no me atreví a entrar, pero creo que era el miedo que me producían todas esas máquinas a las que estaba conectado. Es tanto el dolor que me produce el recuerdo de esa maldita máquina, que no puedo andar con un celular en el bolsillo, porque su sonido me la recuerda.

Era terrible también tener que pensar en cosas como el entierro o el ataúd mientras el niño todavía estaba vivo, pero Katy me preguntó con cuánto dinero contábamos: quería saber qué tipo de ataúd le íbamos a poder comprar a nuestro hijo. Yo le dije que

ni el más caro ni el más barato, sino un término medio porque teníamos que ser realistas, no podíamos endeudarnos. Cuando el niño falleció nos dividimos los trámites y ella se fue con una cuñada a comprar el ataúd, lo cual fue horrible. Era como ir a una feria donde a uno le empiezan a ofrecer el ataúd en que vas a enterrar a tu hijo como si fuera un saco de papas. ¿Acaso esa gente no se imagina siquiera por lo que uno está pasando? Mi señora llegó muy mal a la casa después de esa experiencia.

Cuando Luis Alexis murió yo me quedé en el hospital, porque el médico me dijo que si quería aprovechar de estar más con él, yo lo llevara a la morgue. Me lo pasaron envuelto en una sábana y una ambulancia me llevó a ese lugar. Llevaba a mi hijo abrazado y aproveché ese momento para despedirme de él. En la morgue me dijeron: "Desenvuélvelo y ponlo en esa bandeja, abre ese refrigerador y colócalo ahí". Yo lo único que hacía era llorar y abrazar a mi hijo, y el hecho de sacarlo del abrigo de la sábana, ponerlo en una bandeja y meterlo en un refrigerador al lado de otros muertos fue algo horrible. Todavía no sé cómo lo resistí, ese cuerpo tan pequeño al lado de esos otros, y ponerlo, dejarlo ahí... Pero como todo en este mundo funciona por contactos, tenemos una conocida en el hospital Sótero del Río que consiguió que lo sacaran de la morgue y lo llevaran ese mismo día al Instituto Médico Legal. Así fue como afortunadamente alcanzó a estar muy poquito en ese refrigerador, helándose. Yo mismo lo saqué de esa bandeja y lo puse en la otra en la que lo trasladaron. Después me quedé perdido, deambulando en la morgue, hasta que me encontró un muy buen amigo y me llevó a casa.

Al día siguiente tuvimos que enfrentar nuevamente algo terrible: ir a reconocer el cuerpo al Instituto Médico Legal. Nos entregaron sus ropitas y una moneda de cien pesos que yo le había puesto en el bolsillo por si se podía comprar algo en el cielo

o en donde estuviera mi hijo, que pienso tiene que ser un lugar muy lindo. Llegamos a la casa con el niño para velarlo, y al día siguiente fueron los funerales. Fue mucha gente, todos mis amigos y mis jefes. No recuerdo mucho lo que yo sentía, pero sí que Katy estaba más serena que yo. Mi hijo Gabriel no asistió al entierro porque la familia no lo consideró apropiado, aunque yo no estuve de acuerdo. En la casa, mientras lo velábamos, lo tomé en brazos y le mostré que su hermanito se había quedado dormido y le expliqué que se iba a ir al cielo, que no iba a volver más. Nunca se le ocultó la verdad y se le dijo que Dios necesitaba a su hermanito arriba y por eso él había cerrado los ojitos, y que en esa caja blanca Dios iría a buscarlo allí donde lo tuvimos que enterrar. Pienso que hicimos lo mejor. Gabriel se quedó con esa idea de que a su hermano se lo llevó Dios, pero en su mentalidad de niño no podía entender bien lo que significaba la muerte y por lo mismo pensó que Luis Alexis volvería desde el cielo a jugar con él. Años después llegó a nuestras manos un libro que se llamaba *Goritas de Luz* y que hablaba de un niño que se moría y que se convertía en una estrella brillante. Hasta hoy Gabriel, de once años, y su nuevo hermano Luis Bastián de cinco, creen que la estrella más luminosa del cielo es su hermanito. Luis Bastián, llegó un año y cuatro meses después de la muerte de Luis Alexis. Ese niño fue un regalo de Dios porque llenó en parte el vacío que sentíamos.

La situación más crítica la enfrentamos en el cementerio. Sin plata no se hace nada y la verdad es que no teníamos dinero para comprarle al niño una tumba permanente. No queríamos por ningún motivo que lo tiraran a los patios, no podíamos resistir eso. Afortunadamente recibí la ayuda de la empresa y con los pocos fondos que me quedaban pude comprar una tumba familiar y aunque me endeudé por un año, dejé a mi hijo en un lugar

donde nadie lo va a mover y donde algún día estaremos todos juntos.

Volvimos a la casa después del entierro, y esa primera noche entraron a robar. Encima del dolor grande que uno tiene por haber sepultado a un hijo, para colmo hay gente que se aprovecha de esa situación. Días después del entierro viajamos por una semana al sur a la casa de mis padres en Puerto Varas. Queríamos pensar que todo lo que había pasado era una pesadilla, que nuestro hijo estaba vivo y que aún dormía con nosotros. Como papás quedamos truncos, nos quedamos con tanto amor pendiente. El dolor de la pérdida de Luis Alexis nos dejó sin poder percatarnos de lo obvio, sin poder darnos cuenta de que todo ese amor que nos sobraba podíamos dárselo a nuestro otro hijo. Pero lo cierto es que nos olvidamos de Gabriel. No pensamos que él podía estar sufriendo y en que nos necesitaba más que nunca.

Ahora nos cuenta que su hermanito llegaba a jugar con él a pesar de saberlo muerto. Hasta yo lo sentía a veces subir las escaleras con sus pasitos pequeños y detenerse a los pies de la cama, pero cuando encendía la luz por supuesto no había nadie. Muchas veces era el mismo Gabriel que se había venido a nuestro dormitorio.

Durante el primer año, tanto yo como mi señora vivíamos todo el tiempo con una sensación de angustia y no entendíamos lo que nos estaba pasando. Llorábamos juntos, pero Katy lloraba más. Cada vez que yo llegaba a la casa ella estaba llorando y durante los primeros meses la casa estaba desordenada, todo sin hacer y Gabriel ignorado, viendo televisión, porque ella le hacía sólo lo básico. Nuestra mente estaba en otro lado y a Gabriel no lo veíamos.

El hecho de que mi hijo hubiera muerto ahogado era una tortura permanente para mí, puesto que a la semana siguiente me

tuve que enfrentar de nuevo a las piscinas. Cada vez que me paraba frente a una me quedaba estático, paralizado, sin poder hacer mi trabajo. No podía evitar la visión de ver a mi hijo pateando en el agua, pidiéndome auxilio, estirándome la manito diciéndome: "Papá, ayúdame, ayúdame a salir..." Esa imagen me duró meses. Sentir a mi hijo cómo pataleaba en el agua y no poder hacer nada por él. Y me echaba a llorar y los clientes me mandaban de vuelta a la casa, postergando el trabajo para otro día. Pero la verdad es que no me interesaba el trabajo ni nada, yo no quería vivir. Pero tenía la responsabilidad de mi otro hijo, y la de Katy. Ella me había dicho varias veces que se iba a matar con Gabriel, por lo que yo la llamaba por teléfono a cada rato para saber si estaba bien. Muchas veces me tuve que volver a la casa porque ella apenas me contestaba. Yo estaba viviendo mi propio calvario en las piscinas de mis clientes, y al mismo tiempo vivía con la angustia de que la Katy se matara con mi otro hijo.

Yo también lo intenté. En dos oportunidades en esos largos trayectos que tenía que recorrer en mi trabajo, le tiré la camioneta a vehiculos grandes con la intención de matarme. Todavía no me explico cómo no me pasó nada. Me acuerdo que una vez que dó la camioneta atravesada en medio de la calle. Me insultaron mucho, me trataron de loco, pero a mí no me interesaba lo que me decían.

Como secuela de lo que nos pasó, a mi señora le costó tres años volver a meterse al agua, bañarse en un lago le daba terror. Ella fue como una pintura colgada de la muralla durante por lo menos un año. No salió nunca más al patio, le tenía miedo a la piscina. Luego de ese primer año empezamos a darnos cuenta de que habíamos vivido por vivir, que habíamos dejado que el tiempo pasara porque sí y que estábamos muy alejados de Gabriel, al que le vino una enfermedad a la piel que le provocó una tremenda herida en la planta

del pie y si no es por el colegio que nos mandó llamar nosotros no nos hubiésemos dado cuenta, porque Gabriel tampoco se quejaba. Tres años después del accidente descubrimos que nuestro hijo tenía serios problemas de lenguaje en el colegio. A pesar de que era tan chiquitito, Gabriel se culpó de la muerte de su hermano, porque creía que él era el responsable de cuidarlo. Aunque le explicamos que no era verdad, el niño cargó esa tremenda culpa por mucho tiempo.

Estuvimos durante años muy mal, hasta que un día mi señora me dijo que se había contactado con el grupo Renacer por un programa de televisión. Asistimos a un primer encuentro y fue como algo iluminador. Esas personas fueron nuestros salvadores. Al principio en las reuniones tanto yo como mi señora sólo llorábamos, no hablábamos nada, no podíamos hacerlo de tanta pena que nos daba enfrentar lo que nos había pasado. Ahora, después de seis años, no sólo puedo hablar de mí, sino que creo que hasta puedo ayudar a otros. Renacer nos permitió conocer gente con la cual se habla el mismo idioma, que no entendía, que nos podía dar una respuesta, que nos podía consolar de verdad porque ellos también habían pasado por lo mismo. Darse cuenta que uno no está solo es muy bueno y en un congreso de Renacer en Argentina al que tuvimos la oportunidad de asistir, comprendí que para este dolor no hay fronteras ni razas ni diferencias económicas, que todos los padres sienten lo mismo.

Cuando uno pierde a un hijo el acercamiento sexual es difícil. Recuerdo haber tenido sólo una relación sexual en muchos meses, aquella en la que mi señora quedó embarazada. Me he dado cuenta en las reuniones de Renacer que ese es un tema tabú, y aunque en los hombres se mantiene el deseo sexual, no es fácil acercarse a la pareja. Katy no sentía ningún interés y yo la respetaba. Pensaba que algún día eso tendría que cambiar, pero que por el momento tenía que aceptar las

condiciones porque no podía pasarla a llevar. En el fondo, Katy se sentía culpable de sentir placer en un momento en el que sólo debe existir dolor.

También comprendí en Renacer que el hombre y la mujer viven el duelo de diferente manera. El hombre se quiere hacer el fuerte, pero por dentro está tan destruido como la mujer. Yo sentía que debía preocuparme de Katy, y de hecho me preocupé demasiado de ella, me olvidé de mí. No sabía que también yo tenía que vivir el duelo, y lo empecé a vivir mucho después, cuando ya estaba en Renacer. Me vinieron unas pataletas tremendas, saqué todo lo que tenía guardado por tanto tiempo.

La angustia y la rabia me duraron varios años, sobre todo la rabia contra mi cuñada a la que culpaba por lo que había pasado. Ella le contó a mi mujer que ese día estaba ordenando la ropa en el segundo piso con la música puesta a todo volumen y no se percató que Luis Alexis había abierto las puertas y salido al patio. De hecho, fue Gabriel quien encontró a su hermano en la piscina y subió a avisarle. Pero a mí ella nunca me dio una explicación, me ignoró como papá, le pidió perdón a mi señora, pero a mí ni siquiera me miraba. Lo único que yo quería era que Claudia me dijera que lo sentía y que me hubiera contado cómo ocurrirían las cosas.

En Renacer me dieron un plazo para que yo hablara con mi cuñada, porque la rabia me estaba destruyendo. Además esa rabia hacia Claudia me trajo serios problemas en mi matrimonio, porque Katy estaba muy apegada a ella y siempre le daba la razón en contra mía. Llegué a decirle a mi señora que eligiera entre su hermana y yo. Como esa situación no podía seguir, además del hecho de que para poder ayudar a otra gente en Renacer yo tenía que mejorarme de esa rabia, una tarde la enfrenté. Necesitaba que me dijera a mí cómo habían ocurrido los hechos y que

supiera que yo también importaba como padre, que yo merecía una explicación y que sólo ella podía dármela. Después de hablar con Claudia sentí mucho alivio. Pero debo ser sincero y confesar que cuando ella tuvo un hijo, volví a sentir mucha bronca contra ese niño y aunque yo sé que el bebé no tiene culpa, no puedo quererlo. Parece que pienso que ella no merecía tener ese hijo porque era responsable de la muerte del mío. Incluso sentí dolor de ver a ese niño vivo mientras el mío estaba muerto. Llegué a desear incluso que lo tuviera y que después se le muriera.

Yo no conocía esas facetas de mi carácter, no sabía que era capaz de ser tan duro, de sentir tanto odio. De hecho no me importaba nada si a mi cuñada le ocurría algo malo, incluso hubiese podido alegrarme por eso. Yo quería vengarme de ella por lo que le había pasado a mi hijo.

El grupo Renacer me ha ayudado a ir superando todos esos problemas. He podido sacar de mi corazón el odio, la rabia y el rencor hacia mi cuñada. Hoy estoy tratando de recomponer esa relación. También en Renacer pude encontrarle un sentido a la muerte de Luis Alexis. Pienso que mi hijo nos dejó la misión de ayudar a otras personas.

Mi relación con mis niños también está marcada por la muerte de Luis Alexis: aprendí a decirles 'te quiero', a darme cuenta de que de mí depende la buena relación que tengamos. Hoy aprovecho a mis hijos al máximo, comparto muchas actividades deportivas con ellos. De hecho Gabriel es campeón de natación de su colegio y sale a correr conmigo hasta 38 kilómetros en un día. Durante las vacaciones nos vamos a acampar, porque me gusta mucho el contacto con la naturaleza, pienso que no hay nada más sagrado y que existe un Dios sólo porque creó algo tan perfecto como las montañas y los ríos. A ellos les he inculcado el amor y el respeto por la naturaleza. Jamás botan un papel al suelo porque

saben que yo tampoco lo hago. Esto lo aprendí de mis padres. Si bien provengo de una familia humilde en cuanto a recursos económicos, en ella aprendí a valorar y cuidar el entorno, a respetar al prójimo y a entender que el matrimonio es la base de la familia. Si hay amor, tener más o menos dinero no influye en la felicidad.

Soy el segundo de tres hermanos, el más bajo y el más delgado, y me vine a los 14 años a estudiar a Santiago a un colegio técnico en el que me titulé como Técnico en máquinas y herramientas. Comencé muy joven a trabajar en piscinas, y lo hice desde abajo, haciendo excavaciones con la pala, chuzo y picota. Nunca le hice el quite al trabajo. Si había que limpiar baños lo hacía, y nunca sentí que me rebajara por eso, al contrario. Pude progresar justamente por esa disposición que mis jefes supieron apreciar.

Superé varias etapas en esa empresa hasta llegar a ser jefe del servicio técnico y terminé siendo contratista. Trabajé durante dieciséis años en esa empresa, hasta la muerte de Luis Alexis. Actualmente construyo y mantengo piscinas en forma independiente, lo que me ha permitido progresar económicamente. Incluso nos compramos una casa nueva, lo que nos ayudó a volver a la normalidad, porque mi señora no soportaba seguir viviendo en el mismo lugar que había compartido con Luis Alexis.

La muerte de mi hijo me cambió para bien. Hoy me conviene todo, soy mucho más sensible al dolor ajeno. De hecho muchas noches salgo a reparar café y pan a vagabundos que duermen en los carros de los trenes. Ahí uno se da cuenta que hay gente que necesita tanto.

Hoy somos una familia bien feliz y pienso que después de haber perdido a mi hijo soy capaz de enfrentar todo. ¿Qué cosa peor nos puede pasar?

MUERTE POR HOMICIDIO

Cuando un niño o un adolescente muere asesinado, el miedo, la angustia, la desesperación, la vulnerabilidad, la rabia, la culpa y el dolor se apoderan de los padres y amenaza con destruirlos psíquica y emocionalmente. Es acaso el duelo más difícil de resolver, por la violencia de las circunstancias, la que desata fuertes fantasías de venganza, reparación y culpa exacerbados por pensamientos obsesivos del sufrimiento que pudo haber tenido el hijo previo a su muerte. El impacto se entremezcla con odio hacia el homicida, preocupación por el juicio y la sanción, aunque conscientemente los padres saben que ningún castigo les devolverá a su hijo.

En estos casos, el proceso de duelo se ve agravado por una serie de intrusiones ajenas a la familia, como por ejemplo los medios de comunicación, la policía, los abogados que buscan evidencias, información, testimonios, quitándoles de esa forma su privacidad y derecho a llorar su pérdida en la intimidad.

Un dolor tan profundo pasa a ser de dominio público y lamentablemente la mayoría de las veces es tratado con poca delicadeza y falta de respeto hacia la familia que atraviesa momentos de gran aflicción.

La psicóloga Isa Fonnegra dice que "el homicidio viola todos los principios fundamentales que nos han enseñado desde pequeños: el respeto a la vida, la no agresión y el maravilloso

poder del diálogo como instrumento de conciliación que reemplaza a la violencia. Frecuentemente, los dolientes sienten la necesidad de vengar a su ser querido, para así al menos honrar su memoria. La sensación de que el mundo, antes seguro y confiable, es ahora peligroso, genera en las víctimas terror y la angustia de estar también en peligro”.

Víctor

Testimonio de Karen

*Nuestro niño se guardó en un cajoncito en nuestras mentes,
ya que nuestro primer objetivo era encontrar a los culpables
de tan horrendo homicidio.*

Antes de conocer el testimonio de Karen quiero contarles que ella es una de las personas más maravillosas que he conocido: es un ejemplo de que es posible seguir viviendo con esperanza y sobrevivir al dolor de perder a un hijo a pesar de las trágicas circunstancias de su muerte.

El homicidio de Víctor fue durante largo tiempo noticia de primera plana en todos los medios de comunicación, y las especulaciones que se hicieron en torno al “caso” añadieron más dolor a la tragedia. Meses después que la justicia resolviera el crimen, Karen viajó a Estados Unidos, donde asistió a las reuniones del grupo de ayuda a padres en duelo, *The Compassionate Friends*. A su regreso se convirtió en el motor decisivo que hizo posible que en Chile existiera una entidad de apoyo para padres que han perdido a sus hijos. Es actualmente la presidenta de Renacer y su sencillez, su carisma, su generosidad, su tenacidad y su alma bondadosa, la han convertido en un ejemplo para muchos padres que se inician en el largo proceso de cicatrización del alma.

Antes de la muerte de Víctor éramos muy, muy felices. Sin embargo, no lo reconocía o no lo apreciaba como tal, ya que siempre existían pequeños motivos para estar disconforme. Mi familia estaba compuesta por Claudio, mi marido, yo y nuestros cuatro hijos: los dos primeros hombres nacieron en Chile antes de trasladarnos a vivir a Estados Unidos, donde estuvimos siete años, y los otros dos, mi “niña preferida” y mi “conchito” llegaron después de nuestro regreso de ese país. Éramos felices porque nuestra familia era muy normal, acomodada y con cuatro hijos maravillosos, sanos e inteligentes.

El más pequeño de la familia era Víctor o “Vítoco”, como le decíamos con cariño. Muchas veces dicen que los padres tienden a idealizar al hijo que ya no está presente. Sin embargo, nadie de la familia podría encontrarle defectos a ese niño. A pesar de su corta edad, tenía condiciones extraordinarias para el deporte, la música,—el piano era su instrumento favorito—, y el estudio. Pero por sobre todo, Víctor era un niño tierno y cariñoso al que todos querían. Al vivir tan solo nueve años, nunca conocimos el lado difícil o complicado que puede aparecer en la edad de la adolescencia o juventud. Como mamá tuve una relación muy estrecha con él. En realidad, los dos más chicos eran mis regalos los últimos años, ya que los dos mayores eran jóvenes adultos. Fui una mamá muy preocupada y compartía todo con ellos puesto que tuve la oportunidad de dedicarles tiempo y cariño. Este hecho me ha ayudado enormemente a no sentir culpas como suelen tener algunos padres que, por motivos muchas veces de trabajo, no tuvieron ese tiempo para sus hijos y ya no lo pueden recuperar. La herencia que dejó nuestro hijo Víctor ha sido un recuerdo de amor y ternura, y un vacío enorme y el dolor desgarrador de no tenerlo a nuestro lado.

Me cuesta mucho recordar cómo ocurrió la muerte de Víctor, ya que las imágenes se suceden en forma desordenada y no me resulta fácil ordenar las ideas. Sin embargo, jamás podré olvidar ciertos detalles: están grabados en mi memoria como si fueran un flash fotográfico pero sin una secuencia total de los hechos ya que hay momentos y circunstancias en blanco.

Recuerdo perfectamente aquel 31 de diciembre de 1992, cuando el segundo de nuestros hijos, Alejandro, nos despierta y nos mira con horror diciéndonos: “¡Algo le pasó al Vítoco!” Inmediatamente se apoderó de mí y de mi marido un miedo como nunca antes habíamos sentido en nuestras vidas. Era demasiado terrible lo que inconscientemente se anunciaba: mi pequeño hijito estaba tendido sobre la cama sin vida, y yo obedecía las órdenes de Claudio para tratar de reanimarlo. Los minutos se detuvieron y no tengo noción del tiempo transcurrido. Era demasiado espantoso lo que estaba sucediendo. Recuerdo que nos fuimos inmediatamente a una clínica donde nos confirieron muerte por causa violenta. Es decir, nuestro hijito había sido asesinado.

El *shock* era demasiado grande. Ni siquiera fui capaz de darle un beso de despedida a Víctor. Mi marido sí lo hizo y regresamos urgentemente a casa ya que habíamos dejado sola a nuestra hija Catalina y a su nana, la Anita. El horror, el miedo a toda esa situación es indescriptible, y me resulta tremendamente difícil volver a enfrentarla cuando debo hablar sobre ella...

¿Qué pasó? ¿Qué enemigo había sido capaz de cometer un hecho de tal magnitud?

Dos meses después de la muerte de nuestro hijito, conocíamos la realidad.

Durante esas primeras horas y en los días siguientes a la muerte de nuestro hijo, sólo fuimos capaces de ejecutar ciertas

tareas, como por ejemplo decidir sobre el funeral, la sepultura y hablar con parientes y amigos.

Nuestro caso era un homicidio, y como tal fuimos sometidos a largas horas de interrogatorios e investigación por parte de la justicia. Nuestro niño "se guardó en un cajoncito en nuestras mentes", ya que nuestro primer objetivo era encontrar al o los culpables de tan horrendo asesinato. Durante esa primera etapa lo que más recuerdo es el miedo pavoroso de lo acontecido, la negación de los hechos, la confusión mental y un dolor horrible en mi corazón, que más tarde fue atribuido a la ansiedad extrema, ya que no existían problemas físicos que lo produjeran. Recuerdo también la necesidad en un comienzo de permanecer unidos físicamente en familia, y de rezar, algo que no hacíamos normalmente en nuestras vidas. Sentíamos la necesidad imperante de buscar ayuda divina, buscar a Dios, suplicar explicaciones a Él y buscar a Víctor en otra dimensión. Todo era muy confuso, tremendamente agotador y agobiante.

Dos meses después de la muerte de Víctor, a principios de marzo de 1993, nuestro caso judicial se resuelve. Cuatro delincuentes con fuerte prontuario policial ingresaron a nuestra casa con el fin de robar, armados y dispuestos a todo. Uno de ellos, Cupertino Andaur, asesina a nuestro hijito al interponerse éste en el camino. Nuestro niño había sido demasiado valiente y había dicho: "¿Quiénes son ustedes, qué hacen aquí?" Esta ha sido la más cruel de las ironías, ya que Claudio, mi marido, es famoso por su fuerza, y no cabe duda que de haberlos escuchado los habría derrotado o habríamos muerto nosotros, como corresponde, para defender a nuestros niños. Simplemente no tuvimos la oportunidad de despertar aquella noche, ya que dormíamos en otro sector de la casa y no sentimos lo que estaba ocurriendo.

¿Sería acaso el destino? Eso me lo cuestioné durante años. Ahora debo admitir que el aceptarlo como tal, proporciona cierta paz en mi alma.

Al resolverse el crimen, el dolor más agudo del corazón desaparece. En ese momento se presenta, en primer plano, el niño que había estado "guardado en nuestras mentes"... Poco a poco voy asumiendo la realidad. Me doy cuenta de que el milagro de la "reaparición" no es tal: nunca más, en este mundo, podré ver a mi hijo. La añoranza es horrible y quiero besarlo, tocarlo, sentirlo. El recuerdo que tengo de este tránsito es larguísimo: meses y años caminando por el sendero del dolor más profundo que el ser humano pueda imaginarse. Para lograr sobrevivir debo someterme a tratamiento psiquiátrico con fuertes antidepresivos, ya que no era capaz de levantarme. Sólo lograba dormir con potentes somníferos y ansiolíticos e incluso en una época no fui capaz de ingerir alimentos.

Siempre había sido una persona emocionalmente fuerte y no sabía lo que era una depresión. Sin embargo, la muerte de mi hijo me derrotó por completo. Usaba la poca energía que me restaba en ir al cementerio, donde pasaba largas horas al lado de la tumba de mi niño. La negación, el tiempo detenido, la sensación de que iba a "estallar" o de que me estaba volviendo loca son las cosas que más recuerdo de esa etapa.

El mundo siguió su curso, pero mi familia estaba destruida. Cada uno trataba de sobrevivir en forma independiente, a su propio ritmo, ya que nadie era capaz de ayudar o apoyar a otro con tanto dolor. Aparecieron los sentimientos de culpa, de rabia, de impotencia y frustración que manifestábamos de distinta manera y a distintos tiempos.

En el caso de muerte por homicidio la rabia y la impotencia es incontrolable y existe una sed de venganza personal y

continua en contra de los criminales. Existe también muchísima frustración con la justicia, especialmente por su lentitud y su aparente ineffectividad.

Es en esta etapa de mi vida, a fines de 1993, cuando nos reunimos en una sala de un colegio alrededor de 20 padres en duelo para compartir experiencias y sentimientos, y es ahí donde me doy cuenta por primera vez que se repiten patrones de conductas muy similares en todos los padres, y que lo que yo había experimentado era similar a lo que otros habían vivido. No puedo evitar recordar que en esa reunión conocí a Susana, quien con su sonrisa y sus palabras de aliento me ayudó a seguir adelante en la vida, y fue uno de mis ejemplos de fortaleza en los momentos más críticos de mi existencia. Personas como ella son las que me apoyaron en el proceso de la cicatrización del alma y en lograr nuevamente el incentivo de volver a vivir con esperanzas. Con el apoyo de Renacer inicio un lento camino, muy largo y doloroso, para tratar de llegar a cierta "normalidad".

Nuestro caso judicial llega a su fin tres años después de la muerte de nuestro querido Víctor. La Corte Suprema sentencia al criminal Cupertino Andaur, quien es condenado a pena de muerte, y a los otros tres criminales a penas de veinte años de presidio. Sin embargo, el entonces presidente de la República, don Eduardo Frei, otorga el indulto presidencial, y Andaur es condenado a presidio perpetuo. Esto cerró un capítulo que fue muy importante completar, pero la pena y el dolor de no tener a nuestro hijito presente será algo que cargaremos toda la vida.

La tarea era seguir viviendo y reconstruir lo que nos quedaba de vida por el bien de nosotros mismos y de nuestros otros hijos, tan amados y queridos como nuestro pequeño Víctor. Pero después de su muerte mi familia cambió totalmente y para siempre.

Muchas veces me he preguntado: ¿cómo sería nuestra vida si "Vítoco" estuviera con nosotros ahora, si todo hubiese continuado como antes? Es fácil imaginarse esa situación, donde los problemas cotidianos a veces parecen tan grandes. Definitivamente habríamos sido muy felices, sin quizás apreciarlo. Pero la realidad es otra, y no podemos retroceder el tiempo aunque quisieramos, y como tal, todos en esta familia cambiamos de fondo.

Mi vida se transformó en un antes y un después de la muerte de mi hijo. Lentamente he comprendido que después de la muerte de Víctor he podido valorar las pequeñas grandes cosas que antes no me eran tan significativas: el abrazo y la caricia del momento. He sabido también comprender el dolor ajeno por la experiencia de pasar por el mío propio. Dicen que el dolor "hace crecer", aunque a veces tengo mis dudas. Aunque fuera así, el precio es demasiado alto, y no titubeo al pensar que gustosamente cambiaría todo lo ganado por volver atrás y ser nuevamente una persona ignorante de alma.

Uno de los miedos que compartimos en familia es la continua amenaza de la muerte de otro miembro de ésta... Ya conocimos la fragilidad de la vida. La sombra de la muerte amenaza continuamente. Esto nos convierte en padres muy sobreprotectores, lo que dificulta enormemente la vida familiar, ya que el miedo y el terror nos impide vivir tranquilos y dejar vivir...

He ganado en libertad ya que hoy no me da miedo mi propia muerte, aunque no deseo morir. Es un gran alivio no tener ese temor. He aprendido a disfrutar el presente, a no planificar tanto el futuro, quizás porque pienso: ¡para qué tantos proyectos cuando en unos pocos segundos se puede desmoronar todo!

Han pasado siete años desde la muerte de Víctor y él siempre, siempre estará vivo en mi corazón. Su ausencia ya no me duele tanto, aunque a ratos me invade la nostalgia. Tengo la

certeza de que lo que me queda de vida tengo que recorrerla
“con la mochila a cuestas...”

Nuestro pequeño niño permanecerá por siempre en nuestras vidas. Él existió, fue una realidad que nos dejó muchas lecciones, pero por sobre todo el amor de aquel niño de sólo nueve años: mi pequeño Peter Pan, aquel niño que nunca creció, de *Las Tierras del Nunca Jamás*, del conocido cuento inglés y que sólo pueden ser vistos o visitados por otros niños pequeños como eran Wendy y sus hermanitos.

LA MUERTE POR SUICIDIO

Estadísticas mundiales hablan de que el suicidio de personas jóvenes ha crecido más de un 300% desde 1950. Sólo en los Estados Unidos, se producen cerca de 35.000 por año, de los cuales 5.000 corresponden a jóvenes de entre 15 y 24 años y se registran anualmente más de 250.000 intentos de suicidio. Es la tercera causa de muerte en los jóvenes y la sexta en los niños de entre 5 y 14 años. También en Argentina ha aumentado notablemente este índice. Hace 25 años uno de cada 10 suicidas tenía menos de 18, mientras que hoy uno de cada 4 suicidios es protagonizado por un menor de 18 años.

En Chile, si bien no se puede hablar con exactitud del número de suicidios ya que no existe un sistema de registro sobre muertes autoinfligidas, es, al igual que en Estados Unidos, la tercera causa de muerte en jóvenes entre 15 y 29 años y se ha podido establecer que detrás de cada adolescente que se suicida existen otros ocho que han intentado quitarse la vida y muchos que han pensado en esa posibilidad para acabar con algún conflicto.

Las razones que llevan a un joven a tomar la determinación de suicidarse son múltiples: un intenso sentimiento de soledad, crisis existencial o económica, desesperación, angustia, temor, la perspectiva de un futuro incierto, falta de oportunidades, depresión, estrés, dudas sobre sí mismos, presión para lograr éxito, la escasa relación con los padres, la violencia involucrada en las

relaciones familiares, la pérdida o el divorcio de los progenitores, el uso y abuso de droga, fármacos y alcohol, y el suicidio de amigos cercanos o de familiares. Especialistas coinciden en señalar que la verdadera causa que lleva a un joven a quitarse la vida es un conflicto profundo interno y la desesperación. El 70% de los adolescentes utiliza como método el ahorcamiento y el 10% usa armas de fuego.

La psicóloga Isa Fommeira dice que para comprender al suicida es importante recurrir a una perspectiva diferente de la habitual, pues lo que nosotros llamamos suicidio es, en el fondo, un intento de la persona de salvarse a sí misma. ¿De qué se salva? De algo que para ella es mucho peor que la muerte: el tormento interior, la crisis interna, la desesperación que esa persona juzga en ese momento como insostenible. Lo que el suicida busca es aliviar su sufrimiento, anular los conflictos que le parecen insolubles o que se siente incapaz de resolver. El impulso suicida es inconstante: va y viene. Nadie es ciento por ciento suicida: un joven que hoy ve en el suicidio su única salida puede considerar días después esta idea como innecesaria, impensable, pavorosa. Cuando alguien se suicida, o intenta hacerlo, su campo de conciencia se estrecha. Es lo que se ha denominado visión de túnel: todo alrededor es oscuro y confuso, los estímulos externos—la madre amorosa, la esposa o novia suplicante, la hermana comprensiva, los hijos que lo necesitan—se excluyen de la conciencia y sólo permanece una imagen fija: la ventana, el revólver, el frasco de barbitúricos o la soga, y una obsesión que le dice “única salida”.

Otro mito muy divulgado es aquel según el cual quien de verdad desea suicidarse no lo dice, no lo deja notar, no lo anuncia. La psicóloga Isa Fommeira, lo desmiente. “Muchas personas que se quitan la vida lo hablaron, lo anunciaron y revelaron sus

intenciones sutil o abiertamente. Con algunas excepciones, la gran mayoría de los suicidios son concebidos y estudiados con anterioridad. Por ello, es muy importante que todo indicio o advertencia respecto de las intenciones de un joven deben tomarse en serio”.

Los padres tienen que buscar ayuda profesional cuando un hijo presenta uno o más de los siguientes síntomas y éstos persisten en el tiempo: cambios en los hábitos de dormir y de comer, retraimiento de sus amigos, de su familia o de sus actividades habituales, actuaciones violentas, comportamiento rebelde, escaparse de la casa, uso de drogas o alcohol, abandono poco usual en su apariencia personal, cambios pronunciados en su personalidad, aburrimento persistente, dificultad para concentrarse o deterioro en la calidad de su trabajo escolar, quejas frecuentes de dolor de cabeza y fatiga, poca tolerancia a los elogios o los premios y pérdida de interés en sus pasatiempos y distracciones. El adolescente que está contemplando el suicidio también puede quejarse de ser “malo” o de sentirse “abominable” y lanzar indirectas como: “no seguiré siendo un problema”, “nada me importa”, “esto me supera”. También puede ponerse muy contento después de un período de depresión. Al contrario de lo que la mayoría de los padres piensan, puede ser muy útil preguntarle al hijo si está deprimido o pensando en el suicidio. Esto no ha de “ponerle ideas en la cabeza”. Le indicará que hay alguien que se preocupa por él y que le da la oportunidad de hablar acerca de sus problemas.

La muerte de un hijo por suicidio provoca en los padres preguntas, dudas, temores y cuestionamientos muy dolorosos. Un documento de trabajo realizado por el grupo de autoayuda norteamericano *The Compassionate Friends* dedicado a padres que han perdido un hijo por suicidio, sostiene que es natural que los

padres se preguntan ¿por qué? Sin embargo, no hay una respuesta clara a esta pregunta y tampoco es probable que los padres la encuentren, ya que nunca hay un motivo que lo justifique suficientemente. Es muy importante aprender a lidiar con esta pregunta para dejarla de lado ya que puede convertirse en una obsesión que resultará muy destructiva para los padres y el resto de la familia. Constarar que el amor por el hijo no fue suficiente para salvar su vida, puede presentar en los padres sentimientos de impotencia o de fracaso, Sin embargo, no hay que olvidar que los padres le dieron a ese hijo lo mejor de sí mismos y lo que ese hijo hizo fue, en principio, su propia decisión, y hay que respetarla.

Los sentimientos de culpabilidad sistemáticamente saldrán a la superficie. Los padres se encontrarán más seguido de lo que imaginan repitiendo la frase: "...si sólo hubiera..." Es posible que los padres necesiten sentirse culpables por un tiempo, hasta que comprendan que no son responsables, que son humanos y que tienen limitaciones.

El resentimiento hacia el hijo también es una parte natural del trauma, que se expresa en la frase "...Cómo pudiste hacerme esto a mí, y cómo pudiste hacerme esto a ti mismo..." La autotrecriminación y el sentirse desvalorizados y fracasados como padres es muy dañino e interfiere en la iniciación del proceso del duelo. Ser pacientes consigo mismos, consultar un profesional si se necesita y expresar los sentimientos llorando o hablando ayudan a que la herida cierre.

Socialmente el suicidio ha sido considerado un acto negativo que tiñe a los padres y a la familia de vergüenza, estigma y culpa, por lo que la verdad se cubre con un velo de misterio y esto no les permite a los padres expresar abiertamente sus sentimientos de pena, dolor y frustración. Es necesario enfrentar la

palabra "suicidio" y no falsear la realidad dándole un carácter de "accidente". Asumir los hechos es muy difícil, no hay que angustiarse porque lleva tiempo. Lo que ayuda es que en lugar de concentrarse en todo aquello que rodea al "estigma" del "suicidio" los padres se concentren en su propia curación y supervivencia.

Por último, es de gran importancia recordar que el suicidio de un miembro de la familia puede tener una profunda influencia en otros integrantes de ella.

*Luis Patricio y
María Alejandra*

Testimonio de Rita

A un mes de quitarse la vida, mi hijo Luis Patricio cargaba una depresión muy intensa y dolorosa. Un año y tres meses después de su muerte, María Alejandra se colgó de la misma protección de fierro de la ventana donde había hecho el nudo su hermano.

“Mis dos hijos se quitaron la vida con un año y tres meses de diferencia. Nunca pensé que yo los sepultaría. Eso no es lo ‘normal’. El golpe fue tan inmenso que me desequilibró, no sabía cómo podía seguir viviendo sin mis hijos. Me quedé sola, con la única compañía de las cuatro perras que mi hija mayor, María Alejandra, fue trayendo a casa.

El segundo de mis hijos se llamaba Luis Patricio. Nació dos años y medio después que su hermana, y era un niño ‘precioso, juguetón, inquieto, desordenado y un poquito payaso. A él le hizo mucha falta su padre, del que yo me separé cuando lo esperaba. Crité a mis dos hijos sola, haciendo grandes esfuerzos para que no les faltara nada, aunque el sueldo de una educadora de párvulos es escaso”.

Rita es una mujer hermosa, de ojos verdes y pelo color rubio rojizo, casi miel. Su rostro es delicado y su sonrisa encantadora. Nada en ella delata el tremendo esfuerzo y la gran batalla

que ha tenido que dar para salir adelante en la vida. Se recibió en 1967, y desde entonces trabaja en el mismo lugar atendiendo a niños de hasta tres años. Ellos constituyen hoy uno de los motivos que le dan sentido a su existencia. Por esos niños se levanta cada mañana y espera poder hacerlo hasta que jubile, cuando en cuatro años más cumple sesenta. Nació un nueve de julio en una familia de clase media. Tiene cuatro hermanos, tres mujeres y un único hombre que vive en Estocolmo, a quien hubiese querido tener cerca para que le sirviera de modelo a sus hijos.

Rita nos cuenta: "Luis Patricio presentó en el colegio los primeros problemas: dificultad en el aprendizaje y falta de concentración. Aconsejada por los profesores, lo puse en manos de especialistas, quienes le diagnosticaron inmadurez neurológica que le producía un retraso escolar y problemas psicológicos debidos a la carencia afectiva paterna. En muchas ocasiones intenté que su padre se hiciera presente para ayudarlo, pero siempre se rehusó, no manifestando ningún interés por su hijo, al punto que ni siquiera asistió a su funeral.

Debido a su incapacidad de concentración y a su baja autoestima, cada año escolar se le hacía más difícil. A menudo cuando llegaba del colegio, Luis Patricio se aislaba en su dormitorio, no quería comer y se ponía irritable. Con el tiempo pensé que lo mejor era cambiarlo de colegio y ponerlo en un internado. Lo que yo vi como una solución terminó por deprimirlo más, al punto de que sus estudios fracasaron desde octavo año básico en adelante. En el internado vivió una experiencia horrosa que lo llevó a huir de allí. El director del colegio era un hombre extremadamente severo y cruel, que le cortaba la luz a los internos para obligarlos a acostarse temprano. Una noche un grupo de niños que querían ir al baño prendieron como guía una antorcha fabricada con hojas de cuaderno, lo que les significó una reprimenda feroz. Luis Patricio

se hizo el dormido porque estaba aterrado con la reacción del director pero en la madrugada, cuando tuvo la oportunidad, huyó del internado con otros compañeros. La idea era dirigirse al Juzgado de Policía Local más cercano y denunciar la crueldad de ese hombre. Ese hecho refleja su carácter inmensamente sensible y noble, además de su sentido de justicia.

La vida de Luis Patricio no continuó siendo fácil. En la adolescencia y luego de años de pasar por las manos de diversos médicos, se le diagnosticó una depresión bipolar, que en palabras simples puede describirse como la enfermedad del ánimo. En las personas normales, el ánimo oscila entre el contento y el descontento sin pasar límites que se consideran patológicos o enfermos. Cuando el ánimo oscila fuertemente entre dos polos opuestos, se sufre la enfermedad llamada depresión bipolar. Breves períodos de euforia o "manía" que invariablemente decaen hacia el otro polo que suele ser mucho más prolongado llamado "depresión". La persona no puede dominar este desequilibrio anímico sin un tratamiento médico rigurosamente controlado, que mi hijo no mantenía. Además, uno de los test que se le aplicó a Luis Patricio, el test de Rorschach, que mide el mundo del inconsciente y permite conocer la estructura de personalidad, reveló que la idea del suicidio aparecía en él como un pensamiento recurrente. Yo como mamá me negaba a aceptar esa realidad. Siempre tuve fe que con mi apoyo incondicional mis hijos podrían salir adelante, pero Luis Patricio no comprendió que tenía que luchar con la depresión y no fue constante con sus medicamentos y perdía las horas de los médicos. Vivió la vida con la permanente sensación de que moriría joven y que tenía que apurarse. Cuando abandonó definitivamente el colegio, se puso muy salidor y comenzó a tomar. En una oportunidad en que llegó ebrio a la casa se sintió muy mal, y yo utilicé ese pretexto para llevarlo

al médico. Me puse de acuerdo con el doctor para decirle que estaba intoxicado y que debía permanecer internado durante varios días hasta lograr sentirse bien. Mi hijo aceptó, pero permaneció internado bastante tiempo, porque le contó a los médicos que no sólo consumía alcohol sino que probaba ocasionalmente drogas, aunque todavía no se había convertido en un adicto, por lo que su consumo era más bien social.

Alrededor de los dieciséis años empecé con los intentos de suicidio tomando sobredosis de pastillas en tres oportunidades. Afortunadamente yo siempre llegaba a tiempo para salvarlo, pero me di cuenta que sufría un serio desequilibrio emocional. En mi angustia de madre buscaba la forma de acercarme y decirle que estaba preocupada por él, que sentía que algo le pasaba, pero Luis Patricio me contestaba dulcemente que no tenía ningún problema grave, que estaba bien, aunque me lo decía mirándome con unos ojos que no lograban engañarme. A medida que pasaba el tiempo y no hacía nada de provecho, Luis Patricio se iba sintiendo cada vez más vacío, más inútil. A su edad ya se sentía viejo y en más de alguna ocasión me comentó que pensaba que no sería capaz de ver a sus amigos convertidos en profesionales mientras él se quedaba estancado sin poder hacer nada con su vida. Yo le insistía que su problema tenía solución y que yo lo ayudaría siempre, aunque se demorara en salir adelante. Pero Luis Patricio consideraba que ya era tarde, y que no se sentía en condiciones de seguir luchando. Eso me preocupó enormemente puesto que me resistía a creer que un muchacho tan joven, tan hermoso, pensara que a esa edad, cuando tenía toda la vida por delante, no tendría más oportunidades. Ni siquiera convertirse en padre logró hacerlo cambiar de opinión.

A los 17 años se enamoró de una niña de trece. De ese único amor nació, años más tarde, Javierita, mi nieta, que hoy tiene

tres años y que es igual a Luis Patricio. Cuando mi hijo se enteró del embarazo de su polola se desesperó y lloró mucho, porque sentía que no estaba preparado para enfrentar esa tremenda responsabilidad, aunque me aseguré que haría todo lo que estuviera a su alcance para ayudarla. De hecho, a los veinte años, cuando su hija estaba por nacer, Luis Patricio obtuvo su licencia para conducir y se puso a trabajar como abastecedor usando una camioneta del dueño del negocio. Trabajó intensamente durante tres meses, pero le pagaban poco y a destiempo para el enorme esfuerzo que tenía que hacer. Le aconsejé que renunciara y buscara otro empleo. Desgraciadamente para Luis Patricio no llegó nunca la segunda oportunidad.

Para colmo de males, mi hijo vivió experiencias límites para cualquier joven, pero que a él, por sus características, le fueron imposibles de superar. Sufrió la pérdida de un muy buen amigo a causa de una leucemia. Fue víctima de un atropello en el que perdió tres dedos de su pie. En otro accidente perdió el nervio mediano de su brazo izquierdo, y a los veintitún años, poco antes de morir, lo asaltaron para robarle las pocas monedas que llevaba consigo, dándole una tremenda paliza y produciéndole cortes horribles en su cara. Lo llevamos a la Posta en estado de extrema gravedad. Allí le hicieron una fabulosa cirugía reparadora que le borró todas las secuelas físicas, pero ese día murieron las tres cuartas partes de la vida de mi hijo. Nunca se recuperó.

En 1997, cuando tenía 21 años y a un mes de que tomara la determinación de quitarse la vida, mi hijo cargaba una depresión muy intensa y dolorosa, pero la llevaba por dentro porque se cuidaba mucho de demostrarla, aunque se aisló más que de costumbre. Se encerraba en la pieza a escuchar música, dormía hasta tarde y se volvió pensativo, irritable y ansioso.

El día de su santo, el sábado 21 de junio, un día de torrencial lluvia, fue a dejarte pañales a su hija y cuando llegó a la casa me dijo que quería conversar conmigo. Nos amanecimos hablando y esa fue su despedida. Aunque siempre me había tenido confianza, esa noche me habló con el corazón. Hizo recuerdos y confesiones muy íntimas, como que había intentado infructuosamente ahorrarse con el cordón de su minicomponente. Yo lo interrogaba tratando de comprender porqué había pensado en algo tan dramático y trataba de convencerlo de que cualquier problema, por malo y grande que fuera, tenía solución, que para eso me tenía a mí a su lado. Al verme tan desesperada me tranquilizó diciéndome que al no resultarle el intento había pensado en su hija, en mí, en su hermana y había tomado la decisión de no intentarlo nunca más, aunque me reconoció que estaba muy mal. Me pidió que le buscara un médico que pudiese ayudarlo y que se interesara de verdad en su problema, porque la mayoría de los que lo habían atendido pensaban en cualquier cosa mientras él hacía grandes esfuerzos para contarles lo que le pasaba. Yo lo comprendí con todo mi corazón y le pedí que por favor tuviera paciencia hasta el lunes, prometiéndole que iba a encontrar a la persona adecuada para sacarlo adelante.

A las seis de la mañana, luego de esa larga noche, me fui a acostar a mi dormitorio. Alrededor de las ocho me desperté sobresaltada porque sentí un golpe seco. Mis perras ladraron asustadas, por lo que me asomé al patio, aunque no vi nada. Subí a la pieza de mi hija que se había quedado a dormir afuera porque tenía una comida de trabajo y una de las perras chiquititas se subió tiritando arriba de la cama de María Alejandra y por primera vez se hizo pipí. Como el plumón era nuevo fui a la cocina a buscar un paño para limpiarlo y luego fui a buscar la plancha al dormitorio de Luis Patricio. Yo estaba sin mis lentes y lo vi vestido, sentado en

la orilla de la cama, con las piernas estiradas, con la cabeza apoyada en la ventana y con las manos juntas. Me pareció muy extraño que mi hijo no se hubiera acostado e instintivamente miré a su alrededor buscando algo que él hubiese tomado, como barbitúricos o pastillas. Sentí un escalofrío muy grande y hui de ahí. Me fui al living, pero me devolví y me acerqué a él y sólo entonces me percaté que alrededor de su garganta tenía un cordón, que en su cuello tenía un montón de nudos y que mi hijo estaba colgando... colgando, sentado pero colgando. Fui a buscar un cuchillo y corté el cordón para tenderlo en la cama y cuando cayó sentí el sonido del aire que tenía comprimido en la boca. Tenía la frente llena de pequeñas protuberancias y sus labios morados, y aunque su cuerpo todavía estaba tibio, mi hijo había partido. Se había atado los pies y las muñecas con el cordón de sus zapatillas y con el lazo de sus zapatos ató con precisión un nudo en la protección de fierro de la ventana y pasó el cordón alrededor de su cuello y se colgó.

Salí corriendo a buscar a alguien que me ayudara. Increíblemente mis perras se escondieron, estaban espantadas.

Empezó la odisea de los trámites policiales, del Instituto Médico Legal y la urgencia por ubicar a mi hija. Cuando por fin María Alejandra llegó, reaccionó de una manera terrible, remecía a su hermano muerto mientras le decía: "Luis Patricio, soy yo, tu hermana. Por favor háblame, dime algo, dime algo..." Ella se negaba a aceptar que su hermano estaba muerto. En esos instantes yo me sostenía porque sentía a mi hijo apoyado en mi hombro que me decía: "Mamá, está todo bien, tranquila por favor, está todo bien". Era como si él quisiera que yo aceptara su muerte porque eso constituía su alivio, su tranquilidad, su paz. De hecho mi hijo muerto tenía una expresión hermosa, como si hubiese visto el cielo, como si hubiera encontrado algo maravilloso que lo relajó, lo liberó y eso a mí me tranquilizó. La sensación de

bienestar que me transmitía me permitió estar en un estado de calma increíble. Algo mágico ocurrió en ese momento, porque él me sostenía y eso impidió que yo me desmayara, que gritara, que me volviera loca. Su cuerpo estaba ahí aún tibio, pero su espíritu se había trasladado a mí.

Cuando se llevaron a mi hijo, María Alejandra llamó a su padre y él le prometió que vendría a vernos, pero nunca apareció, ni siquiera en el funeral.

Esa primera noche, cuando mi hijo estaba en el Instituto Médico Legal, yo lo sentí volver. Apareció en la puerta de mi pieza y aunque no lo vi físicamente ni le escuché la voz, porque sabía que eso era imposible, sentí su presencia en el ambiente mientras me decía: "Mamá, estoy contigo. Yo te voy a cuidar, me voy a quedar a tu lado hasta que te duermas". Esa noche dormí tranquila, y durante los días posteriores a su partida sentí consistentemente la presencia de Luis Patricio, de ese niño al que tanto amé y que tanto me amó.

Después de la muerte de Luis Patricio estuve por lo menos un año en estado de *shock* en el cual yo y mi hija dormíamos con la luz prendida porque creíamos que Luis Patricio iba a volver. Siempre lo esperamos. Con María Alejandra vivimos un duelo muy doloroso, cada una en forma individual. Llorábamos a escondidas la una de la otra y como mi hija se daba cuenta de lo que yo sufría, llamaba a mis amigos para que me acompañaran y apoyaran.

María Alejandra hablaba de su hermano como si estuviese vivo. Su estado de *shock* e incredulidad permaneció durante ese año y tres meses que ella esperó para ir a encontrarse con él. Un día me contó que había soñado con Luis Patricio un sueño muy lindo, y me lo contó con tanto optimismo que me contagió. Llegué a pensar que quizás en verdad él volvería.

"Estábamos en la casa de la abuelita y detrás de la puerta que daba al patio me encontré con mi hermano. Yo impresionada le digo: 'Pato, no puede ser, si tú ya te fuiste, tú te mataste, Pato, si nosotros te vimos muerto, te sepultamos'. Y él me contesta: 'eso estaba todo programado. Yo estoy vivo y voy a volver en el momento indicado, pero este es un secreto que no le tienes que contar a nadie'. De pronto escucho la voz de la abuelita que me dice que la mesa está servida. Entonces Luis Patricio me dice: 'anda tú, yo sólo quería que supieras este secreto'. Me siento en la mesa y le cuento a mi prima que había visto a Pato, que él estaba vivo y que iba a aparecer, pero que no podía contarle más porque era un secreto".

Cuando llegó la Navidad las dos creímos que ese era el día en que tenía que aparecer Luis Patricio, y como lógicamente aquello no ocurrió, empezó para ambas un período de profundo abatimiento.

Seguimos durmiendo con la luz prendida alertas a cualquier sonido que nos anunciara su regreso, lo que por cierto jamás sucedió. A medida que pasaba el tiempo, mi hija empezó a sentir una total desmotivación por su trabajo y por la vida. Después de la muerte de Luis Patricio nos pasaron muchas cosas buenas. María Alejandra encontró un buen empleo en un Banco, "regalo" que atribuimos a Luis Patricio. Pero ella estaba mal, completamente sintonizada con su hermano, a tal punto que en el diario mural que hicieron los empleados del Banco para poner una fotografía de un ser querido, ella colocó la foto de Luis Patricio.

María Alejandra era una joven hermosa, sus amigos la llamaban "la modelo". Desde pequeña fue una niña alegre, juguetona, que nunca me causó problemas, hasta los 16 años en que empezó a tomar tranquilizantes, lo que me preocupó mucho. Se le hizo un estudio psicológico que arrojó el mismo diagnóstico

de Luis Patricio: depresión bipolar. Pero mi hija luchó mucho más que su hermano, aunque desde los diecisiete años había intentado suicidarse por lo menos en cinco ocasiones, tomando pastillas o cortándose las venas, hechos de los que Luis Patricio estuvo siempre al tanto. Más que en mi duelo, yo pensaba en ella: rogaba que pudiera sobreponerse y encontrara un sentido a su vida. Yo le reiteraba que ella era joven, que había logrado terminar sus estudios, que tenía una formación profesional, que era linda, que tenía un buen trabajo, que tenía la vida por delante y que me tenía a mí.

Nada de eso fue suficiente. En julio de 1998, un año y dos meses después de la partida de Luis Patricio, ingirió una sobredosis de pastillas. Desde ese día yo viví pendiente de ella y vigilaba todos sus pasos. La esperaba de lunes a viernes a la bajada de su colectivo y la traía a casa tomada de mi brazo. Le preparaba una rica comida y conversábamos largamente, momentos que yo aprovechaba para darle ánimo y hacerla reír, a pesar del tremendo dolor que yo llevaba por dentro.

El suicidio de Luis Patricio me había sumido en una profunda depresión, el dolor había copado y excedido todas mis fuerzas, pero yo sabía que la incidencia del suicidio es muy alta en ciertos tipos de enfermedades mentales. Esto no significa que todas las personas que se suicidan sean enfermas mentales, ni que el suicidio sea hereditario, pero María Alejandra me había dado nuevamente una señal de sus intenciones, por lo que me empuñé en sacarla adelante. Pensé que sería capaz de salvar a mi hija. Pero no fue así.

Para las Fiestas Patrias, el dieciocho de septiembre, fuimos con mi hija donde mi madre como lo hacíamos todos los años en esa fecha. Disfrutamos como siempre de un rico asado familiar, pero curiosamente María Alejandra no encontró buena la carne.

Se quejó de que estaba recocida y se preparó un trozo especial. Mientras comía contó, sin manifestar entusiasmo, que le habían ofrecido un nuevo trabajo en otro Banco con mejores posibilidades. Apenas terminó de comer se puso a llamar a todas sus amistades porque quería salir a bailar, pero no encontró a nadie disponible. Finalmente ubicó a una amiga mía que estuvo dispuesta a acompañarla. La noté algo ansiosa porque quiso irse sola a la casa para arreglarse y cambiarse de ropa, aunque le insistí que era muy temprano. Alrededor de las nueve de la noche me llamó por teléfono para decirme que se le habían quedado dos cassettes de música sobre el equipo y que por favor los echara en mi cartera. Le pregunté cómo estaba y me dijo que bien y que mi amiga iba a la casa a arreglarse con ella. Fueron las últimas palabras que le escuché.

A las nueve y media me bajó una inexplicable desesperación por volver a casa y le pedí a mi sobrina que me acompañara para no pasar la noche a solas.

Llegamos a la casa como a las diez. Todo estaba a oscuras, pero había luz en su dormitorio y eso me pareció extraño. En eso mi sobrina me dice en un tono que no traducía lo que había visto: "Tía, venga a ver a María Alejandra".

Mi hija estaba e-olgando igual que Luis Patricio, de la misma protección de fierro de la ventana donde había hecho el nudo su hermano. Al igual que él se amarró los tobillos y estaba de rodillas, colgando. Su carita estaba inclinada hacia la figura de un Sagrado Corazón que su abuela le había regalado y tenía la misma expresión de paz que Luis Patricio. Yo corrí a la cocina a buscar un cuchillo para cortar la cuerda, y cuando lo hice, el cuerpo de mi hija se cayó de la cama. No pudimos subirlo porque se doblaba entero, era como una jalea que resbalaba. Mi amiga, con la que María Alejandra había quedado de salir, llegó al poco rato

chirreando las ruedas de su auto, porque a pesar de que mi hija la había llamado tres o cuatro veces diciéndole que se sentía sola, que se sentía mal, ella no supo entender la urgencia de ese llamado.

Yo intenté revivir a mi hija haciéndole respiración boca a boca, pero ya no había nada que hacer. Me vi nuevamente obligada a llamar al 133, número de emergencia de Carabineros, y al Instituto Médico Legal.

Al contrario de lo que me pasó con Luis Patricio, me desgarré gritando. Cómo iba a poder entender yo esa catastrófica decisión, ese enigma no podía ser resuelto. Me hice tantas preguntas dolorosas, tenía tantas dudas, tanta culpa. Saber que mi amor no había sido suficiente para salvarla me produjo un poderoso sentimiento de fracaso. Me sostuvo una sola cosa: el convencimiento de que lo que mis hijos habían hecho era en primer lugar una decisión de ellos y yo debía respetarla.

Me puse a pensar que tan solo la noche anterior había ido con ella a comprar la comida de los perros y que mientras veníamos de regreso caminando del brazo, ella me dijo: "Mamá, yo estoy terriblemente desmotivada, no tengo ánimo para nada, ni siquiera para trabajar". Le rogué que no fuera a hacer nada, que ella sabía lo que era vivir con la ausencia de un ser querido, y le ofrecí internarla si era necesario para que superara esa terrible depresión que sentía. Me prometió que no atentaría contra su vida, pero yo me volví a enfrentar con el horror y la pesadilla de la muerte.

El día de su funeral todos los empleados del banco llegaron con flores amarillas y llenaron su tumba de pétalos amarillos. Yo no entendí ese hecho hasta que me contaron que en la mañana del diecisiete de septiembre, María Alejandra les dijo a sus compañeras de trabajo que si ella moría quería que le llevaran flores

amarillas y que, cuando la bajaran a su lugar de reposo definitivo, le tiraran pétalos del mismo color. Eso me terminó de desarticular, me descompensé. Gritaba y gritaba, me volví loca. ¿Cómo yo no me había dado cuenta de que estaba tan mal si anticipó su muerte incluso con sus compañeros de trabajo?

Días más tarde me enteré de sus esfuerzos por vencer la depresión cuando encontré en la página de uno de sus libros un pensamiento en el cual manifestaba su angustia por ya no saber cómo manejar "esa estúpida depresión que me acompaña todos los días, todas las noches, en todo momento. Ya no sé qué más hacer, lo único que quiero es descansar, quiero la paz eterna. Estoy tan sola, tan sola, a mis veinticinco años..."

Tiempo después ella se me apareció en sueños con su hermano, como dos niños que entraban corriendo a la casa y me decían: "Mamá, estamos contigo, estamos juntos, estamos felices, por favor perdónanos, quédate tranquila, no llores". Porque yo lloraba desconsolada, qué motivo tenía yo para querer seguir viviendo. Ya nada me importaba, nada me ataba a este mundo, y sin embargo había una frase que me mantenía viva y que me encontraba repitiendo a menudo: "Déjalos partir, suéltalos, déjalos libres. Ellos ahora están juntos y son felices. Encontraron la paz eterna".

No me podía seguir preguntando "¿por qué?", ya que se habría convertido en una obsesión y habría sido muy destructivo para mí. Tampoco había respuestas para otras cuestiones que tenían que ver con la imperfección en este mundo.

Después de la muerte de María Alejandra me reintegré a las reuniones que sostenían en Estación Central un grupo de padres de Renacer. A ellos había llegado siete meses después de la muerte de Luis Patricio invitada por un amigo. Aunque ellos me apoyaron muchísimo, falté a varios encuentros, ya que María Alejandra me

requería siempre a su lado y porque terminó pasando lo que lamentablemente ocurrió. Conversar con otras personas que habían vivido lo mismo que yo me aliviaba mucho. Ese apoyo fue fundamental para mí porque ni siquiera la familia puede comprendernos.

Compartir el dolor constituye un buen aprendizaje para saber de qué manera canalizar ese sufrimiento que estará siempre presente en nuestro corazón. Incluso he llegado a ser monitora de ese grupo y con ellos a menudo salgo a comer, porque después de la muerte de mis hijos nunca más he vuelto a cocinar. La tetera es lo único que todavía se usa en mi casa. Por mucho tiempo dejé también de hacer otras labores como lavar, planchar,regar mis plantas. Nada me importaba, ni la ropa sucia, ni el desorden. Sólo mis perras, que llegaron a casa recogidas de la calle por María Alejandra.

Si yo he podido sostenerme ha sido por esa permanente fortaleza que me envían mis hijos, sobre todo en los momentos de flaqueza. Aunque todavía no comprendo por qué les tocó a ellos y a mí vivir la vida de esta forma, confío en que en un tiempo no muy lejano me pueda encontrar con ellos, y estoy segura que en ese otro plano de vida voy a encontrar la respuesta.

También me ha ayudado mi doctora con la que he hecho terapia de hipnosis regresiva en la que pude recordar una vida en la que fui madre de esos mismos hijos, y en esa vida pasada ellos eran jóvenes capaces, maduros y prósperos.

A dos años de la muerte de María Alejandra y a tres de mi hijo Luis Patricio, he comprendido que por incommensurable que sea mi amor por ellos, mis hijos tienen derecho a esa otra vida, a esa paz que no tuvieron en esta tierra. Por ese amor me desprendí de ellos y acepté que se fueran con el convencimiento de que el espíritu de mis hijos permanecerá para siempre en mi alma, ya que yo jamás olvidaré a mis "niños".

A pesar del dolor y de que mis ojos se apagaron, nunca he pensado en quitarme la vida, ya que espero acompañar a mi nieta Javierita en los caminos que esta vida le tiene preparados, y que sin duda serán mejores que los que vivió su padre. Y quizás entregar este testimonio sea el "legado" de Luis Patricio a su hija, ya que a través de estas páginas su padre y su tía permanecerán para siempre, y sus vidas no serán vacuas. Servirán de alerta, de apoyo y de consuelo."

LA MUERTE DEL HIJO ÚNICO

La psicóloga Isa Fonnegra en su libro de *Cara a la Muerte* dice: “Un hijo es la semilla, el futuro, la cuota liviana de la vida pesada, la ilusión, la risa, el dulce sudor del cansancio, el ruido, el juego, la ternura, el abrazo con manitos sucias, el beso pegajoso, los ojos inocentes. Desde antes de su concepción, el hijo existe ya en la fantasía de los padres y en cada etapa de la vida se va definiendo de una manera más real: será quizás el deportista que los padres no pudieron ser, o el estudiante destacado, el profesional exitoso; o representará el amor y la ternura ocultos que nunca tuvimos la oportunidad de dejar salir en nuestras vidas. Un hijo representa la ilusión de lo que no pudimos ser, la oportunidad de reparar los daños de que fuimos objeto en nuestra propia infancia por la negligencia, el abandono o el abuso de los mayores, y de no volver a repetirlos. Un hijo nos da un título que jamás caduca: el de mamá o papá, y nos da un trabajo vitalicio o de tiempo completo al que por nada del mundo querríamos renunciar”.

En el caso del hijo único todas las expectativas de satisfacción y logros están puestas en él. Su muerte provoca en los padres un *shock* mucho más intenso y prolongado, ya que ese hijo era el motivo para vivir. Además, era el centro de la vida afectiva, la fuente de amor, de gratificaciones, la continuación

de la familia. Con ese hijo los vínculos eran profundos e íntimos, llegando a crearse una fuerte dependencia emocional, por lo que al morir se produce un vacío enorme en el diario vivir y que se hace mayor cuando el tiempo comienza a correr. Los padres experimentarán mucha soledad y sufren una enorme desorganización y confusión ya que se enfrentan con la ausencia absoluta de su identidad de padres. Su continuidad biológica les fue brutalmente arrebatada. Jamás llegarán a ser abuelos y sienten que no tendrán a quién cuidar y quién los cuide en la vejez. Ante esta cruel realidad, ¿cómo seguir adelante, cómo seguir viviendo si ya no se tiene ni la motivación ni la fuerza para continuar? Reorientar el sentido de la vida es sin duda una tarea titánica que va a requerir del apoyo y comprensión del resto de la familia y de la sociedad.

La muerte del hijo único expone a los padres a un intenso y complicado duelo, y cabe la posibilidad de que la persona quede fija en una etapa por un tiempo indefinido. En este caso es importante buscar ayuda profesional para facilitar la elaboración del duelo. Es de gran relevancia no encerrarse en el dolor, por eso los grupos de autoayuda pueden resultar muy beneficiosos, ya que allí es posible aprender caminos para superar el propio dolor y compartir con otros padres que han tenido la misma experiencia de perder a su único hijo. Compartiendo el dolor disminuye la soledad y permite poco a poco alcanzar la paz y la serenidad.

Encarar nuevamente la vida es posible. Así lo demuestra el testimonio de Rocío y Oscar, quienes pasaron por la honda y traumática experiencia de perder a Felipe, su único hijo. Sus confidencias y sus reflexiones serán sin duda un aprendizaje de gran valor para otros padres enfrentados al más profundo de los dolores: la pérdida del hijo único.

*"Vuestros hijos no son vuestros hijos.
Son los hijos y las hijas del anhelo de la Vida, ansiosa
por perpetuarse.
Por medio de vosotros se conciben, mas no de
vosotros.
Y aunque estén a vuestro lado, no os pertenecen".*

*"Sois el arco desde el que vuestros hijos son
disparados como flechas vivientes hacia lo lejos.
El Arquero es quién ve el blanco en el camino, el
infinito,
y quien os doblega con Su poder para que Su flecha
vaya rauda y lejos.
Dejad que vuestra tensión en manos del arquero se
moldee alegremente.
Porque así como el ama la flecha que vuela, así ama
también el arco que se tensa"*

*El profeta
Khalil Gibran*

Felipe

Testimonio de Óscar y Rocío

Un jardín con flores, eso era Felipe.

“Desde el día que vi a Óscar supe que él era el hombre de mi vida. Nos casamos muy enamorados el 28 de agosto de 1971 y 29 años más tarde nuestro amor nos ha permitido sobrevivir a la muerte de nuestro único hijo, Felipe.

Antes de casarnos nos proyectábamos como padres de muchos hijos. A mí no me interesaba ni estudiar ni trabajar. Yo sólo quería ser mamá. Siempre soñé con una mesa llena de niños y con juguetes repartidos por toda la casa. Pero esa ilusión se fue desvaneciendo a medida que pasaba el tiempo y yo no quedaba embarazada. Me sometí a numerosos tratamientos médicos, y luego de cuatro años de casada nació por fin nuestro primer hijo, el único que tendríamos. Felipe se convirtió en la razón de nuestra vida, en el centro de nuestra existencia. Todos nuestros anhelos y proyectos estaban puestos en él. Desde el día de su nacimiento, el 20 de septiembre de 1975, me dediqué plenamente a él, postergando cualquier otro rol que hubiese podido desarrollar como mujer. Felipe lo llenaba todo, era la culminación del matrimonio, un jardín con flores. Eso era Felipe.

Por el trabajo de Óscar vivimos en diferentes ciudades de Chile y un año en Israel, un país maravilloso, pero con un idioma

muy difícil de aprender, por lo que viví siempre con susto de que Felipe se enfermara y yo no pudiera explicarle a los médicos lo que tenía el niño. Era tanta mi comprensión que cuando descubrí a un médico argentino radicado en Israel no me quedé tranquila hasta cambiarme a una casa cercana a ese doctor. Afortunadamente nuestra estadía en Israel fue muy tranquila y como Óscar seguía viajando yo me apegué más a Felipe. De hecho, si me invitaban a alguna parte sin él, yo simplemente no iba.

Cuando Felipe creció me costó mucho adaptarme a su independencia. Sentí eso que llaman "el nido vacío". El apoyo y la compañía de Óscar fueron fundamentales para aceptar que Felipe se había convertido en un hombrecito y que la libertad que reclamaba era justificada.

Felipe fue desde chico un buen alumno, y cuando salió del colegio entró a la universidad a estudiar odontología. Ese mismo año se puso a pololear con una compañera de curso, y yo, para seguir siendo parte de la vida de mi hijo, me dediqué a estudiar con ellos. Aprendí anatomía, química y todas las materias que se estudian durante los primeros años en esa facultad. No lo hacía como una intrusa, sino para compartir sus actividades. Felipe fue todo lo bueno que uno puede esperar de un hijo: cariñoso, respetuoso, responsable. Él sólo me dio felicidad y yo traté de ser la mejor madre para él. Tengo la satisfacción de que hice todo por mi hijo, no recuerdo nada que hubiese dejado de hacer por Felipe. Por esta razón nunca he sentido esa culpa que les he escuchado a otras mamás en las reuniones de Renacer.

Óscar también cuenta su visión:

"Como oficial de la Fuerza Aérea de Chile nos tocó con Rocio vivir en diferentes lugares, lejos de la familia, por lo que nos aferramos mucho el uno al otro y cuando por fin nació Felipe, yo me sentí realizado como hombre y ser humano. A ese niño

me dediqué por entero, aunque siempre le mostré una imagen de hombre recio, no tan sentimental, a pesar de que lo soy, puesto que yo veía que Rocio lo mimaba y consentía demasiado. Felipe veía a su mamá como amiga y como no tenía hermanos, su trato, sin jamás faltarle el respeto, era de igual a igual. Para criar a nuestro hijo con mi mujer hicimos un pacto de honor respecto de nunca desautorizarnos delante de él, lo que nos sirvió mucho para educarlo, sobre todo en la difícil etapa de la adolescencia. Felipe admiraba nuestra relación de pareja y siempre valoró haberse criado en un clima de amor y tranquilidad".

Rocio añade:

"Debido a su buen rendimiento en la universidad, decidimos con Óscar regalarle un auto en la Navidad de 1997. Felipe manejaba desde hacía tiempo, por lo que confiábamos plenamente en él. Nunca temí que le pasara algo. Sin embargo, cuando salía yo sólo respiraba tranquila cuando lo sentía llegar. Cuando murió Felipe, en un trágico accidente automovilístico, nuestra vida y nuestra casa quedó aplastantemente vacía.

El sábado primero de marzo de 1998, el último día que pasó con nosotros, Felipe fue en la tarde a jugar fútbol con unos amigos y llegó muy contento y bromeando a casa. Le pedí que si salía esa noche tratara de no llegar muy tarde porque yo estaba cansada y no podía dormirme hasta que él llegara. Curiosamente me dijo algo que nunca me había dicho: "Mamá, tú has hecho todo lo que podías hacer por mí, me has dado todo lo que una madre puede darle a un hijo. Déjame vivir mi vida y disfruta la tuya con mi padre". Antes de irse me abrazó y me besó. Ese fue su adiós.

Con Óscar nos acostamos temprano y por primera vez me quedé profundamente dormida. Alrededor de la una de la mañana sonó el teléfono y pensé que era Felipe para negociar, como

solía hacerlo, llegar más tarde o quedarse a dormir fuera de casa. Dejé a mi marido que contestara el teléfono. Cuando lo escuché decir algo sobre un accidente, no se me pasó por la mente que podía haberle ocurrido algo a nuestro hijo. Incluso me sorprendió que no fuera el propio Felipe el que nos llamara para contar-nos qué había ocurrido.

Óscar jamás olvidará ese llamado telefónico. Cuando tomé el auricular escuché a un carabimero que luego de constatar mi identidad me informó que había ocurrido un accidente en la Avenida Kennedy y que Felipe, nuestro hijo, había muerto. Recién entonces reaccioné y junto con identificarme pedí hablar con el oficial de guardia. A ese hombre le pedí que me dijera la verdad y aunque en el auto iban otros dos jóvenes con el mismo nombre, el oficial me confirmó que Felipe, mi hijo, había muerto. No se me ocurrió nada mejor que llamar a un vecino y muy buen amigo para contarle lo sucedido, aún dudando que fuera cierto.

Óscar salió corriendo con su amigo al lugar del accidente y aunque me dijo que nuestro hijo había muerto, yo seguía pensando que se trataba de otro Felipe. No podía aceptar algo como eso. No podía comprender que mi hijo, al que unas horas antes había visto sano y feliz, hubiera fallecido.

Me quedé sola sentada en el suelo, vomitando una y otra vez, y recuerdo que mientras rezaba le pedía a Dios que si Felipe iba a quedar parálítico o en condiciones que le impedirían tener una vida plena, se lo llevara con Él. Nunca fui capaz de ver a mi hijo sufrir, cualquier dolorcito pequeño suyo me partía el alma y la sola idea de que sufriera era para mí una tortura. Le rogué a Dios que le evitara cualquier dolor a mi hijo, que me dejara todo ese dolor para mí sola. Cuando Óscar regresó a las cinco de la mañana, vi en su rostro el dolor de la tragedia. Ese día comenzó para nosotros un verdadero calvario.

A Óscar lo habían tenido que llevar a una clínica para que le dieran calmantes, y cuando llegó a casa se quedó dormido.

Al día siguiente vinieron los trámites para el entierro. Óscar fue con unos amigos al Instituto Médico Legal para que le entregaran el cuerpo, pero fue un mero acompañante. Nuestros amigos hicieron todos los trámites.

Yo permanecí todo ese domingo sentada en la cama sin saber qué era lo que en realidad había pasado. Pensaba que había sido una pesadilla y que en cualquier momento alguien me diría que mi hijo estaba vivo. Como a Felipe yo nunca lo vi muerto, durante su funeral yo lo seguía sintiendo vivo. Incluso asistí a la misa peinada, pintada y bien arreglada, tal como a Felipe le hubiese gustado. Recuerdo que le pedí a mi marido que cerrara el ataúd ya que no quería verlo así. Quería quedarme con la imagen de mi hijo sano y feliz. Quería recordarlo como lo había visto la última vez. Quería convencerme que en mi corazón mi hijo iba a estar siempre vivo, porque puede morir el cuerpo, pero el amor y los recuerdos permanecen por siempre.

A medida que pasaban los meses, seguí pensando que Felipe estaba vivo. Me imaginaba que estaba de viaje y buscaba mil excusas para justificar su ausencia. Me costó más de un año comenzar a elaborar el duelo, y tuve que ir a un psiquiatra que me recetó antidepresivos. La negación de los hechos y la disociación de la realidad me permitieron amortiguar el dolor y seguir viviendo, porque si bien racionalmente sabía que Felipe había muerto, mi corazón no lo aceptaba. Durante ese primer año me dolía respirar y todos los días caminaba cuerdas para poder llorar y llorar. Me puse hiperactiva, me busqué cientos de actividades fuera de casa para llegar sólo a dormir. Salir y estar rodeada de gente me distraía y me hacía olvidar la profunda soledad que estábamos viviendo.

Con la muerte de Felipe nuestro proyecto de vida se terminó. Toda nuestra existencia giraba en torno a él: cuando Felipe se recibiera, cuando Felipe se casara, cuando nos hiciera abuelos... Tras su muerte el vacío fue total. No sabíamos por quién vivir y para qué. Me preguntaba: ¿Quién nos va a cuidar en la vejez? ¿Quién nos va a enterrar? ¿A quién le vamos a heredar nuestras cosas? La sensación era como si me hubieran mutilado la mitad del cuerpo y tuviera que seguir viviendo así, ¿pero cómo, si te sientes impedido de seguir adelante?

A pesar de que el dolor se me hacía insoportable, yo le tengo mucho apego a la vida y jamás he sentido ganas de morir. Esto y mi amor por Óscar me obligaron a seguir adelante, a sacar fuerzas para continuar viviendo, aunque la lógica me decía que nada tenía sentido. Me metí en un grupo cristiano de reflexión y crecimiento, aunque por mucho tiempo estuve enojada con Dios, porque sentía que me había fallado. A través de la fe he llegado a comprender que Felipe fue en nuestra vida un regalo que Dios nos mandó y que pudimos disfrutar intensamente durante 22 años, y que en la otra vida nos vamos a reencontrar, y podré entonces decirle a Felipe que supe salir adelante y apoyar a su papá. Estas quizás el mejor homenaje que le puedo hacer. Cada vez que me río, canto o disfruto, pienso que estoy honrando su memoria. Aun cuando ya no lo puedo cuidar, besar y abrazar, sí puedo honrar su recuerdo tratando de ser feliz en lo que me quede de vida. Y si hay algo de lo que estoy segura es de que nuestro hijo quería por sobre todo que Óscar y yo fuéramos felices y que permaneceríamos siempre unidos. Él me envía las fuerzas necesarias para continuar y yo no lo puedo defraudar.

En Renacer me di cuenta que no me estaba volviendo loca y que la rabia y la envidia son sentimientos normales. A mí me costó mucho dominar la envidia que sentía por la felicidad de los

otros y por la posibilidad que tenían otras mujeres de tener más hijos. En cuanto a nuestros amigos, la relación ya no es la misma. Ellos se siguen proyectando en sus hijos y como nosotros ya no tenemos al nuestro, no compartimos los mismos intereses de antes. La muerte del hijo único te deja sin nada de qué aferrarte. Por eso, aun cuando el dolor de perder a un hijo es el mismo, creo que la pérdida del hijo único es más difícil de superar.

A tres años de su muerte, ya no soy la misma. Me he replanteado todos mis valores y mis intereses, no siento apego a lo material y soy mucho mejor persona que antes, porque me he hecho más sensible al dolor ajeno. Estoy más dispuesta que nunca a ayudar al que sufre, al que se siente solo. El dolor de la ausencia de Felipe va y viene en intensidad, pero he llenado mis días con la pintura en cerámica, asistiendo a otros en Renacer y dándole mucho amor y apoyo a mi marido."

Óscar, en cambio, cree que hizo un proceso de duelo normal.

"Luego de la primera etapa de *shock*, en que lloré tanto a mi hijo, comprendí que su ausencia era definitiva y que de mí dependía la calidad de vida que tuviéramos en adelante. En el trabajo me ayudaron mucho. Me cambiaron de actividad, ya que como experto en vuelo, investigaba los accidentes aéreos. Esta-ba acostumbrado a ver la muerte de otros, incluso a analizar exhaustivamente las causas de los accidentes y cómo habían muerto los pasajeros. Mis jefes comprendieron mi dolor y me derivaron hacia otra actividad, que por ser algo totalmente distinto me obligó a involucrarme en los pequeños detalles.

La familia y los amigos estaban muy preocupados de cómo yo y hacían cualquier cosa para que ella no se derrumbara. De mí esperaban que reaccionara como hombre, con entereza. Y yo lo intentaba delante de ellos. Pero muchas veces no podía

disimular mi pena. A pesar de sentir el dolor más grande que un ser humano puede sentir, nunca estuve deprimido, no perdí las ganas de trabajar y de salir adelante por Felipe, por Rocío y por mí.

Aunque es cierto que cuando muere un hijo único las proyecciones de vida del matrimonio se destruyen, también es cierto que una buena relación de pareja es un gran capital, ya que en base a ese amor se pueden reconstruir las proyecciones en función del otro.

También nos ayudó comprarnos un pequeño departamento en la playa. Ese lugar no guarda ningún recuerdo de Felipe y nos libera en parte del dolor. Respetto de las fechas dolorosas, como cumpleaños, aniversarios, Navidad y Año Nuevo, hemos cambiado la rutina, hemos roto con lo que tradicionalmente hacíamos, ya sea visitando a otra gente o cambiando el lugar de la celebración. Pero creo que lo que más nos ha ayudado es el profundo amor y el gran respeto que sentimos el uno por el otro. A Rocío, que le cuesta mucho llorar, ella siempre dice que vive con la lágrima en la garganta pero que no le brota. Yo jamás la he presionado para que lllore o la he retado cuando la veo mal. Tampoco le pido que vea fotos de Felipe cuando yo deseo hacerlo, o que entre a su pieza que quedó intacta, en circunstancias que a mí me gusta ver la televisión en su dormitorio. El respeto por el duelo del otro nos ha permitido ir elaborando las distintas etapas unidos y sin jamás discutir o pelear. Si Felipe vivió en una casa donde se respiraba amor, hoy más que nunca debemos mantenernos unidos, para que él se siga sintiendo orgulloso de sus padres en esa otra vida, tal como se sintió en esta tierra.

No existen palabras para describir el inmenso dolor que sentimos ante su inesperada partida, pero como fieles creyentes aceptamos los designios de Dios y al rezar diariamente el Padrenuestro, nos consuela y nos da fuerzas el repetir: "Hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo". Damos gracias al Todopoderoso por habernos permitido concebirlo en el amor y haberlo gozado intensamente durante 22 años, disfrutando tanto de sus éxitos y logros como también apoyándolo en las dificultades. Su alto sentido de la amistad y compañerismo se vio reflejado en la concurrenada despedida que le dimos los que lo queríamos. Estamos seguros que desde las estrellas nos está mirando y cuida ahora de nosotros, esperando con regocijo aquel momento en que Dios nos vuelva a reunir para seguir juntos el camino de la Eternidad.

Sus Padres

LA VISIÓN DE LA MUERTE
DESDE LA FE

Jaime y Benjamín

Testimonio de Jaime y Gabriela

Nadie muere por casualidad, y el dolor no es inútil ni caprichoso. Si aceptamos el dolor éste se desvanece; si lo rechazamos, nos acosa obstinadamente.

“Dos de nuestros nueve hijos murieron. Jaime, a los 26 años, por consumo de drogas, y ocho años después murió Benjamín, atropellado, cuando tenía 24 años.

Sobre nuestro hijo mayor, Jaime, que murió hace quince años, podríamos escribir diez libros. A los doce años le ofrecieron marihuana en el colegio. Desde ese entonces hasta su muerte jamás pudo abandonarla. Su vida poco a poco se fue apagando, capturada por la adicción y por las profundas tristezas que vivió. Cayó a la cárcel en incontables ocasiones, y cuando decidió ser fuerte porque se había dado cuenta de todo lo que estaba perdiendo, murió.

Jaime nos hizo sufrir mucho como padres, pero nunca lo abandonamos, aunque continuamente llegaba a casa drogado, lo que constituía un pésimo ejemplo para sus ocho hermanos.

Nosotros no sabíamos nada sobre la droga y con tantos hijos lógicamente no habíamos reparado que algo andaba mal con Jaime, hasta que un sobrino nos contó que había visto a Jaimito “volado”. Desconocíamos lo que significaba ese térmi-

no, pero después cuando averiguamos los efectos de la marihuana en el organismo pudimos explicarnos muchas cosas. Jaime era un niño tierno y amoroso, muy bonito, y al que le costaba mucho aprender. Los estudios nunca lo motivaron. Era bueno para el fútbol y en la medida que pasó el tiempo se rodeó de amigos de un nivel socioeconómico inferior. Era un niño intelectualmente capaz. De todos mis hijos era el único que a veces me ganaba en el ajedrez. Su disminución de memoria, de concentración, de capacidad de aprendizaje, la alteración de sus reflejos, de coordinación, del sentido del espacio y del tiempo, eran todos efectos de la droga. A medida que fue creciendo se hizo adicto también a los fármacos y al alcohol. En una oportunidad con Jaime peleamos a puñetes, todavía tengo en mi codo una secuela de aquella pelea. También sabíamos que cuando en casa desaparecían algunas cosas, el responsable era él, pero nunca se lo dijimos.

Una de las tantas veces en que cayó preso fue porque al no poder realizar una llamada desde un teléfono público rompió a patadas el teléfono y justo en ese momento pasaba por el lugar una patrulla de carabineros que lo llevó detenido. Por esos días yo estaba peleado con Jaime, que no vivía con nosotros por lo que no me avisó. Como era reincidente, lo llevaron a la cárcel con los reos comunes. En esa oportunidad creo que lo violaron, y aunque él nunca nos dijo nada, lo intuimos. Sólo nos dijo que le había pedido a Dios que se lo llevara. Jaime sufrió mucho aquella vez.

En otra oportunidad, estando drogado y curado chocó a un taxista, quien murió en el accidente, y también una polola a la que no conocíamos y de la que ignorábamos su existencia. En el funeral de esa joven conocimos a sus padres que

nos dijeron que querían mucho a nuestro hijo y que lo admiraban por lo caballero.

Quizás nuestro gran error con Gaby fue que por la cantidad de niños que teníamos y porque yo estaba inmerso en la urgente necesidad de mantener a la familia, no le prestamos la suficiente atención ni la dedicación que él requería.

Si bien la vida de nuestro hijo fue corta, su historia fue larga. Terminar el colegio le costó mucho, pasó años dando esa lucha. Como ya era grande, mientras estudiaba también trabajaba. Primero en una empresa de gas donde yo era gerente general, luego en una Compañía donde lo contrataron como soldador. Aquel fue su mejor periodo. Se mantuvo bastante alejado de las drogas y más consciente que nunca del daño que se hacía a sí mismo y a su familia. Fue en esa ocasión, poco antes de morir, que nos pidió perdón y se reconcilió con Dios. Ese hecho fue para nosotros muy consolador.

En aquel entonces vivíamos en Concepción, y Jaime trabajaba en Rancagua para esa empresa. Tres días antes de morir viajó a Santiago a visitar a una de sus hermanas que estaba casada. Desde allí nos llamó por teléfono para contarnos que en el bus en que había viajado se había sentido muy mal, al punto de que le fallaron los esfínteres, y nos comentó que además se sintió ahogado, que le faltaba el aire. Lo increíble fue que tanto yo como Gaby pudimos escuchar aquella última conversación con él, por lo que cuando sonó el teléfono, ambos llegamos al mismo tiempo a los dos aparatos que habían en casa. Le pedimos que llegando a Rancagua pidiera hora con el médico. Antes de colgar el teléfono nos dijo muy emocionado, que debido a que tampoco se había sentido bien, había ido a misa, se había confesado y comulgado, lo que no hacía desde su Primera Comunión. También nos dijo que nos amaba.

Jaime murió tres días después, de un paro cardíaco, en la pensión en la que vivía con un compañero de trabajo. Su amigo intentó ayudarlo en su ahogo, pero Jaime finalmente murió. A nosotros nos dieron la noticia por teléfono. Curiosamente con ninguno de nuestros dos hijos fallecidos hemos estado en sus últimos momentos.

Todo el período de duelo cercano a la muerte de Jaime llo-ramos mucho, a pesar de lo que él sufrió y de lo que nos hizo sufrir. Jaime era un muchacho bueno. Tal vez le faltó voluntad para salir de la droga, porque lo intentó tantas veces. Nosotros lo queríamos mucho. Era nuestro primer hijo y su muerte fue terrible para nosotros, pero después tuvimos la seguridad de que Jaime estaba mejor. El consuelo de saberlo en la casa de Dios Padre nos tranquilizó y nos dio conformidad.”

“De las cosas que más admiro de mi marido, fue el cambio que experimentó al pasar de ser casi hijo único, ya que tiene ocho años de diferencia con el tercero de los hermanos, a convertirse en padre de nueve hijos. A Jaime lo conocí cuando tenía doce años. Él era amigo de mis hermanas mayores y recuerdo que una vez que yo estaba medio antipática me dio unos consejos. No te imaginas los consejos que me dio después. A Jaime nunca lo encontré buenmozo. Era flaco, largo y pelado, pero llevaba una vida tan entretenida que creo que eso me cautivó. Era polero, campeón de esquí, piloto civil y como ingeniero comercial administraba el fundo de la familia. Nos casamos cuando yo tenía 20 años y él 26. Los primeros ocho años de matrimonio fueron muy difíciles, porque nacieron cinco hijos seguidos en una época en que no existían las mamaderas ni los pañales desechables, y tampoco los hornos microondas. A medida que fueron llegando los hijos, las exigencias económicas obligaron a Jaime a abandonar todas sus aficiones. Se acabó el polo, el avión y el esquí. También poco a poco fui

observando en él un profundo cambio espiritual. Esa fe heredada de sus padres y del colegio San Ignacio donde estudió se fue haciendo cada vez más madura y se transformó en un compromiso con el Señor, en una adhesión personal, en un sí definitivo, en un entregarle a Dios las riendas de su vida. Producto de ese proceso se produjo su conversión a los 15 años de matrimonio, ingresando a la Renovación Carismática Católica, a la que pertenece desde hace 25 años. Los carismáticos tienen como rasgo fundamental un encuentro íntimo con Cristo, la fe en la acción del Espíritu Santo, la oración comunitaria y la evangelización. Cuando Jaime ingresó a los carismáticos su cambio fue notable. Lo que más me ha impresionado es esa fe inmensa que quisiera yo tener, porque Jaime vibra con todo lo espiritual. Esa fe le ha permitido sobrellevar la muerte de Jaime y de Benjamín.”

“Esto de haber sido como hijo único e hijo de ricos me complicó mucho la vida, porque fui muy egoísta, medio antipático y autosuficiente, de tal manera que cuando descubrí al Señor mi razón se encendió, y cuando me entregué a Él mejoré bastante como ser humano. El Señor cariñosamente me fue podando a través del dolor y los sufrimientos. Sucede que cuando yo estaba en el colegio me dieron la visión de un Dios castigador, que llevaba la cuenta de todo lo malo que uno hacía, y esa idea no es buena porque nos cohibe para actuar con pasión, con convencimiento. El Padre en su amor infinito, nos ama a pesar de nuestros pecados, nos da siempre lo que nos conviene, aun cuando sea amargo. Recuerdo que en una oportunidad en el colegio para mostrarnos cuán afortunados éramos y cuán lejos vivíamos de la realidad, el padre Alberto Hurtado, un sacerdote jesuita maravilloso, beatificado en 1994 por Su Santidad el papa Juan Pablo II, y a quien yo tuve la suerte de conocer, nos dijo: “Si nosotros metiéramos en una bolsa nuestros problemas creyendo que son muchos y muy complicados

y todo el mundo metiera sus problemas en esa bolsa y sacáramos el promedio de los problemas, cómo desearíamos recuperar nuestro propio problema y no el promedio de los problemas del mundo". Cada vez que me enfrento a una dificultad en la vida rememoro esa frase tan simple pero que encierra tanta verdad.

Cuando muere un hijo uno se pregunta cómo es posible que pueda ocurrir un hecho de esta naturaleza, cómo Dios puede permitir un dolor tan inmenso. El desgarramiento es tan hondo que incluso puede afectar la fe. No obstante es en la fe y sólo en ella donde podemos encontrar refugio y consuelo. A veces los creyentes nos comportamos como si fuéramos ateos, nos aferramos a la vida de nuestros seres queridos y convertimos a nuestros hijos en ídolos y cuando ese ídolo muere dejamos de ser felices para siempre. Pero si Dios existe, la vida se convierte en tránsito en el que cada uno tiene que vivir íntegramente el designio superior de su existencia. Dios actúa de acuerdo a un plan de amor que tiene con los hombres. Nadie muere por casualidad y el dolor no es inútil ni caprichoso. El sufrimiento tiene un gran valor, porque, si lo aceptamos, podemos demostrarle a Dios que lo amamos y es ahí donde se hace posible que el hombre pueda adherir a Dios, y es en nuestros propios sufrimientos donde participamos como Jesucristo en la salvación del mundo y encontramos la paz interior. Si aceptamos el dolor éste se desvanece. Si lo rechazamos nos acosa obstinadamente. Además en nuestros sufrimientos nunca estamos solos, siempre nos acompaña nuestra Bendita Madre María que está cerca nuestro igual como estuvo cerca de Jesús al pie de la cruz. A ella debemos pedirle que nos dé su fe, su fortaleza y esa capacidad que tuvo de entregar a su hijo único.

Creo que para el hombre de fe es menos difícil encontrarle un sentido a su sufrimiento, como he dicho más atrás. Ante cada

muerte la fe nos dice que el sentido de la vida apunta más allá, el sentido de la vida es llegar a conocer al Padre. Es muy reconfortante vivir en la esperanza de volver a reunirse en la eternidad con quienes amamos en esta tierra. Cristo nos ha revelado el sentido de trascendencia que tiene el hombre.

Después de la muerte de Jaime tuvimos que seguir luchando porque teníamos ocho hijos más de los cuales preocuparnos, cada uno con sus problemas, además de lo que significaba alimentarlos y darles educación.

Ocho años después de la muerte de Jaime, muere Benjamín, el séptimo de nuestros hijos. Ese fue un golpe tremendo, quedamos muy choqueados. Benjamín era en aquel entonces el hombre mayor que nos quedaba en la casa, y era alegre, simpático, extrovertido, preciso para la talla, muy buen hijo. No recuerdo que nos haya causado un disgusto, buen hermano y buen tío. De hecho cuando murió, el menor de mis nietos que también se llama Benjamín dijo 'qué lástima que haya muerto justo ahora que estaba adquiriendo poderes mágicos'. Benjamín frecuentemente entretenía a sus sobrinos haciéndoles trucos de magia y los tenía convencidos de que poseía poderes sobrenaturales.

La noche en que murió Benjamín estábamos con Gaby en nuestra casa de la playa. Él se había quedado en Santiago con dos de sus hermanos: Raimundo, el menor, y María Ignacia. Había ido al cine con dos amigos, y al regresar se pusieron a jugar a las cartas. De pronto escucharon un choque en la calle y se asomaron al balcón para ver qué había sucedido. En la oscuridad vieron lo que les pareció un cuerpo tirado en el pavimento y un taxi que había chocado contra un poste en la Avenida Kennedy. Uno de los amigos de Benjamín era estudiante de medicina y como pensó que había un herido bajaron todos a auxiliarlo. No había tal cuerpo. Lo que vieron era el tapabarro

de una rueda, y al taxista completamente borracho sentado en la acera. Como el auto chorreaba bencina y seguía con el motor encendido, lo primero que hizo Benjamín fue apagar el motor y luego fue a la maleta del auto a sacar el triángulo. No alcanzó a hacerlo. En ese momento pasó un muchacho joven a exceso de velocidad que lo atropelló expulsándolo a gran distancia del auto. De hecho ni Raimundo ni sus amigos se dieron cuenta de lo que había pasado hasta que comenzaron a buscarlo. Estuvo tirado en la calle muerto durante muchas horas, porque tuvieron que esperar que llegara el Instituto Médico Legal para retirar el cuerpo.

Después de que nos enteramos con Gabby de cómo había sido el accidente, pensamos que el Señor nos había hecho un regalo al evitarnos estar allí, porque el espectáculo tuvo que ser macabro. Seguramente nos habría costado mucho olvidar esa imagen.

Como familia perdonamos a ese joven que conducía el auto y que provocó la muerte de Benjamín. El perdón nos sirvió para limpiar el corazón.

Años después nos enteramos de una cosa notable. Nuestra hija María Ignacia la noche anterior al accidente, había salido por primera vez con un amigo y cuando pasaron con el auto por el lugar donde al día siguiente atropellaron a Benjamín, se puso a llorar desconsoladamente y sin ningún motivo. Fue tanta su angustia que volvieron a la casa.

Nosotros supimos de la muerte de Benjamín por un pariente que nos fue a avisar a las seis de la mañana. Él nos dijo: 'Ha habido un accidente y... tu hijo..., tu hijo Benjamín ha muerto'. Mi reacción ante la noticia fue salir gritando en pijama a la playa y la Gabby se quedó tiritando en la cama sin poder moverse ni vestirse por mucho rato."

"Cuando Benjamín murió, yo pensé que Jaime no se recuperaría nunca más. No podía imaginar que la fe sería nuevamente su refugio y su consuelo. Yo soy shenstaitana y voy más lentamente en el camino de la fe. Siempre he sido tranquila y relajada, y el hecho de tomarme las cosas con calma, única forma de comprender que pude ser madre de nueve hijos, me ha ayudado mucho. Poco a poco he ido avanzando en las etapas del duelo, y creo que he podido salir adelante por el fuerte apoyo que he recibido de mi marido y de mis hijos. Tal vez lo que más me ha preocupado desde la muerte de Benjamín es Raimundo, que tenía 17 años y que quedó convertido en el único hijo hombre de la familia. Él tenía una relación muy íntima con su hermano. Dormían juntos y Raimundo lo admiraba porque él es más bien callado y tranquilo. Pero Raimundo nos sorprendió y nos dio una lección de madurez emocional. Un día cualquiera, a los meses de ocurrido el accidente, nos encontramos con que había desarmado el dormitorio que compartía con su hermano y guardado la cama en la bodega. Sólo conservó los posters que había colgado su hermano en el dormitorio y comenzó a usar la ropa de Benjamín. Ni mi marido ni yo nos habríamos atrevido a hacer los cambios en el dormitorio, pero Raimundo lo hizo en forma natural y de paso nos dijo que ese espacio que antes compartía con su hermano ahora le pertenecía y afrontó lo que significaba el dolor de la separación. De nuestros hijos es el único que hoy vive con nosotros, y debo reconocer que estoy siempre pendiente de él porque tiene 24 años, la misma edad en que murió Benjamín. Mi marido, en cambio, pudo salir adelante porque la fe se convirtió en su apoyo y bastón para transitar por el dolor."

"Meses después de la muerte de Benjamín yo tuve una visión, en la que vi a mi hijo entrando a la casa vestido con su chaqueta de

jeans, con su pañoleta de scout sobre el pecho, con un precioso colorido en la cara que normalmente no tenía y con su mirada pícaro de siempre. No dijo nada, sólo me sonrió y se acabó la visión. Yo interpreté ese hecho como que él estaba con el Señor, bien y feliz, esto me tranquilizó enormemente.

Desde el día en que murieron mis hijos he aprendido a comunicarme de otra forma con ellos. Los tengo siempre presentes en la oración y he podido entablar una comunicación alma a alma, espíritu a espíritu. Sólo he perdido de ellos la parte visible y aunque ya no puedo verlos, sí puedo sentirlos. Cuando alguien muere se produce la división cuerpo y alma y al no tener el cuerpo nos parece que se levanta una barrera infranqueable de relación y comunicación. Allí es donde opera la fe. No hay separación definitiva, sino sólo "espera". Porque si bien es cierto, como dice el Evangelio que "la muerte llega como un ladrón nocturno", no es menos cierto que la Escritura también dice "me adelanto a vosotros para prepararles un lugar en la casa de mi Padre que está en el cielo". Y ahí en la casa del Padre están nuestros hijos maravillosamente bien, porque el que está al lado del Maestro no puede sino estar bien.

La muerte es, sin duda, la problemática que más inquieta al hombre. Como yo nací en el campo, en medio de la naturaleza, donde vi nacer y morir a mis animales, creo que tuve una certeza más mayor con la muerte, con la realidad de la vida. Y este hecho me ayudó enormemente, porque desde chico me enfrenté cara a cara con la muerte. Pero después comprendí que muerte y resurrección deben ser el centro de nuestra vida cristiana. Que la fe nos va uniendo a la muerte de Cristo a través de los sufrimientos que provienen tanto de las renunciaciones diarias como también de los hechos que nos van ocurriendo.

Sobre la muerte, el papa Juan Pablo II en su inmensa sabiduría, dice: "Cristo, el hijo de Dios, aceptó la muerte como una necesidad natural, como una parte inevitable del destino del hombre. Jesucristo aceptó la muerte como consecuencia del pecado. Jesucristo aceptó la muerte para vencer al pecado. Jesucristo aceptó la muerte para vencer la muerte en la misma esencia de su perenne misterio".

Y respecto del dolor el Santo Padre dice: "El sufrimiento terreno, cuando se acepta con amor, es como una fruta amarga que encierra la semilla de la vida nueva, el tesoro de la gloria divina que sería concedida al hombre en la eternidad".

Dios me ha regalado el privilegio de probar mi fe, pero no es necesario intelectualizarla para sentirla y vivirla, ya que la fe no es un acto intelectual, es un don de Dios que produce una adhesión personal a Cristo. Así Cristo se convierte en el Absoluto de nuestra vida y objeto de nuestras búsquedas y preocupaciones, es un compartir la vida con Él.

Recuerdo un acontecimiento que ocurrió hace un tiempo y que pone de manifiesto que la fe es un don divino, un regalo de Dios y que los pobres son los hijos predilectos de Jesucristo y que de ellos es el reino del Padre. Una tarde decidí acompañar a la gente que trabaja conmigo en la revista *Pentecostés*, que pertenece a la Renovación Carismática y de la cual soy director, a vender la revista a la salida de misa de una iglesia cercana a nuestras oficinas. Todos los días se instala en esa iglesia una mujer muy pobre a pedir limosna. Cuando vendimos todos los ejemplares me acerqué a ella y junto con ponerle unas monedas en sus manos le pedí perdón por haberle hecho la competencia, pero le expliqué que ese dinero era para Dios. Ella me contestó: "Si es para Dios es igual que me den a mí o que le den a usted". Aquella

mujer me dio un tremendo testimonio de fe. En la fe es donde el alma acongojada encuentra la paz e incluso la alegría espiritual.

No es posible tratar de comprender con nuestra mirada terrena la muerte de nuestros hijos, pero si nos abandonamos en las manos de nuestro Padre Dios, sin pedirle explicaciones, podremos ver la realidad entera y no sólo una parte de ella. Como dice el Señor: "Yo soy el pan de vida, el que viene a Mí no tendrá hambre, el que cree en Mí no tendrá sed. Nadie viene a Mí si el Padre no lo trae y yo lo resucitaré en el último día".

EL DOLOR DE LOS HERMANOS

La orientadora familiar, Rose Anne Pritchard sostiene que en los países occidentales, los niños y los jóvenes tienen muy poco contacto con la muerte, porque existe un concepto erróneo de querer "proteger" o "aislar" al niño y al joven de un acontecimiento tan doloroso. Con esto sólo se les priva de aprender a manejar sus experiencias de pérdida adecuadamente. Por su parte, la psicóloga Isa Fomnegra dice que "aprender a perder constituye todo un reto, pero no se nos enseña cómo perder ni qué es natural sentir ante una pérdida y por qué. Cuando un niño establece un vínculo afectivo con un animal doméstico que inevitablemente ha de morir, los adultos subestiman el impacto dramático que tiene para él la muerte de su perro, gatito o canario y reemplazan rápidamente a la mascota por otra igual, creyendo ahorrarle un sufrimiento al niño. Pero con esta actitud negamos su duelo, ignoramos su dolor y le transmitimos mensajes no verbales como "los afectos son reemplazables", "estar triste no es bueno" o "no se debe llorar por tonterías", en lugar de ayudarlo a comprender que las separaciones duelen y que el duelo es inevitable y triste pero saludable para poder seguir adelante en la vida emocional".

Ante la muerte de un hermano, es aconsejable decirle a un niño siempre la verdad y explicarle la muerte de acuerdo a su capacidad de comprensión, para que él también pueda integrarse

a la aflicción que afecta a los padres. De este modo podrá expresar su rabia, miedo y tristeza y responder a la pérdida con algún grado de realismo.

Mientras más chico es el niño, más difícil que pueda conceptualizar y procesar la pérdida, y es por esta razón que sus preguntas suelen ser contestadas con evasivas en forma de metáforas: "se fue al cielo", "se durmió para siempre". Estas explicaciones llevan a confundir al niño creándole muchas veces temores —ir a dormir puede parecerle una actividad altamente amenazadora— o fantasías respecto al hermano en el cielo. Por otra parte, la complejidad de distinguir entre la muerte física y la muerte espiritual sólo lleva al niño a mayores confusiones, ya que los niños tienen una organización cognoscitiva diferente a la del adulto, su pensamiento es concreto, aún no desarrollan el pensamiento abstracto y no tienen la capacidad de comprender la relación causa-efecto. En la medida en que el niño ha sido informado, aunque sea de manera muy básica, pero verídica, se le puede ayudar a expresar y clarificar sus emociones.

Rose Anne Pritchard dice: "Lo que el niño no puede hacer por sí solo es el proceso de aceptación y adaptación a la pérdida. Si es pequeño es importante observar su conducta, juegos, llantos, silencios, ya que a través de estas actividades va a mostrar sus emociones. Son momentos en que el niño va a requerir mucha dedicación, tiempo y paciencia y lo más probable es que sus padres no estén en condiciones de asistirlo a causa de su propio pesar. Es importante asegurarse que él no es culpable de lo ocurrido, puesto que los niños tienden a culparse de los conflictos de los adultos".

En la medida que el niño sea más grande y su capacidad de comprensión sea mayor, las explicaciones deben ser muy explícitas y honestas. Es fundamental que sepan que su hermano está

muerto, que no va a regresar y que su cuerpo está enterrado en un determinado lugar. Por muy doloroso que les resulte a los padres, deben dejar a sus hijos hacer la difícil tarea de reconocer el significado de la muerte de un hermano, porque nadie puede hacer el proceso de duelo en reemplazo de otro, ya que el factor determinante es la relación que existió entre ambos hermanos.

El niño o adolescente que no conoce la evidencia de la muerte de un ser querido y no recibe ayuda para elaborar su pérdida y lograr integrarlo a su vida, puede deformar su duelo y desarrollar graves bloqueos emocionales, incluso severos traumas psicológicos en la adultez. Es frecuente que los padres intenten esconder o disimular su pena frente a los hijos, puesto que no pueden enfrentar la intensidad de sus propias emociones y al mismo tiempo ver a los hijos llorar la pérdida de su hermano. El riesgo que se corre es que el niño o adolescente al ver a sus padres controlar sus emociones, va a optar por imitarlos, inhibiendo de ese modo su propio sentir. El no compartir la pena pareciera agregar otra pena más, porque cada uno se siente responsable de las lágrimas del otro y de causarle mayor sufrimiento. Un niño al que no se le permite sentirse triste es obligado a recurrir a mecanismos de defensa muy primitivos para negar el dolor de la pérdida y puede terminar por no sentir nada.

El duelo de los hermanos es muy similar al de los padres, salvo que lo expresan de otra manera. Pero en todos ellos se observan las siguientes conductas: trastornos del sueño, soñar con el hermano que murió, extrañarlo, echarlo de menos y hasta "hablarle", hacer pataletas en la casa o el colegio, angustia persistente y gran vulnerabilidad, miedo a otra pérdida, miedo a que ellos mismos puedan morir, desarrollar síntomas parecidos al hermano enfermo, deseo de reparar la relación con el hermano muerto, sentimiento de culpa si la relación fue mala, hiperactividad con arranques agresivos o

destructivos, dificultades en el estudio, actitud de autosuficiencia, de un falso sí mismo, euforia y despersonalización cuando no pueden expresar su pesar, propensión a accidentes, preocupación excesiva por su salud, cambios de conducta para llamar la atención de los padres, deseos de reunirse con el hermano.

La conducta más perjudicial para los hijos es que los padres frecuentemente idealizan al hijo muerto, exaltando sus cualidades y desdibujando sus defectos, de manera que la verdadera naturaleza de su personalidad se pierde. Esto significa que los recuerdos se focalizan en los aspectos positivos y se olvida que también tenía aspectos negativos y que era un niño o un joven "normal". Los demás hijos se sienten seres imperfectos cuando son comparados con el hermano.

Víctor

Testimonio de Catalina

Me dejaron sola y me quitaron mi juguete preferido.

“Era la tercera de cuatro hermanos y la única mujer. Hasta los once años viví en un ambiente familiar muy armónico y feliz, que duró hasta la noche del 31 de diciembre de 1992 en que entraron a robar a mi casa y asesinaron a mi hermano menor Víctor, que tenía nueve años. Ese hecho destruyó nuestras vidas.

Después de una comida en mi casa acompañé a mis papás a dejar a un amigo de ellos y regresamos a eso de las doce de la noche. Alrededor de las dos de la mañana me desperté con unos gritos. Me levanté y fui a la pieza del lado y vi a mi hermano chico botado en el suelo. Alejandro, el segundo de mis hermanos, lo había encontrado. Yo no entendía lo que le había pasado, pensé que se había caído de la cama pegándose en la cabeza con el velador o que se había ahogado o algo así. Llamaron a una ambulancia y cuando se lo llevaron yo me quedé sola con la empleada en la casa, mientras mis papás y mi hermano se fueron a la clínica. De allá me llamaron para decirme que todo estaba bien por lo que me quedé tranquila. Cuando llegaron a la casa en la mañana, mis padres me dijeron que Víctor se había muerto.

Yo no entendía cómo, hasta que fui con mi papá al dormitorio de Víctor y me mostró que la ventana estaba abierta, y

entonces entendí que alguien se había metido a la pieza y lo había asesinado.

De los momentos que siguieron no me acuerdo. Empezaron a llegar los familiares y también los carabineros, y a mí me llevaron a la casa de una amiga.

Con mi hermano éramos muy unidos, teníamos un año y medio de diferencia, estábamos siempre juntos, frecuentemente dormía conmigo y compartíamos los amigos. Casi en todas las fotos que tengo de cuando era chica aparezco con él. Me acuerdo que Víctor era bueno para todo: para los estudios, para el deporte, para la música.

El primer tiempo yo seguía sin entender mucho lo que significaba la muerte, y aunque sabía que él estaba muerto, un día me desperté pensando que había tenido una pesadilla, que no era verdad que Víctor no iba a volver nunca más. Pero esa era la verdad, por mucho que yo tratara de pensar que no. El primer mes acompañaba a mi mamá al cementerio, pero después nunca más quise ir. Yo veía que mis papás estaban muy mal, que mi mamá estaba flaguísima y que peleaban mucho.

Lo de mi hermano era la noticia del momento y todos los días salían cosas en la prensa y en la televisión. La entrada de la casa estuvo por mucho tiempo llena de periodistas y esa parte era terrible. Hasta que encontraron al asesino como tres meses después, inventaron muchas cosas y a mí me trataban de ocultar cómo había pasado, pero igual yo iba entendiendo.

Me llevaron durante tres meses al psiquiatra y eso me sirvió para comprender lo que mis papás no podían explicarme, y para vencer el terror que sentía el primer tiempo. Me acuerdo que me daban tranquilizantes, y que de a poco el médico consiguió que saliera de mi pieza sola. Después de lo que pasó quedé con tanto miedo que dormí con mis papás como dos años. No me

gustaba salir de la casa, y cuando mi mamá se demoraba en ir a buscarme al colegio me daba pánico. Hasta al baño iba con mi mamá y no podía entrar si la cortina de la tina estaba cerrada, porque pensaba que había alguien escondido detrás y que podía hacerme lo mismo que a Víctor.

A los cinco meses me fui con mi mamá a los Estados Unidos. Yo creo que ella quería arrancar del infierno que habían sido las especulaciones de la prensa. Allá vivimos con una tía y ella se preocupaba de mí y tenía una prima de mi edad con la que me distraía. En ese periodo desarmaron la pieza de Víctor y alcancé a vivir muy poco tiempo de vuelta en esa casa porque nos cambiamos a vivir a otra parte.

Cuando volví a Chile quise convencerme a mí misma que lo que había pasado nunca ocurrió, que nunca había tenido un hermano y nunca más quise hablar del tema. No soportaba que mis papás mencionaran a Víctor porque me daba rabia y mucha pena acordarme de él. Hasta hoy son mis papás los que me recuerdan los aniversarios de su muerte y su cumpleaños.

En el colegio me ayudaron mucho, fueron muy comprensivos. Mis papás en cambio me pasaban por alto. Yo creo que ellos no sabían qué hacer conmigo. Por un lado trataban de marginarme del dolor y por el otro estaban tan sumergidos en su propio sufrimiento que, aunque me querían tener a su lado, no podían preocuparse de mí. Nunca me preguntaron qué sentía ni tampoco me explicaban lo que estaba pasando, aunque tengo que reconocer que yo tampoco los dejaba porque no quería que me metieran el dedo en la herida. La verdad es que yo no quería recordar que mi hermano se había muerto. Casi nunca le hablo ni le pido nada, aunque he soñado dos veces con él. Sólo recuerdo el primer sueño; estábamos los dos en la cubierta de un barco mirando el mar y yo le hacía cariño. Era un sueño en colores y yo me quedé muy tranquila cuando desperté.

Cuando recién murió Víctor busqué a Dios y rezaba, pero al poco tiempo me dio rabia con Él porque quería echarle la culpa por lo que estábamos sufriendo y no he vuelto a acercarme a la religión, aunque sí creo que hay otra vida y que Víctor está bien.

Mis hermanos también sufrieron, cada uno lo suyo, sobre todo Alejandro, que hasta lo involucraron en el crimen y estuvo preso. Yo tenía diez años de diferencia con ellos, por lo que me consideraban una niña chica. Además yo era muy callada y tranquila, lo que en alguna medida ayudaba a que pasara desapercibida. Lo que ellos no sabían era que yo me daba cuenta de todo y que me sentía muy dejada de lado.

Fui creciendo y me puse muy antipática, no soportaba la tristeza de mi mamá. Me rebelaba ante la injusticia de lo que había pasado. No podía resistir la idea de que nunca más íbamos a poder ser una familia feliz. Después empecé a culpar a Víctor, me daba rabia que se hubiera muerto, que me hubiera dejado sola, que nos hubiera abandonado dejándonos a todos tan mal. Yo sentía que él no tenía derecho de hacernos eso. También tenía mucha rabia con la prensa que nos estaba arruinando la vida. Tenía rabia con los que le habían hecho eso a Víctor y con los carabineros que tampoco nos dejaban vivir tranquilos.

Me preocupaba mucho que con todo lo que la prensa inventaba comentaran esas mentiras en el colegio, y aunque jamás mis amigos hablaban delante de mí, yo siempre me imaginaba que lo hacían a mis espaldas y me sentía como perseguida. Además yo odiaba que me tuvieran lástima, que me apuntaran con el dedo. Hasta hoy no lo soporto.

No supe realmente cómo había muerto mi hermano hasta tres años después, que me enteré de los detalles por una revista.

Me habían dicho muy poca cosa. Incluso cuando detuvieron a mi hermano Alejandro, mis papás me dijeron que estaba en casa de un amigo. Porque como dije, ellos no hablaban de lo que había pasado, seguramente porque me consideraban muy chica para que yo pudiera asimilarlo. Además ellos estaban demasiado aporaleados. Yo percibí que cada uno sufría por su lado y que no estaban unidos. Se fueron separando, los escuchaba pelear mucho. Antes de lo de Víctor éramos una familia unida. Ahora ya no tengo una familia, cada uno tomó un camino por su cuenta y aunque permanecemos juntos, dejamos de ser una unidad.

Después de un tiempo mi hermano mayor se casó, mi otro hermano estaba todo el tiempo fuera de la casa y me quedé muy sola, y nadie, ni mis amigas podían reemplazar a Víctor y llenar ese vacío que sentía. Esa sensación me duró unos tres años, hasta que empecé a salir con mis amigas y a convidarlas a alojarse a mi casa, lo que me ayudó mucho para superar ese vacío que sentía. Pero mis papás no me ayudaban para nada porque eran extremadamente aprensivos conmigo, por lo que me puse muy rebelde. Bajé mis notas en el colegio y tuve que pelear mucho para conseguir que me dejaran salir como a mis compañeras. Hasta hoy nunca estoy mucho tiempo fuera de casa, porque me siento culpable, me da cargo de conciencia dejar a mis papás solos. Siento que toda la responsabilidad de hacerlos felices recaerá en mí y eso me pesa mucho. Pero a los catorce años ya me sentía grande y quería una libertad que mis papás no me daban por sus propios miedos. Yo quería ser normal y también pasarlo bien. No soportaba el peso de esa tristeza que había siempre en mi casa. Cuando iban mis amigos a la casa yo me preocupaba de esconder las fotos de Víctor que tenía en mi pieza y los hacía pasar directamente a mi dormitorio para que no se toparan con alguna de las que había repartidas por toda la casa. No es que quisiera que no

hubiera fotos, pero no tantas, porque hasta hoy me da pena mirarlas.

También me molesta mucho que mis papás den entrevistas y que todo lo que pasó se haya vuelto tan público. Me da rabia que a pesar de los años que han pasado, sigan ventilando lo que ocurrió.

Mi vida cambió principalmente respecto de la relación con mis papás. Yo tengo la sensación que a ellos lo único que les preocupa de mí es que yo esté siempre frente a sus ojos, pero nunca se preocuparon de preguntarme lo que me pasaba por dentro, lo que yo sentía, por lo que mi relación con ellos es muy distante. También estoy cansada de sus continuas advertencias de que me cuide.

A partir de la muerte de Víctor tengo mucha más conciencia de la fragilidad de la vida y me cuido más que el resto de mis amigas. No hago nunca "dedo", ni permito que cuando voy en un auto manejen rápido. Además la cuarta vez que salí a manejar choqué y eso me aterró.

Los 31 de diciembre, noche de Año Nuevo y aniversario de la muerte de Víctor, mis papás jamás salen, y yo, después de unos años de la muerte de mi hermano sí quise salir, pero lo pude hacer recién hace dos años acompañada de mi pololo. De todas maneras en esa fecha tengo una sensación muy rara, pero creo que soy joven y que tengo derecho a celebrar como cualquiera. Quiero ser una persona normal y que todos tratemos de ser como antes.

Desde que mi mamá se metió en Renacer fue mucho peor. A lo mejor para ella fue fantástico, pero yo sentí que me dejó más sola que nunca, que esa corporación toma todo su tiempo y sus intereses, y que todo lo demás está en segundo plano. No soporto que llegue a la casa contando sólo dramas. ¿Acaso la

vida no está hecha también de cosas buenas? ¿Acaso no tenemos derecho a ser un poco felices a pesar de lo que nos pasó? No soporto que sigamos viviendo como víctimas. Pienso que por muy graves que sean las cosas que pasen, no podemos perder de vista las cosas simples. Mi mamá no fue nunca a verme a una representación al colegio después de la muerte de Víctor, ni siquiera se daba cuenta de cuánto me importaba. Nunca hemos podido compartir anécdotas felices o momentos livianos de la vida cotidiana. Todo en ella es intenso y triste y aunque yo confío plenamente en ella y la quiero mucho, no nos podemos comunicar adecuadamente. No me atrevo a decirle que me siento triste porque pienso que ella se va a echar inmediatamente la culpa y que yo me voy a sentir por eso peor todavía.

No tengo dudas que a ella Renacer la ha ayudado mucho, si no no estaría ahí, pero pienso que se ha dedicado tanto como una manera de tapar su propio dolor y que esa dedicación tan intensa ha significado el abandono de su hogar, algo que yo nunca he perdido la esperanza de que se reconstruya.

Mi pololo es mi pilar, con él yo converso todo lo que no le cuento a mis papás. Me siento muy querida y protegida a su lado.

A mi papá no lo veo mucho y tampoco tengo demasiada comunicación con él, pero a veces me pregunta cómo estoy y podemos hablar tonterías y reírnos y es menos denso que mi mamá. Con mis hermanos mantengo una relación lejana, los veo poco, aunque quiero mucho a mis sobrinos y los disfruto hartito. Me da gusto ver lo buena abuela que es mi mamá. Yo creo que sus nietos le van a devolver la alegría que perdió cuando murió Víctor.

Nunca he podido perdonar al asesino de mi hermano, pero trato de no pensar en él, aunque me tranquiliza mucho que esté preso. Si no lo hubieran encontrado yo jamás habría podido superar el

miedo. Yo lo odiaba porque me había quitado "mi juguete preferido".

Como cualquier joven de 18 años, yo sueño con un futuro. Quiero casarme y tener una familia numerosa... Si tengo una hija voy a buscar la segunda para que crezca con una hermana, no sola como yo. Quiero también ser profesional, porque no me veo metida todo el día en la casa.

A pesar de lo que nos ha pasado, pienso que la vida es linda y que hay que aprovechar cada momento para ser feliz".

Carlos

Testimonio de Cristian

Me demoré cinco años en entender que Carlos efectivamente estaba muerto y que su tumba era el único lugar posible de contacto, aunque yo he ido sólo dos veces al cementerio.

“La muerte de mi único hermano fue para mí una sentencia de muerte, un punto final a mi porvenir, el futuro ya no estaba a la vuelta de la esquina. Tomé conciencia de que todo no iba a ir tan bien como hasta ese minuto en que mi vida era aplastantemente normal y en la que todo estaba programado.

Eramos una típica familia de clase media. Mi papá trabajaba y mi mamá en la casa, nada que se saliera del estereotipo, hasta que nos enfrentamos con la muerte repentina de Carlos. Mi hermano murió en 1986 a los veinte años, a consecuencia de un paro cardíaco mientras jugaba fútbol con sus ex compañeros de colegio. Yo tenía entonces quince años y con Carlos tenía la típica relación de hermano mayor a hermano menor. Me pegaba mucho en la casa pero me defendía en el colegio. Carlos era un modelo digno de imitar, había sido buen alumno y gran deportista en el colegio y destacado estudiante de ingeniería. Mientras él vivía con frecuencia me sacaron en cara su condición de “estrella”, lo que probablemente me molestaba. Pero de eso nunca tuve conciencia ya que yo iba a

seguir sus pasos, iba a estudiar ingeniería, me iba a casar y ser feliz.

El día que murió mi hermano yo no lloré, al contrario, le hice guardia. Como los dos éramos *scout* junto a otros tres amigos nos pusimos de pie alrededor del féretro toda una tarde, estos, inmóviles, como si hubiera muerto un desconocido. No sentí que era Carlos el que había muerto. Sólo después con el tiempo se me manifestó el "nunca más".

Los años posteriores a su muerte fueron terribles para mí. Yo nunca había visto llorar a mi papá y eso me resultó muy extraño, muy difícil de procesar. Tampoco estaba preparado para ver llorar a mi mamá. La vez que la vi hacerlo, además del funeral, fue cuando le entregaron la ropa y las pertenencias de Carlos en el Instituto Médico Legal. En esa oportunidad no supe qué hacer, no sabía si llorar con ella o contenerme. Me acuerdo que mi mamá tuvo que ir al psiquiatra y tomar pastillas para dormir, porque desde que murió Carlos el mundo se detuvo para ella. Todo se volvió negativo, oscuro, ella sentía que no valía la pena seguir luchando. Cayó en una depresión profunda, donde no tenía conciencia de si vivía o no, incapaz de darse cuenta que yo y mi padre también existíamos. Mi papá se refugió en el trabajo y yo me vi a mí mismo como un sujeto mortal. Me di cuenta que uno se moría y que eso no le pasaba solamente a los demás.

Empecé a tener sueños extraños, pensaba que mi hermano andaba viajando, que volvía de imprevisto y que almorzábamos de nuevo los cuatro. Me demoré cinco años en entender que Carlos efectivamente estaba muerto, y que su tumba era el único lugar posible de contacto, aunque yo he ido sólo dos veces al cementerio.

Me hice amigo de los amigos de Carlos, aunque no me correspondían por la diferencia de edad. Incluso salí una vez con

mi papá y con ellos. Era una confusión muy grande. El mejor amigo de mi hermano, que era incluso parecido a Carlos, empezó a tomar su lugar, pero yo jamás lo hubiera reconocido en ese entonces. El primer verano sin Carlos me fui de vacaciones con los amigos de mi hermano y durante los dos primeros años ese era mi círculo. Nos juntábamos en mi casa, incluso con la ex polola de mi hermano, y solapadamente el tema era Carlos. Todos ellos eran buenos para tomar alcohol, y yo empecé a tomar también, y cuando terminaba ebrio me ponía a llorar y sólo ahí hablaba de Carlos y de cuánto me dolía su ausencia. Durante muchos años todo permaneció igual que en el último cumpleaños de Carlos, los mismos amigos, las mismas conversaciones, salvo que él no estaba.

Mis papás, si bien nunca dejaron de cumplir con sus obligaciones como padres, estaban absolutamente choqueados, al menos durante los primeros cinco años, y en esas circunstancias era imposible dialogar con ellos. Me dieron rienda suelta, plena libertad para que yo hiciera lo que quisiera. En ese minuto pensé que mis papás eran lo mejor porque me dejaban ser; hoy con la perspectiva del tiempo, creo que fue negativa tanta independencia, porque yo no tenía la madurez para enfrentarla.

Cuando salí del colegio y di la Prueba de Aptitud Académica, tuve el puntaje suficiente para estudiar Derecho en la Universidad de Chile. La lógica me decía que era una buena carrera y que podía llegar a tener alguna figuración, pero descarté esa posibilidad porque daba lo mismo lo que estudiara, si total uno se muere. Años más tarde, para cumplir con mis padres y con la sociedad, estudié literatura.

Entre los 18 y los 25 años me puse muy salidor, tomaba cualquier cantidad y terminaba casi todos los días ebrio. En esa época entré en la cocaína y fui consumidor durante varios años.

Afortunadamente pude dejar la droga, no porque me importara mi salud, sino porque sabía que lo hacía por seguir a mis amigos y formar parte del grupo. Mi adolescencia fue tardía y muy traumática. Me puse serio y me propuse luchar contra los militares, porque yo tenía que sacar a Pinochet del gobierno. Esa lucha se convirtió en mi válvula de escape. Le hacía grandes discursos políticos a mis amigos. Durante ese período nunca lloré a mi hermano. Vine a llorar años después, dramáticamente, cuando ya no aguanté más.

La muerte de Carlos me produjo serios problemas psicológicos que reventaron doce años más tarde, cuando tenía 27 años. Estaba en la playa con unos amigos y empecé a tener una taquicardia. Pensé: "Ahora me muero, me vino lo mismo que a Carlos". Me llevaron a un hospital y la doctora que me atendió me dijo que era una arritmia producto de un estado tensional, que no tenía nada al corazón, pero me recomendó visitar a un psiquiatra, cosa que hice llegando a Santiago. El especialista me dijo que yo había sufrido una crisis de pánico, algo que no le recomiendo a nadie. Es un período de ansiedad, una situación de deseo incumplido. Se manifiesta con somatizaciones, sudor en las manos, todo se ve grande y se siente terror de todo y de nada en especial. En las situaciones más normales me daban esas crisis, que eran sin duda producto de un cúmulo de cosas que no había dicho y que me guardé por tantos años. Había un trauma culposo muy profundo. Como mi hermano era tan "estrella", yo me culpaba de haber sobrevivido, de no haber muerto en su lugar para que así todos estuviesen felices. Probablemente yo tenía algún grado de envidia por toda la atención que generaba mi hermano y que yo no concitaba.

Cuando mis amigos se empezaron a casar, yo lo sentí casi como una traición y no entendía cómo se dejaban mandar

y manipular por sus mujeres. Los vi a todos ellos como unos mediocres que vivían por un sueldo para pagar cuentas. Me distancié de todos mis amigos. En suma, para mí la muerte de Carlos fue un punto final, una pérdida total de sentido. Nada tenía una razón de ser, porque igual me iba a morir. Perdí todo norte, nada importaba, ni las relaciones familiares ni las de pareja. Todas mis relaciones importantes con mujeres las he terminado de la manera más absurda: para qué vamos a seguir con esto, para qué vamos a tener un hijo si nos vamos a morir mañana.

Empecé a girar en torno al narcisismo, me transformé en un ser egoísta que se miraba sólo a sí mismo. Las relaciones de pareja eran una pérdida de tiempo y significaban un compromiso, por lo que me encerré en mis libros y me convertí casi en un ermitaño.

Recién en los últimos dos años, y a meses de cumplir 30, estoy intentando ordenarme en términos de mi relación con el mundo. Lo primero que logré fue terminar la carrera de Literatura y hacer el magister en literatura general. A mi pesar, vivo en sociedad y desde que entendí eso me convertí en buen alumno, en "chico estrella". Cuando cumplí con la sociedad y saqué el magister, intenté ordenarme con la gente en cuanto a las relaciones. La prioridad en este momento la tienen mis padres. Estoy tratando de recomponer una relación afectiva que estuvo muy mal durante muchos años, especialmente con mi papá.

Afortunadamente mi madre pudo revertir esa etapa tan negativa de los primeros años, cuando el dolor y el sufrimiento eran lo predominante en su vida. Entendió que si ella no se ayudaba, no había antidepressivos ni profesional alguno que pudiera hacerlo. Decidió pedalearle a la vida, subir peldaño a peldaño la escalera, porque tenía tanto por qué vivir y luchar: se tenía a ella,

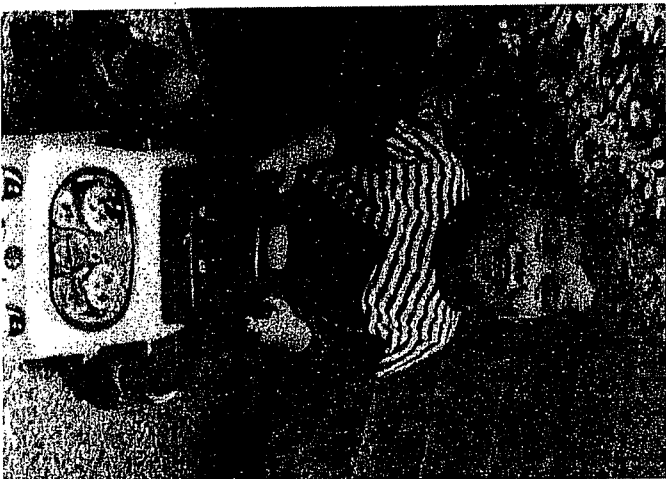
a mí, a mi padre y a su voluntariado que tanto amaba. Ella es hoy mucho mejor persona que antes y yo la quiero mucho.

En términos profesionales estoy contento. Trabajo en una editorial y me gusta lo que hago, y en cuanto a pareja, creo que recién estoy abierto a la posibilidad de enamorarme y compromerme.

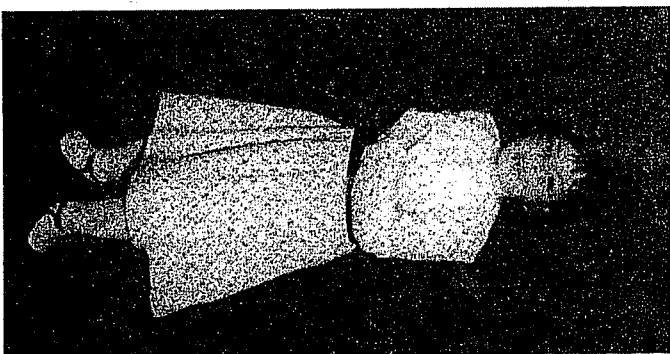
Si bien continuó con mis sesiones de terapia y pienso que todavía no he superado la muerte de Carlos, por primera vez estoy pensando en mi futuro, y creo que todo lo que me espera sin duda va a ser mejor de lo que he vivido hasta ahora”.



Francisco Reich Roccatagliata



Luis Alexis, hijo de Luis



Consuelo, hija de Alvaro y Karin

Un hijo no puede morir



Yctor, hijo de Karen,
hermano de Catalina

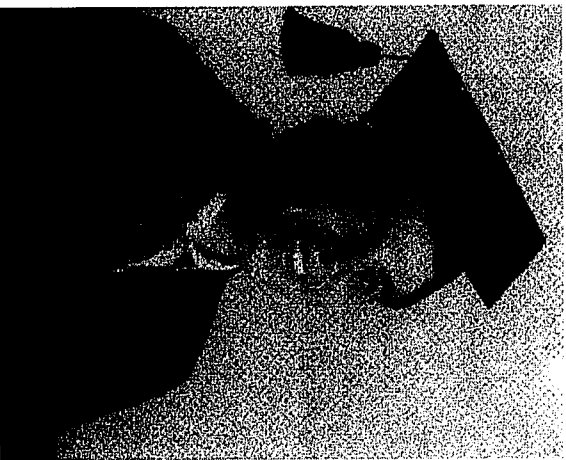


Sergio Andrés, hijo de Sergio

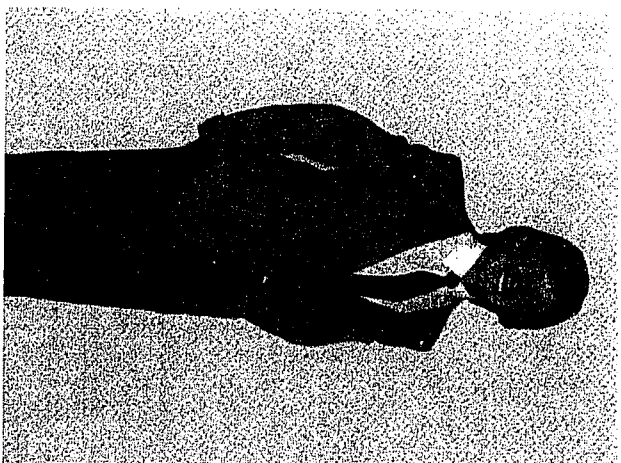
Un hijo no puede morir



Luis Patricio y María Alejandra,
hijos de Rita



Felipe, hijo de Oscar y Rocio

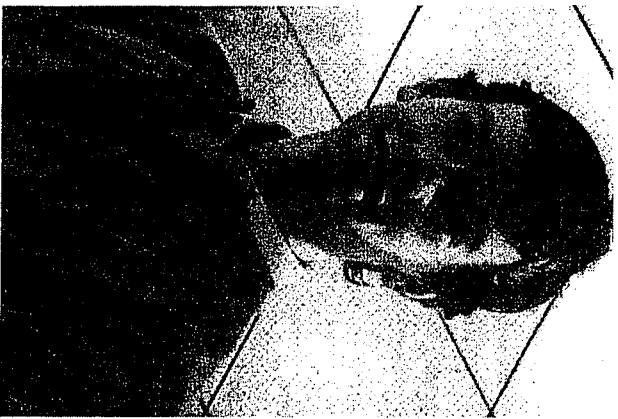


Carlos, hermano de Cristián

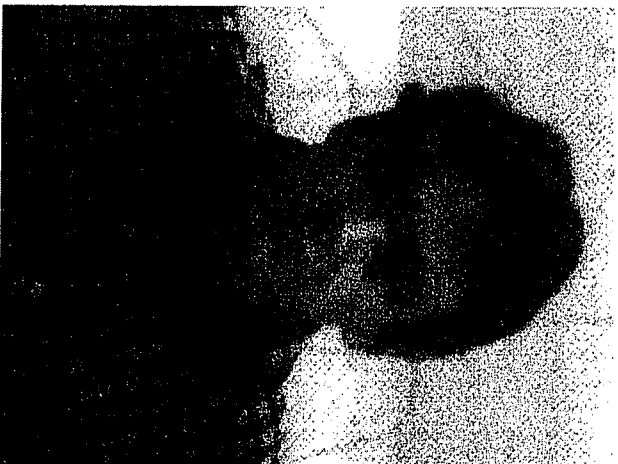
SÍ ES POSIBLE SALIR

El profundo dolor de la pérdida de un hijo nos afecta a los padres siempre, ya que un hijo es parte de uno mismo, sin importar cuánto tiempo haya transcurrido o cuántos hijos más tengamos. La herida es honda y duradera cuando un infortunio como ese llega a nuestras vidas. La muerte de un hijo es más traumática que cualquier otra muerte, porque un niño es la última persona de la familia que se espera ver morir. Su muerte representa la pérdida de futuros sueños y experiencias de los que no se ha disfrutado.

Diariamente ocurren en el mundo miles de tragedias que afectan a las familias, pero sin duda la muerte de un hijo es un hecho aterrador frente al cual los padres de cualquier punto de la Tierra van a reaccionar de la misma forma: “¡No puede ser!” “¡No lo puedo creer!” ¿Es posible que ese mundo, que de pronto se hizo sombrío, vuelva a ser luminoso? ¿Puede ese manto vacío que es la muerte y la oscuridad dar paso a la esperanza? Sí, porque a pesar de lo duro, de lo áspero que sea el camino, y a pesar de que recorrerlo nos lleve a sufrir más, podemos continuar. Nuestra única meta es el camino, es volver a empezar aunque nos ahogue el cansancio, aunque la ilusión se apague, aunque el dolor nos quemé por dentro. A través del sufrimiento pasamos por una nueva escuela de vida, aprendemos a amar. Descubrimos que hay otros dolores, otros sufrimientos, aprendemos a dar, a respetar el dolor del otro, a ser más abiertos, más delicados, más humildes, más



Jaimé, hijo de Jaime y Gabriela



Jaimé, hijo de Jaime y Gabriela

libres, más tolerantes y menos omnipotentes ante la vida. Del dolor saldremos fortalecidos como personas y seres humanos. Continuar es nuestra única opción, pero de nosotros depende el camino que tomemos. Podemos encerrarnos en el dolor o romper el cascarón y salir. Podemos convertir la piedra que cargamos en escultura o arrastrarla intacta.

Al escribir estas palabras viene a mi memoria algo que leí en uno de los libros de Anthony de Mello y que me ayudó mucho a entender lo peligroso que es quedarse "dentro" de nuestro dolor:

"El Maestro le preguntó al discípulo:

—¿Por qué no te acercas al borde del río?

—Porque tengo miedo de caerme al agua y ahogarme —respondió.

—Nadie se ahoga por caer al agua. Lo que te ahoga es quedarte dentro —dijo el Maestro".

En este diálogo se encierra una gran verdad: abandonarse en el dolor hará que nuestra herida quede abierta para siempre.

Aprender a vivir con la pena y el dolor es nuestra meta, así como encontrarle un sentido al sufrimiento, lo que requiere tiempo, fortaleza, voluntad y personas que nos acompañen y comprendan. El camino es largo, pero si damos la batalla nos encontraremos a mitad de camino de nuestra recuperación. Nuestros hijos muertos nos ofrecen la posibilidad de acceder a un mundo nuevo y a una vida nueva. Ellos son nuestros Maestros y a través de ellos podremos liberarnos de nuestras "programaciones", de nuestras ataduras, de nuestros egoísmos, para renacer con la mirada abierta y con el corazón atento a los que sufren, a los débiles, a los que lloran.

Vivir con esperanza es posible. Para lograrlo existen ciertas claves que pueden ayudarnos en nuestro proceso de recuperación, así como también hay factores que contribuyen a que el dolor dure más.

¿Qué ayuda?

LLORAR. Ante el fallecimiento de un hijo, lo que parece tan normal como llorar a veces no lo es. En nuestra cultura occidental se educa a la gente, especialmente a los hombres, para que oculten sus sentimientos, para que repriman sus emociones y no se immuten ante nada. Sin embargo, el llanto es la expresión del dolor. Llorar es humano y es una reacción normal ante la muerte de un ser amado. A través del llanto se expresa el dolor en lugar de reprimirlo. Lo normal es sentirse afligido y no tiene nada de malo exteriorizarlo, porque eso nos ayudará a sobreponernos. Es muy sano disponer de un tiempo para llorar, pensar y recordar. Muchos de nosotros que hemos pasado por esta experiencia límite, creemos que como padres damos un buen ejemplo a nuestros hijos si refferamos nuestros sentimientos y no lloramos frente a ellos. Por el contrario, el tratar de ser fuertes frente a los demás no ayuda a los otros ni tampoco a nosotros mismos, porque a la larga nadie se desahoga y cada uno vive el duelo en forma individual. Dar libre curso a los sentimientos ayuda a aliviar la tensión.

HABLAR. Otra forma de desahogarse es hablando. El dramaturgo inglés William Shakespeare escribió en *Macbeth*: "Dad palabras al dolor. La desgracia que no habla, murmura en el fondo

del corazón que no puede más, hasta que lo quiebra". Hablando de nuestros sentimientos en familia y compartiendo nuestros estados de ánimo, especialmente con nuestros hijos, podremos encontrar cierto alivio. También sabremos cómo están ellos y resultará más fácil comprenderlos y que ellos nos entiendan a nosotros. Llorar juntos, recordar los buenos momentos, abrazarse y consolarse es muy importante, porque de esa manera nos damos tramos que nos necesitamos unos a los otros.

NO QUEDARSE EN EL DOLOR. Esto implica elaborar, transitar, cuidar el duelo y el proceso de sufrimiento.

CONVERSAR CON OTROS PADRES que han sufrido una pérdida semejante. Ver a otros que han podido sobrevivir y que han sido capaces de llevar una vida más o menos normal consuela mucho y es una esperanza, nos da cierta confianza en el futuro. Acercarse a un grupo de autoayuda puede aliviar en gran parte nuestro dolor. En Chile y en Argentina existe Renacer; en Colombia, Lazos; en Panamá, la Fundación Piero Rafael Martínez; y en Inglaterra y Estados Unidos, The Compassionate Friends, que son una invaluable ayuda, ya que permiten compartir una pena similar. Estos grupos ofrecen información, consejos y sugerencias prácticas de cómo manejar el duelo y le permiten a los padres que ya han podido elaborar alguna etapa del proceso de duelo asistir a otros.

RECONOCER LA PÉRDIDA, admitirla y entenderla.

CULTIVAR EL AFECTO Y EL AMOR MUTUO EN LA PAREJA. Los abrazos, las caricias y los besos tienen propiedades curativas. El amor es un verdadero bálsamo. Ayuda también hacer cosas agradables y placenteras en pareja.

ESCRIBIR LO QUE SE SIENTE ayuda a mitigar el dolor. La oración, la música y el arte también son salidas positivas para los sentimientos.

ADMITIR NUESTRAS LIMITACIONES y no juzgar ni medir el futuro desde el momento actual.

SER PACIENTE CONSIGO MISMO, ya que en el primer tiempo nuestras reacciones son impredecibles. A veces rompemos a llorar en la calle, otras veces en el supermercado o en el trabajo. Hay que ser generosos consigo mismo, buscar experiencias y compañías que sean gratificantes.

ENTENDER QUE EL DOLOR DURA MÁS DE LO QUE LA MAYORÍA DE LA GENTE CREE. Es probable que a los demás les pueda parecer que usted está demasiado apenado o que no lo está lo suficiente. Perdónelos y hágalos comprender que no todo el mundo sobrelleva el pesar de la misma forma.

HABLAR CON UN AMIGO que lo escuche comprensivamente y le tienda una mano amorosa. Muchas veces los amigos no encuentran las palabras precisas para aliviarnos y habitualmente no saben qué decir y es probable que digan cosas inoportunas, pero está en uno ayudarlos. Nosotros somos los que debemos tomar la iniciativa si de verdad queremos que nos consuelen. Sin duda, la principal ayuda que puede darnos un amigo es que comparta nuestra pena escuchándonos. Nosotros necesitamos hablar del hijo que murió, del accidente, de la enfermedad que causó su muerte o de nuestros sentimientos. A mí me ayudaba mucho que me preguntaran por lo sucedido y que me escucharan de verdad, no por curiosidad. No espere que los amigos le den respuestas o

soluciones. Una carta de pésame o una tarjeta de condolencia también tienen un alto valor. Esas palabras escritas con el corazón son un tesoro incalculable, ya que uno puede leerlas y releerlas en los momentos de tristeza.

AYUDA QUE LOS AMIGOS O FAMILIARES se hagan cargo en el primer tiempo de los quehaceres domésticos, las compras del supermercado, pasear a los niños y otras tareas concretas. Es probable que en un comienzo los amigos nos digan que harían cualquier cosa por ayudarnos, pero al tiempo de ocurrida la muerte de nuestros hijos la mayoría vuelve a sus actividades diarias y nos quedamos solos. Yo recuerdo un hecho que me ayudó mucho: habían pasado meses de la muerte de mi hijo, y un día vino a mi casa una amiga y me trajo de regalo una torta. No me dijo nada, me dio un abrazo y se fue. Nunca he olvidado ese gesto. Tampoco el hecho de que mi madre me hiciera las compras y preparara la comida. También es reconfortante que los amigos anoten la fecha de muerte de nuestro hijo, así cada aniversario pueden llamar y dar una palabra cariñosa.

PRESTAR ATENCIÓN Y CONSOLAR A NUESTROS HIJOS. Ellos son muchas veces los olvidados en este dolor.

ENTENDER QUE NADIE VUELVE A SER EL MISMO. La muerte de un hijo produce un replanteo general de la vida de las personas, de sus valores, creencias y del orden de sus prioridades. Se produce un proceso transformador.

CONSIDERAR LOS SENTIMIENTOS DE TODA LA FAMILIA al planear los días de aniversario o cumpleaños del hijo fallecido, así como también los días de fiesta como Navidad y Año

Nuevo. En estas fechas ayuda mucho hacer algo distinto y cambiar la rutina, por ejemplo, comprar los regalos en forma anticipada, hacer un regalo a un niño pobre, plantar un árbol, hacer una donación en memoria del hijo, prender una vela especial. No olvidemos que el peor día de nuestra vida ya ha pasado.

RESPECTAR EL DOLOR DEL CÓNYUGE. Se debe evitar observar el dolor del otro con espíritu o actitud crítica. El respeto mutuo fortalece el amor y la unión. Tanto el padre como la madre requieren de un tiempo para asimilar la pérdida, y cada uno hará el duelo a su manera, ya que no es posible pensar que un modo particular de enfrentar la pena sea mejor que otro.

EXIMIRSE DE TOMAR RESPONSABILIDADES MAYORES y aplazar las decisiones importantes, como cambiarse de casa o de trabajo.

ADMITIR QUE NO PODEMOS CONTROLAR LA VIDA ni evitar que hechos imprevistos acontezcan.

ORIENTAR EL AMOR HACIA OTROS AFECTOS. Encontrar nuevos intereses para darle un sentido al dolor.

CONSULTAR UN PROFESIONAL si lo necesitamos.

COMER BIEN, descansar y hacer ejercicio moderado.

ELEGIR SOBREVIVIR. Aunque lleve años superar el dolor, jamás olvides que el tiempo es nuestro gran aliado.

¿Qué no ayuda?

LA FRASE: "SÉ CÓMO TE SIENTES". ¿De verdad lo sabe? ¿Cómo puede comprender alguien lo que sentimos los padres que hemos perdido un hijo si ellos no han experimentado la misma pérdida? Esa frase debe ser reemplazada por "¿cómo te sientes?"

EXAGERAR EL DOLOR para probar que amábamos al hijo que falleció. No ayuda a los padres el temor a dejar de sentir un pesar profundo. Cuando el dolor se atenúa no significa que nuestro amor por el hijo fallecido esté disminuyendo. La desaparición del dolor da paso a recuerdos maravillosos que conservaremos para siempre.

VIVIR CONCENTRADOS EN LA PREGUNTA: "¿Qué va a ser de mí?" Es mucho mejor vivir el presente sin preocuparnos por el día siguiente. La autocompasión no ayuda en nada.

INGERIR MEDICAMENTOS O ALCOHOL para aliviar la pena. Pueden retrasar el proceso de duelo o distorsionarlo. Medíquese únicamente bajo la supervisión de un médico.

CONTROLAR LA VIDA DE QUIENES NOS RODEAN, especialmente de los hijos, para evitar así una nueva tragedia.

MARGINAR A LOS NIÑOS de las experiencias familiares de muerte y tristeza.

REEMPLAZAR rápidamente al hijo muerto adoptando otro.

IDEALIZAR al hijo muerto, convirtiéndolo en ídolo o santo.

TENER OTRO HIJO y ponerle el mismo nombre del que falleció. La psicóloga Isa Fonnegra sostiene que "el niño que nace

QUE NOS PRESIONEN PARA DEJAR DE LLORAR. El que a uno le digan: "Bueno..., ya..., no llores más" es una frase que no contribuye en nada. No es justo que los demás nos digan cómo debemos sentirnos. Pero el llanto no es la única forma de expresión, por lo que no hay que desesperarse si las lágrimas no vienen.

QUE NOS PRESIONEN PARA DESHACERNOS DE LA ROPA u otros efectos personales del hijo que murió sin que estemos preparados para ello.

QUE NOS DIGAN: "Puedes tener otro hijo" o "Pero si tienes otros hijos". Probablemente se dicen estas frases con buenas intenciones. Sin embargo para un padre no es posible reemplazar al hijo perdido, porque cada hijo es único.

QUE SE CAMBIE DE TEMA cuando mencionamos a nuestro hijo fallecido.

TRATAR DE VER ALGO POSITIVO EN LA MUERTE no re-comforta a quienes estamos en duelo. Frases como "Ya ha dejado de sufrir" o "Está con Dios en el cielo" no son un consuelo, ya que los padres echamos mucho de menos al hijo que murió.

luego y recibe el nombre del hermano muerto trae sobre sus hombros la pesada carga de resucitar, de devolverle la vida en parte al que ya se fue y la alegría a sus padres. Los afectos son únicos e irrepetibles, y cada relación genera los propios’.

IMPONERSE ACTITUDES de falsa fortaleza y de estoicismo.

COMPARAR el propio dolor con el de otros. Los dolores no son comparables.

EL EXCESO DE ACTIVIDAD para mantenerse ocupado permanentemente. Ahogar la pena en el trabajo frenético es muy destructivo.

AISLARSE y no aceptar la ayuda de familiares y amigos.

EMITIR JUICIOS definitivos sobre el matrimonio, las relaciones y los comportamientos de los seres queridos. No ahondes el dolor sumando a él otros dolores.

OLVIDAR QUE FORMAS PARTE DE UNA FAMILIA y que la decisión que algún día tomaste de compartir tu vida con otro fue el origen y la causa del nacimiento del hijo que murió. Protege tu matrimonio, es lo que te sostendrá en el camino de recuperación.

DESCARGAR LA RABIA Y LA IRA en quienes te rodean. Si necesitas desahogarte toma la almohada y golpea la cama.

ABANDONAR aquellas cosas que significaron o significan mucho para ti, como el deporte o los *hobbies*.

¿Cómo reconocer un duelo complicado o anormal?

Cuando el dolor se intensifica y la persona se siente sobrepasada, manteniéndose en un estado de permanente pesar sin lograr avanzar por las distintas etapas del duelo, podemos decir que nos encontramos frente a un duelo patológico. Freud afirmaba que la melancolía y la histeria eran manifestaciones de este tipo de duelo. Dicha teoría fue confirmada más tarde, cuando especialistas concluyeron que ciertos trastornos psiquiátricos como agudos estados de angustia, depresión, histeria y algunos trastornos de carácter son consecuencia de un duelo patológico. Estudios recientes señalan que el duelo patológico puede desencadenar enfermedades psíquicas, además de ciertos desórdenes mentales que impiden la capacidad de reorganizar la vida.

El duelo crónico fue descrito por primera vez en 1937 como un pesar inusitadamente intenso que no disminuye con el tiempo y, por lo tanto, se transforma en una manera de ser. El resultado de esta conducta lleva al individuo a vivir inmerso en un desconuelo profundo y doloroso. Junto con una profunda tristeza puede haber rabia y resentimiento, como también sentimiento de culpa persistente. Una característica de este duelo es momificar el entorno. El individuo no cambia nada, no guarda ropas ni pertenencias para que todo parezca como si nada hubiese pasado, como

si el tiempo se hubiese detenido. La depresión, en distintos grados, es uno de los principales síntomas, además de la hipocondría e incluso el alcoholismo.

Numerosos estudios coinciden en señalar que el individuo que presenta 4 ó 5 de los siguientes síntomas estaría haciendo un cuadro depresivo:

- tristeza, apatía, pérdida del interés, melancolía, falta de iniciativa, desesperación, angustia.
 - inhibición o excitación psicomotora.
 - falta de apetito o pérdida de peso.
 - trastorno del sueño, insomnio o hipersomnia.
 - aprehensión o hipocondría.
 - sentimiento de culpa o condenación.
 - memoria disminuida, ideas repetitivas de muerte o suicidio.
 - disminución de las capacidades intelectuales.
 - dificultad para concentrarse.
 - estar distraído o ensimismado.
 - cansancio anterior al esfuerzo.
 - dolores de cabeza, digestivos, vértigos, síntomas cardiovascular y respiratorios.
 - pérdida del interés por las actividades habituales.
- Si cuatro o más de estos síntomas aún están presentes en un período de 12 meses después de ocurrida la pérdida, se estaría frente a un duelo complicado.

El duelo crónico se considera como una versión distorsionada de las etapas de añoranza y búsqueda, de desorganización y desesperación.

El duelo también se complica cuando existe ausencia del pesar, cuando se posterga, cuando se distorsiona o cuando se reacciona eufóricamente.

La ausencia del pesar se describe como un estado en el que el individuo continúa viviendo igual a como lo hacía antes de que ocurriese la muerte de su ser querido. En este caso la persona no es capaz de soportar el trabajo de duelo y usa mecanismos de autoprotección narcisista para evitar el proceso. Existen ciertos rasgos de personalidad que hacen más propenso al individuo a mostrar ausencia del pesar: autoimagen de persona autosuficiente, independiente y capaz de controlar toda situación; personas que no comparten sus sentimientos con nadie; preocupación excesiva por el bienestar de otros; individuos que tienen dificultad en establecer relaciones duraderas; y personas que menosprecian la religión porque sienten que pueden prescindir de ella.

El duelo postergado es el duelo inhibido o reprimido. En este caso el individuo puede tener una reacción emotiva en el momento de la pérdida, pero no va en proporción a la magnitud del significado que tiene la muerte de un ser querido. El pesar viene a manifestarse con cierta intensidad y exageración más adelante, cuando la pérdida es reactivada por una pérdida menor. La persona racionalmente reconoce la pérdida pero emocionalmente niega la realidad, quedando atrapada en esta situación.

El duelo distorsionado consiste en que el individuo enfatiza un aspecto del duelo y reprime otros. La rabia y la culpa tienden a anular todos los otros aspectos del pesar.

La reacción eufórica es menos común y ocurre rara vez. Se asocia con un rechazo enfático a creer que realmente ocurrió una pérdida. El individuo continúa sintiendo la presencia viva de la persona "dentro" de sí mismo, y por lo tanto está contento; o cuando la persona reconoce la pérdida, pero considera que es una situación beneficiosa o ventajosa para la persona muerta.

Duelo positivo

Experimentar la muerte de un hijo deja a los padres y a la familia afectados profundamente. Porque la muerte de un hijo es como una bomba atómica que destroza todo lo que se encuentra a nuestro alrededor. El gran desafío que se nos plantea es reincorporarnos al mundo a partir de una nueva identidad, de un nuevo conocimiento de nosotros mismos, en el cual no está incluido nuestro hijo, lo que no significa que vayamos a olvidarlo. Construir una nueva relación significa reconocer que ese hijo está muerto y que nosotros seguimos viviendo. El proceso es lento y doloroso, pero es posible volver a la vida, volver a amar y volver a sonreír. En estas páginas hay reflejados valiosos testimonios de esperanza. Padres que, a pesar del sufrimiento, encuentran un sentido no sólo a la muerte de sus hijos sino un nuevo significado frente a la vida. La aceptación de la muerte de nuestros hijos es un fin alcanzable, una meta posible. El propósito de la vida se recupera. El dolor disminuye. De ahí que de una desgracia tan irreversible podemos RENACER con más amor y comprensión de la que teníamos antes.

Definiciones de la psicóloga Isa Fonnegra para familiarizar a los niños con la muerte

Morirse: sucede cuando el cuerpo deja de funcionar. Es dejar de estar vivo.

Estar muerto: es no poder volver a vivir. Es no respirar, no sentir dolor, no moverse, no hablar, no tener hambre ni frío.

Ataúd: se trata de una caja especial, usualmente de madera, en la que se coloca el cuerpo del muerto.

Cementerio : lugar donde se deja el ataúd que tiene el cuerpo del muerto.

Cadáver: es el cuerpo muerto.

Cremación: es cuando por la acción del fuego se quema el cuerpo muerto, en un lugar especial, hasta que se vuelve cenizas.

Entierro o funeral: es una reunión de familiares y amigos en la casa, la iglesia, la sinagoga, el templo o el cementerio, con el fin de recordar a quien murió, hacerle un homenaje, despedirse de él y consolarse unos a otros en su tristeza.

Duelo: comprende todos los sentimientos y las cosas raras que sentimos después de que alguien muy importante para nosotros ha muerto. La persona puede sentirse enojada, triste, sola, asustada, con remordimiento o avergonzada, y todo ello es normal.

Culpa: sentimiento que nos hace creer que de alguna manera somos los causantes de algo que pasó, o que hemos hecho algo malo.

Bibliografía

- Bakalar, Nick y Balkin, Richard: *La sabiduría de Juan Pablo II*. Emecé Editores, 1995.
- Boff, Leonardo: *San Francisco de Asís*, Sal Terrae, 1982.
- De Mello, S.J., Anthony: *Cursillo de Lonaula*. Abril, 1987.
- *Una llamada al amor*, Sal Terrae, 1991.
- *Contacto con Dios*, Sal Terrae, 1991.
- Fommegra de Jaramillo, Isa: *De cara a la muerte*. Intermedio Editores, 1999
- Frankl, Viktor E.: *El hombre en busca de sentido*. Editorial Herder S.A., 1979.
- Kübler Ross, Elisabeth: *Los Niños y la Muerte*. Editores Luciérnaga Océano.
- *Preguntas y respuestas a la muerte de un ser querido*. Ediciones Martínez Roca S.A., 1998.
- *On death and dying*. MacMillan Publishing Co., New York, 1969.
- Pritchard, Rose Anne: "El duelo parental frente a la muerte de un hijo". Seminario para la obtención de título en Orientación Familiar (1993).
- Szulc, Tad: *El papa Juan Pablo II*, Editorial Sudamericana, 1995.

Documentos de trabajo del grupo de autoayuda
The Compassionate Friends:

- "El proceso de duelo"
- "Dolor y comprensión"
- "Continuar: sufrir para dejar de sufrir"
- "Cómo puedes ayudar cuando ha muerto el hijo de un amigo o de un familiar"
- "Sobrellevando el duelo"
- "Cuando un hermano muere"
- "Comprendiendo el dolor"
- "Las culpas"
- "No quedarse en el dolor"
- "Cómo ayudarse dentro del matrimonio"
- "Qué debes saber acerca del suicidio"
- "Qué puede pasarme"

RENACER EN CHILE

LUGARES DE REUNIÓN

SANTIAGO

- Oficina General, Avda. 11 de Septiembre 1945, oficina 906. Fono 223-1455.
- Estación Central: I. Municipalidad de Estación Central, calle Nicastro Retamales 39.
- La Florida: Cabildo 165.
- Las Condes: Instituto Cultural de Las Condes, Avda. Las Condes 6570.
- Ñuñoa: Centro Comunitario de Ñuñoa, Avda. Grecia 4100.
- Providencia: Edificio de Provida, Avda Pedro de Valdivia 100.
- Vitacura: Casa Vita Mayor, calle Eduardo Marquina 3942.

REGIONES

- Angol: Parvulario de la I. Municipalidad de Angol.
- Antofagasta: Liceo Comercial Antofagasta, Avda. Manuel Antonio Matta 2176.
- Cauquenes: Cruz Roja, Avda. Antonio Varas 1019.
- Concepción: Universidad del Desarrollo, Ainavillo 456.
- Chépica: Sede Comunidad Empresarial de Desarrollo Social, Avda. 18 de Septiembre s/n.
- Chillán: Obispado de Chillán, Avda. Libertad 640.
- La Serena: Casa del Vecino Serenense, Avda. Brasil 561.
- Los Ángeles: Universidad de Concepción, Juan Antonio Coloma 0201.
- Ovalle: I. Municipalidad de Ovalle, Avda. Vicuña Mackenna 441.
- San Antonio: Colegio Sara Cruchaga, Avda. Gregorio Mira 189.
- Valdivia: La Cruz Roja, Arauco 810.
- Viña del Mar: Centro Cultural de la I. Municipalidad de Viña del Mar, Avda. Libertad 250.
- Temuco: comunicarse al fono 45 - 237913.
- Puerto Varas: I. Municipalidad de Puerto Varas, Avda. Salvador 413.

GRUPOS DE AYUDA A PADRES EN DUELO

Índice

AMÉRICA Y EUROPA

Fundación LAZOS, de Colombia

Dirección: Carrera 49 No. 128-23

Teléfonos: 253-7233 253-4776.

Fundación Piero Rafael Martínez D., de Panamá

P.O. Box 55-0939, Patilla, Panamá, Rep. de Panamá

Teléfono: (507) 269-3485.

Fundación Renacer, Tucumán, Argentina

Dirección: Buenos Aires 641 (4000)

Tucumán, Argentina.

The Compassionate Friends, de Inglaterra

Dirección: National Office, 53 North Street, Bristol BS3
England.

The Compassionate Friends, de EE.UU.

Fono (03) 98884944

Fax: (03) 98884700

email: cfriends@iqq.com.am

Free call 1-800-641-091

A MODO DE PRÓLOGO

Los dolores tienen una divina razón de ser

11

INTRODUCCIÓN

13

FRANCISCO

Un ángel vestido de amarillo

17

Una torta para su cumpleaños

26

Las flores son para la Virgen

33

Mamá, este soy yo, siempre te estoy mirando

42

La esperanza

48

El amor es más fuerte

58

Un sentido a la falta de sentido

64

EL DOLOR DE LOS MIOS

69

Mi madre y la tía Carla

70

Mi padre

77

CADA PERSONA VIVE EL DOLOR A SU MANERA

81

MUERTE POR ENFERMEDAD TERMINAL

85

CONSUELO

Testimonio de Karin

89

Alvaro

105

MUERTE POR ACCIDENTE

111

Muerte por accidente de tránsito

SERGIO ANDRÉS

Testimonio de Sergio

117

Muerte por inmersión

LUIS ALEXIS

Testimonio de Luis

129

MUERTE POR HOMICIDIO	141
<i>VICTOR</i>	
Testimonio de Karen	145
LA MUERTE POR SUICIDIO	153
<i>LUIS PATRICIO y MARÍA ALEJANDRA</i>	
Testimonio de Rita	161
LA MUERTE DEL HIJO ÚNICO	177
<i>FELIPE</i>	
Testimonio de Óscar y Rocío	183
LA VISIÓN DE LA MUERTE DESDE LA FE	193
<i>JAINME y BENJAMÍN</i>	
Testimonio de Jaime y Gabriela	195
EL DOLOR DE LOS HERMANOS	207
<i>VÍCTOR</i> . Testimonio de Catalina	213
<i>CARLOS</i> . Testimonio de Cristián	223
SÍES POSIBLE SALIR	233
¿Qué ayuda?	235
¿Qué no ayuda?	240
¿Cómo reconocer un duelo complicado o anormal?	243
Duelo positivo	246
Definiciones de la psicóloga Isa Fonnegra para familiarizar a los niños con la muerte	247
BIBLIOGRAFÍA	249
RENACER EN CHILE	
LUGARES DE REUNIÓN	251
GRUPOS DE AYUDA A PADRES EN DUELO	
AMÉRICA Y EUROPA	252